DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

REGRESO A VIETNAM

UN VIAJE DE LA GUERRA A LA PAZ, POR EL EX MARINE WILLIAM BROYLES.

11

9 788439 509592

650 PTAS.
CON IVA

613 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

"Este libro es la historia de un viaje en busca de algunas verdades básicas sobre la guerra y la paz, y sobre el porqué el amor y la risa florecen tan cerca de la muerte. En parte es memoria, en parte un relato, en parte historia."

Son palabras de William Broyles sobre su libro *Regreso a Vietnam*. A partir del año 1969, cuando servía como teniente de Infantería de Marina en el área de Da Nang, Broyles empezó a buscar un punto de referencia que le ayudara a comprender mejor, y a aceptarla más plenamente, su experiencia en Vietnam. Pero por encima de todo, deseaba comprender al enemigo contra el cual combatía.

En 1984 dejó su trabajo de editor jefe en *Newsweek* y regresó a Vietnam. Sus viajes a lo largo y ancho de aquel país devastado por la guerra —tanto el Norte como el Sur— le llevaron a encontrarse cara a cara con quienes habían sido sus enemigos. Conoció a los hombres y mujeres, los pilotos de los MiG, los mandos del Vietcong y los generales del Ejército nordvietnamita, que años atrás habían intentado matarle, y a los que él había intentado matar.

También conoció a las víctimas... de los bombardeos, del napalm, de las atrocidades norteamericanas. Pero su regreso a Vietnam era algo más que el deseo de volver a ver los escenarios de su guerra. También era un viaje de descubrimiento personal. Y al finalizar su visita, en su antigua base de combate, Broyles encontró la tumba del hombre que andaba buscando. Un hombre que, de no mediar los caprichos del azar, podía haber sido el propio Broyles

Otro veterano que protagonizó una peregrinación de retorno a Vietnam, en 1986, fue Tim Page, uno de los fotógrafos de guerra de mayor prestigio. Son sus fotografías, y los comentarios que les ha añadido, las que ilustran este libro.

Page es un inglés que llegó a Vietnam como fotógrafo en 1965, cuando tenía veinte años. Pese a haber sido herido en tres ocasiones, trabajó ininterrumpidamente en la primera línea de fuego hasta 1969, en que resultó herido de nuevo por la explosión de una mina terrestre de control remoto. Sus heridas eran tan graves que casi nadie creyó que sobreviviría. Gozó de la distinción, sin precedentes para un civil, de ser evacuado por el Ejército estadounidense e internado en un hospital militar en Washington. Debieron pasar muchos años y someterse a innumerables intervenciones quirúrgicas, antes de que pudiera volver a ejercer su profesión. Juró que nunca más trabajaría en la cobertura informativa de otra guerra.

La combinación de la prosa lúcida y observadora de Broyles con las obsesionantes fotografías y los comentarios de Page hace de *Regreso a Vietnam* uno de los libros sobre el moderno Vietnam más evocadores que jamás se hayan publicado.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 11 - Regreso a Vietnam

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel (93) 209 80 22 08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal. Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas.

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona
ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Enero 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS.** Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

REGRESO A VIETNAM

WILLIAM BROYLES

Introducción 2

Capítulo 1 5
El espectro de los bombarderos
¿Por qué volver?
La llegada a Hanoi
Dragones celestes
Los objetivos de Nam Dinh

Capítulo 2 17
Las sombras del tiempo
Conversaciones con generales
Tan Trao: donde todo empezó
Malentendidos diplomáticos
Fantasmas en "el Zoo"

Capítulo 3 33
Los fantasmas de la guerra
Sin novedad en la Zona Desmilitarizada
Conversación en Hué
La muchacha de la Montaña de Mármol
"¡Número uno!"
Mi enemigo y yo
La ruta de la colina 10

Capítulo 4 47
Las viejas pesadillas regresan
El mismo Saigón
Botes en el río Mekong
Bailando en la oscuridad
Una superviviente de My Lai y el viet-cong blanco
Al final del túnel
Epílogo

INTRODUCCION

En el arrozal, el agua nos llegaba a la altura del pecho. Lo vadeábamos en fila india, con los fusiles sobre la cabeza. Nuestras pesadas mochilas hacían que los pies se hundieran más y más en el barro. En las ciénagas, chicos descalzos subidos a lomos de un carabao pescaban con largas cañas. En los campos, las mujeres cosechaban el arroz, mientras a la sombra de un baniano unas muchachas entretejían un seto con cañas de bambú. Los jóvenes de la milicia local, con los fúsiles colgando descuidadamente al hombro, nos saludaban mientras se elevaban nubecillas de humo de los cigarrillos que tenían en las manos. Los niños jugaban, camino de la escuela. Unas viejas vestidas con batas negras caminaban encorvadas por el sendero, masticando y escupiendo el jugo color rojo-sangre del betel en el suelo.

Seguíamos el curso del río. Hacía calor, no corría aire y la jungla se cerraba en torno nuestro. Sólo oíamos nuestra propia respiración, y el crujido ocasional de una rama al rozar la cartuchera de un soldado. De repente, la columna se detuvo y todo el mundo se echó cuerpo a tierra. Desde la vanguardia se acercaba una señal hecha con las manos, repetida por cada hombre.

Que venga el teniente.

El mensaje paró al llegar a mí. Yo era el teniente. El hombre de cabeza había encontrado un pequeño agujero oculto bajo la hierba. Saqué una granada fumígena y la lancé por el agujero. Empezó a salir humo, y al cabo de un minuto más o menos, también se filtró por otros puntos, a lo largo de la orilla del río. Un viejo leño y algo de maleza oportunamente colocados ocultaban un agujero mucho más ancho, la entrada de un túnel. Debíamos explorar el túnel y luego dinamitarlo.

El hombre de cabeza, un nativo de Louisiana de ascendencia francesa llamado Thibodeaux, era un soldado nato. Como era tan bueno, yo solía encargarle los trabajos más difíciles, como caminar en cabeza o meterse en los túneles. Confiaba plenamente en él. Le miré, y luego miré el túnel.

Movió lentamente la cabeza, y sus labios formaron las palabras: "No voy, José."

Así estábamos. Si no quería ir, yo no podía enviarle. Tomasiewicz, el jefe del pelotón, era de Chicago, y otro soldado nato. Como Thibodeaux, tenía diecinueve años. También negó con la cabeza. Eso sólo me dejaba una solución.

Me quité la cartuchera. Thibodeaux me alargó dos barras de explosivo plástico C-4. Tomasiewicz sacó del bolsillo una cápsula detonadora, la sujetó al extremo de una espoleta, y luego —arriesgándose a que le volara la mandíbula— la clavó con los dientes. Colocó el iniciador en el otro extremo de la espoleta y hundió la cápsula detonadora en la barra de C-4. Yo comprobé que mi linterna funcionara y quité el seguro de mi 45.

Después de cortar un junco bastante largo, me arrastré a lo largo de la orilla. A la entrada del túnel agité cuidadosamente el junco, buscando la ligera resistencia que habría supuesto un hilo cruzado.

No encontré nada.

Era una precaución importante, pero los hilos cruzados no son la única manera de hacer detonar una mina o una trampa cazabobos. Podía haber una "Bouncing Betty" (Betty saltarina) oculta en el suelo y a punto de saltar en el aire y estallar a nivel de los testículos. O un obús de artillería con detonador a presión enterrado en la boca del túnel. Si era así, mis hombres no podrían encontrar los suficientes pedazos de mi cuerpo para llenar una caja de cerillas. Dentro del túnel podía haber serpientes venenosas colgando del techo. O podía haber un pozo oculto en el suelo, tapizado de estacas aguzadas. O simplemente podía encontrar dentro hombres —hombres con rifles, cuchillos, granadas o incluso lanzas— esperando al marine que entrara agachado e inerme, palpando a tientas en la oscuridad.

Los túneles formaban parte del terror especial de Vietnam. En nuestra imaginación el enemigo no era otro soldado, un hombre como nosotros. Era misterioso y huidizo: una visión de lo desconocido, un espectro con poderes terribles que se desvanecía lejos del mundo. Vietnam era una guerra de pesadilla, en la que los peores miedos de la niñez se hacían realidad. Los métodos primitivos que adoptaba el enemigo frente a nuestra tecnología lo hacían mucho más temible. Nosotros dominábamos el aire y ellos el mundo subterráneo, del cual surgían para apoderarse de la noche. Los pacíficos campesinos del día se tornaban al llegar la oscuridad amenazadores y mortíferos. Todas nuestras protecciones ultramodernas quedaban así destrozadas. Nuestra tecnología, nuestra superioridad aérea, nuestra potencia artillera: nada de eso servía. El enemigo era la misma tierra. Luchábamos contra una oscuridad que no podíamos penetrar ni comprender.

Miré hacia arriba desde la entrada del túnel y vi a Hiers, mi encargado de radiocomunicaciones. Gruño y levantó el pulgar deseándome suerte

Todo sucedía tan deprisa que apenas tenía tiempo de preguntarme qué estaba haciendo aquí y por qué me metía en el túnel, solo. Apenas tenía tiempo para sentir miedo.

Retuve el aliento y entré en el túnel. Era estrecho y bajo, pensado para hombres mucho más pequeños que yo. Reptaba con los brazos extendidos al frente, la linterna en una mano y la pistola en la otra. Me impulsaba con los pies y, cuando podía, con los codos El polvo se me pegaba al rostro y me obstruía las fosas nasales con su humedad. Apagué la linterna. No era cuestión de ir anunciando mi llegada.

El túnel dio una vuelta brusca, descendió y volvió a subir. Había perdido el sentido de la orientación. De repente el techo se separó de mi espalda y las paredes se alejaron de mis costillas. Sentí el espacio alrededor mío. Me quedé tumbado e inmóvil, con las piernas embutidas aún en el estrecho pasadizo, y el corazón dando enormes saltos dentro de mí.

Algo iba terriblemente mal.

Sentí que había algo más. Sentí que había otra persona.

Había alguien más en el túnel. Pude oír latir su corazón, trabajar sus pulmones, parpadear sus ojos. Pude sentir su dedo curvándose sobre el gatillo; ¿o era el mango de una granada que tenía en la mano? El sudor de mi cuerpo se había vuelto frío.

Muy lentamente retrocedía hacia el túnel, impulsándome con la parte inferior de las palmas de las manos. Procuraba no respirar, y luego hacerlo con minúsculas aspiraciones. Sudaba tan copiosamente que el polvo de mi cara y mi cuerpo se había convertido en barro. A los pocos pasos me detuve y permanecí inmóvil. No oí nada. No sentía ya la presencia del otro.

Empecé a reptar de nuevo. Por fin, otras manos tiraron de mis pies y me sacaron. Tomé con las manos un poco de agua del río y me limpié el barro de los ojos, la nariz y la boca.

"¿Nada ahí abajo, mi teniente?", preguntó Tomasiewicz.

Negué con la cabeza. Sentía un lazo que me unía al ser humano que estaba abajo, en el túnel. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, en la oscuridad? ¿Cómo era? ¿Escribía versos? ¿Estaba casado? No quería compartir aquel descubrimiento ni siquiera con mis hombres.

Una vez se supiera que había alguien dentro, se pondría en marcha toda la burocracia de la guerra: informes, recuento de cadáveres, publicidad. Esta guerra no se hacía por una colina, o un puente, o una capital, ni siquiera por una causa; se combatía para nivelar el tanteo. No quería a ese otro ser humano en nuestro marcador. Había jugado a ese juego y volvería a hacerlo, pero ese encuentro en la oscuridad, bajo tierra, formaba parte de algo distinto. No podría decir por qué, y todavía hoy sigo sin estar seguro. Pero no dije nada.

Tomasiewicz me dio más C-4 y volví al túnel. Cuando llegué cerca de la sala amplia, coloqué en el suelo el C-4 y retrocedí hasta que el cordón de la espoleta quedó totalmente desenrollado. Apreté el iniciador y me arrastré de nuevo hasta salir del túnel. Esperamos la explosión Sólo se oyó un ruidito ahogado. Un fallo.

Preparamos otra carga de plástico y entré en el túnel por tercera vez. Me arrastré hasta el lugar donde estaba la carga anterior y la empujé unos metros más adelante, hasta la entrada de la sala amplia. Allí me quedé inmóvil, esperando no oír nada.

La presencia seguía allí. ¿Por qué no había huido?

"¡*Didi*!", susurré. "¡*Didi mau*!" (¡Lárgate! ¡Lárgate aprisa!)

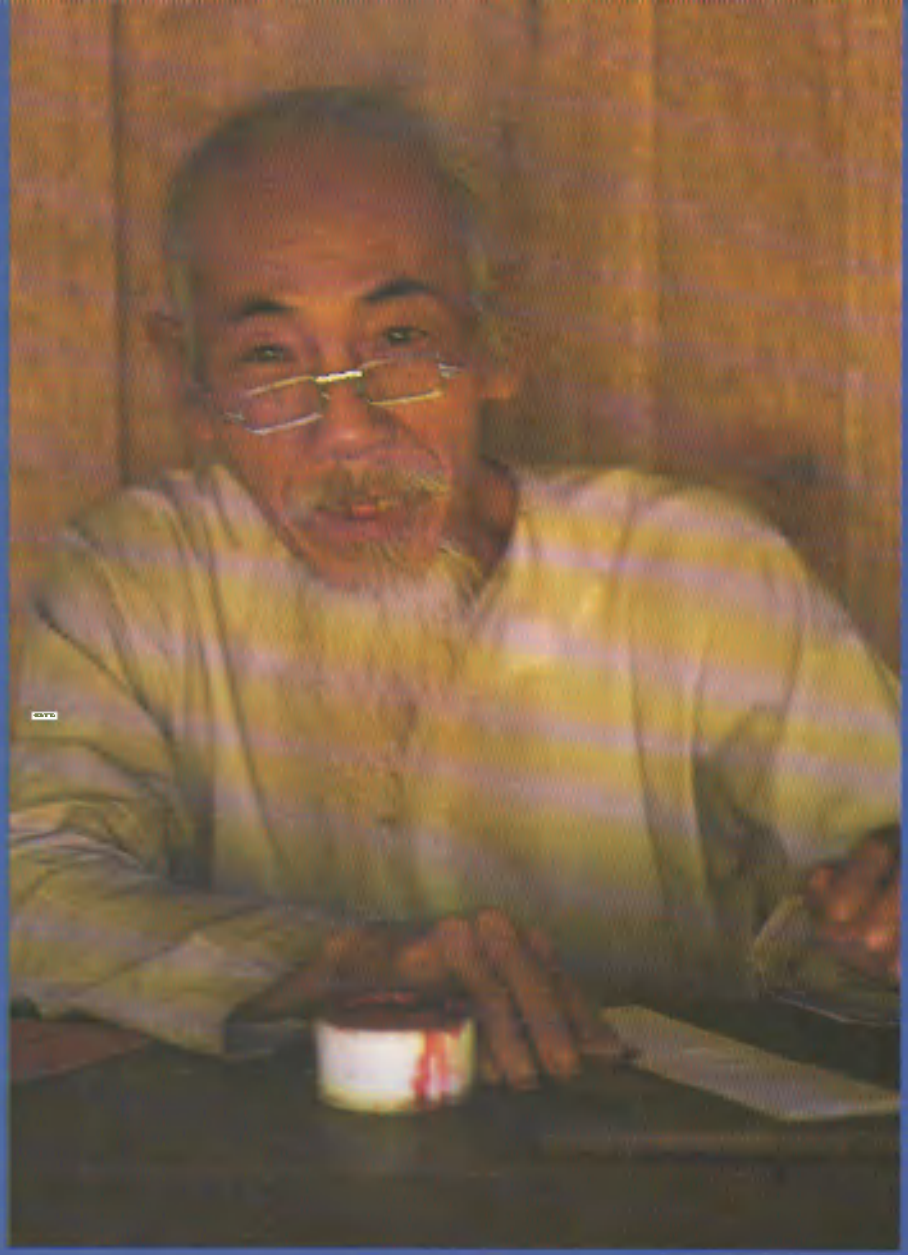
No debía haberle alertado. Era mi enemigo. Se suponía que yo debía matarle. Pero no era fácil Sentía que un poderoso lazo nos unía.

También sabía lo que iba a hacer Coloqué las cargas de C-4 junto a la pared del túnel estrecho, a pocos pasos de la entrada a la sala. Después de desenrollar la espoleta, apreté el iniciador hacia fuera. Mis brazos apenas podían moverme No bien había traspasado el umbral y salido al aire libre, cuando las cargas estallaron con un estruendo sordo.

Regresamos en silencio. Al llegar, me quité mis ropas húmedas y sucias, pero no pude hacer desaparecer de mi piel la suciedad del túnel. Me senté sobre una caja de explosivos y escribí una carta a casa mientras las luces parpadeaban y las patrullas nocturnas se preparaban para salir. Describí la aventura del túnel, pero no dije nada de la presencia que había encontrado dentro.

Había empezado a sepultarla en mi memoria, de la misma forma que probablemente la había sepultado bajo tierra

ARRIBA: *El lema de los escuadrones defoliantes llamados «Ranch Hands» era: «Sólo atacamos los bosques.» Las consecuencias pueden verse en este Orfanato número Uno del Agente Naranja, en el que los niños parecen el resultado del cruce de una araña con un mono espacial. Un abanico de deformidades.* DERECHA: *Uno de los supervivientes de una matanza de 2.500 personas perpetrada por las tropas de Pol Pot en la aldea fronteriza de Ba Chucin en 1978.*



Capítulo 1

EL ESPECTRO DE LOS BOMBARDEROS

CAPÍTULO 1 EL ESPECTRO DE LOS...

¿POR QUÉ VOLVER?

Combatí en Vietnam, pero apenas entendí lo que la guerra había significado para mí y para los hombres a cuyo lado luché. Acerca de lo que la guerra significaba para los hombres y las mujeres contra quienes combatíamos —nuestros enemigos—, no sabía absolutamente nada.

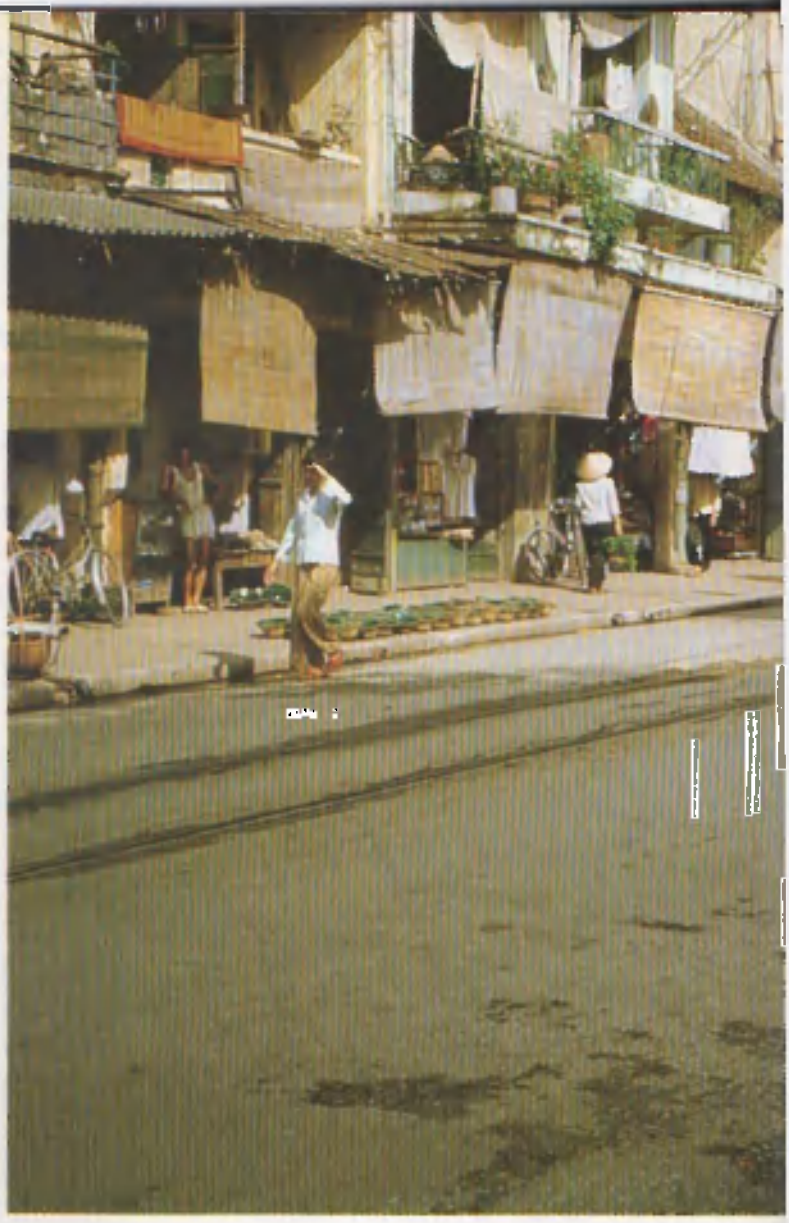
Durante años me sentí satisfecho en mi ignorancia. Mi vida se centraba en el futuro, no en el pasado. Para mí, la guerra había terminado, o así lo creía. Pero ningún joven que va a la guerra vuelve a su casa como un hombre entero La guerra marca de por vida a los hombres y mujeres que se ven envueltos en ella. Les visita en la hora que precede al sueño Vuelve a ellos —llevándoles dolor, orgullo, vergüenza e incluso risas— en momentos imprevistos de la vida de todos los días. Nunca se va

Cuando se inauguró el Memorial de los veteranos de Vietnam en Washington, en el otoño de 1982, yo estaba absorto en las urgencias hoy olvidadas de la edición de *Newsweek*. En el último momento decidí ir a Washington a la celebración. Me situé frente al gran muro negro, mirando los nombres esculpidos. Sai G Lew, Glenn F Cashdollar, Kenyu Shimabukuru, Famous L. Lane. Max Lieberman, Thomas L. Little Sun, Salvatore J. Piscitello, Savas Escamillo Trevino: ciudadanos norteamericanos, surgidos de todas las culturas del mundo; y en cada nombre un padre o un hijo, un esposo o un amigo que nunca volvería a su hogar. Tantos, demasiados nombres. La emoción me abrumó.

Me vi rodeado de otros hombres que miraban los nombres, se acercaban a ellos y los tocaban, los bañaban con sus lágrimas. Algunos ya eran abuelos. Llevaban uniformes de combate con los tonos del camuflaje y sombreros cónicos de paja, o chalecos de nilón con el nombre de su unidad a la espalda. Un hombre vestido con un traje elegante de tres piezas llevaba en la cabeza un casco abollado. Otros llevaban sus viejos uniformes arrugados y apolillados, como si los hubieran sacado del desván para la ocasión. Había cowboys, sindicalistas, *Hell's Angels* y jugadores de equipos de bolos: doctores, abogados, diplomáticos y contables; hombres que caminaban apoyándose en un bastón y demasiados hombres en sillas de ruedas Una y otra vez vi a mujeres que señalaban un nombre a sus hijos y luego se giraban, con los hombros sacudidos por los sollozos, mientras los niños imprimían cuidadosamente el nombre en plastilina.

> Aprendí en seguida todo lo adaptable que podía llegar a ser, especialmente cuando otros hombres querían matarme.

Muchos de esos veteranos se habían presentado voluntarios, cuando eran adolescentes, para luchar en Vietnam. En el mundo en el que vivían, eso era lo que debía hacer un patriota norteamericano. Yo era diferente. Me sortearon a la edad de 24 años, y había pasado los tres anteriores haciendo todo lo posible para librarme del servicio militar. Estaba convencido de que para mí sería un error combatir en Vietnam. La guerra me colocaría detrás de la gente de mi edad, me pondría en peligro, y, oh sí, era inmoral y todas esas cosas. En 1968 yo estudiaba en Oxford, y veía a través de la BBC cómo morían los jóvenes norteamericanos en las calles de Hué durante la ofensiva del Tet. Esos chicos eran como los amigos con los que había crecido



en una pequeña población de Texas. Combatían mientras mis amigos universitarios y yo progresábamos en nuestras vidas. Yo creía que mi país había cometido un error en Vietnam, pero empecé a sospechar que estaba utilizando mi convicción como una excusa de mi egoísmo y mi cobardía.

Cuando volví a Estados Unidos, pasé el examen médico de prealistamiento en Newark. Éramos ciento cincuenta, cuatro blancos y el resto negros. Los blancos llevaban radiografías y certificados, alegaban «problemas» médicos, y a la media hora estaban fuera. Para los jóvenes negros, en cambio, el Ejército era la forma de escapar del ghetto de Newark. Querían ser admitidos, no descartados. Cuando me fui de Newark ese día, comprendí que no podía seguir actuando como si mi educación y clase social me otorgaran privilegios especiales. Determiné buscar alguna solución que me permitiera no sólo vivir, sino vivir de acuerdo conmigo mismo.

Pocos meses más tarde había ingresado en el cuerpo de Infantería de Marina, y me preparaba para estudiar chino y pasar mis tres años de servicio traduciendo documentos en Washington. En cambio —y para mi considerable sorpresa—, una orden me destinó a Vietnam y me puso al mando de un pelotón de infantería en las colinas situadas al oeste de Da Nang. A lo largo del año que pasé en Vietnam esperé poder comunicar a mis superiores —a cualquiera de ellos— que se suponía que yo no debía estar allí, que la gente como yo no combate en esa clase de guerra. Pero aprendí en seguida todo lo adaptable que podía

ARRIBA: *Calles pavimentadas, tranvías de la década de los veinte y tiendas de estuco pintado en la tradicional arteria comercial Rue de la Soie (calle de la Seda), en la parte baja de Hanoi. Un escaparate en cada portal.*

llegar a ser, especialmente cuando otros hombres querían matarme. La guerra se convirtió en algo que yo hacía. En lugar de levantarme por las mañanas, coger la cartera y marchar a un despacho de abogado, yo me levantaba por las mañanas, cogía mi rifle y marchaba a la guerra. Un año más tarde, volví a casa.

Por algún tiempo, desde mi regreso, me sentí resentido contra los jóvenes de mi edad que habían evitado ir a la guerra y progresaban en sus carreras. Me sentía más identificado con los activistas contrarios a la guerra que se habían declarado objetores de conciencia o habían ido a parar a la cárcel. Vietnam los había cambiado, como cambió a quienes combatimos allí

Tampoco me sentía demasiado identificado con los veteranos incapaces de superar la guerra y dejarla atrás. Tal vez se debía a que yo era mayor que muchos de los hombres que lucharon conmigo, a que había visto menos combates, o bien a que había conseguido una situación razonablemente próspera al regresar a casa. No sé la razón. Sólo pude darme cuenta de que me alejaba de los hombres junto a los que había combatido, y que para mí la guerra se había convertido en un recuerdo

Pero en presencia de aquellos nombres en las paredes, vi Vietnam como si hubiese vuelto sólo el día anterior. Me acordé de mi bautismo de fuego, del primer hombre muerto que vi, de los suelos ensangrentados de los helicópteros de evacuación sanitaria, del calor, el barro, las sanguijuelas, y el miedo. Me acordé de la forma en que nos jugábamos las raciones, leíamos las cartas de los demás y cantábamos rock-and-roll al atardecer, antes de que salieran las patrullas nocturnas. Me acordé de lo hermoso que era el país, de cómo olía, y del aspecto de sus gentes, los niños con la piel clara y unos inocentes ojos pardos, los viejos en cuclillas en las acequias de los arrozales, las mujeres jóvenes vestidas con *ao dais* ondulados. esbeltas como gacelas.

Recordé cómo pateábamos los arrozales con chalecos antibalas, botas y casco, con nuestros cuerpos acribillados de vacunas, y el agua esterilizada que bebíamos. Nos abríamos camino hasta misteriosos poblados escondidos detrás de muros de bambú tan espesos como el tiempo De noche en las montañas, podía observar la estela de satélites que giraban en torno a la Tierra. Otros norteamericanos estaban en la Luna, enviados allí por el mismo espíritu patriótico del «podemos hacerlo» que nos mantenía en Vietnam, pero ellos sabían más sobre la Luna de lo que nosotros sabíamos sobre Vietnam. Éramos extraños en nuestro propio planeta, estábamos solos y teníamos miedo Nos sentíamos zarandeados como las vainas del arroz al viento.

En la mayoría de las guerras, el soldado sabe dónde está el campo de batalla. En Vietnam la guerra estaba en todas partes.

Estábamos solos con la extraña cultura que habíamos creado. Vietnam era la primera guerra bajo el signo del rock-and-roll, una mezcla psicodélica de sexo, drogas, música, violencia e idealismo, que fue el espejo oscuro de los años sesenta. Para quienes combatimos allí, fue asimismo una camaradería, una confianza intensamente compartidas, un Woodstock con armas. A pesar de toda la confusión moral y política, a pesar del horror y la vergüenza de la guerra, sabíamos por nosotros mismos que habíamos hecho algo bueno. y nos aferrábamos a esa certeza incluso en una época en que la guerra y los guerreros habían pasado de moda.

Vietnam era una clase de guerra diferente, aunque no tan diferente de las demás guerras como piensan algunos veteranos. Pero en la mayoría de las guerras, el soldado sabe dónde está el campo de batalla. En Vietnam la guerra estaba en todas partes En la mayoría de las guerras, el soldado sabe quién es su enemigo. En Vietnam era difícil decir qué vietnamitas eran nuestros amigos y quiénes enemigos, y demasiado fácil el renunciar a comprobarlo.

La mejor arma de un soldado no es su fusil, sino su capacidad para ver al enemigo como una abstracción y no como a otro ser humano. La simple palabra «enemigo» posee un poder moral y mental que hace la guerra posible, e incluso necesaria. Yo nunca había conocido a mi enemigo, y quería hacerlo En Vietnam murieron norteamericanos a lo largo de quince años, más tiempo que en la guerra civil y las dos guerras mundiales juntas. Pero las gentes en cuya defensa luchaban, y los enemigos que tanto se parecían a esas gentes, siguieron siendo un misterio hasta el final, tan evanescente como la presencia con la que me encontré en un túnel hace ya tantos años.

Tenía que volver.

LA LLEGADA A HANOI

Volamos a Hanoi siguiendo la ruta que los pilotos norteamericanos habían utilizado en otra época en sus misiones de bombardeo, despegando de Takhli y Udorn, en Tailandia. Pude ver en el horizonte, hacia el norte, la línea alargada de bajas montañas que los pilotos norteamericanos llamaban Thud Ridge, de «Thud», apodo que daban al F-105 Thunderchief.

Thud Ridge bordea el curso del río Rojo directamente hasta Hanoi, y para aquellos pilotos, por consiguiente, señalaba el comienzo del descenso a los infiernos. Hanoi había aprendido a defenderse; estaba protegida por bosques de SAM, muros de artillería antiaérea y avisperos de cazas MiG. Y a los pilotos norteamericanos tan sólo se les permitía atacar un número muy limitado de objetivos, de modo que los norvietnamitas aprendieron rápidamente todas las posibles rutas de bombardeo. Nunca se vieron sorprendidos. Siempre estaban preparados. Ningún piloto hubo antes de desafiar unas defensas tan terribles. Cuando volaban hacia Hanoi, los cielos parecían arder. «Aquello parecía el fin del mundo», recuerda un piloto.

Pero cuando yo miraba por la estrecha ventanilla, los únicos signos visibles de aquel combate épico eran algunos cráteres de bombas rellenos de agua, hoyos marrones que desentonaban en la verde geometría de los arrozales y las acequias. En medio de los pantanos se alzaban poblados típicos, con las casas estrechamente apiñadas y rodeadas por un grueso muro de bambú. El aeropuerto era pequeño y primitivo. En torno al perímetro del campo pasaban bueyes tirando de las carretas. Hombres en bicicleta cruzaban la pista asfaltada. Los únicos pasajeros del aeropuerto éramos los de mi vuelo; sólo había llegado otro avión aquella mañana, y no iba a llegar ninguno más en ese día.

> Cuando los vi, tuve que luchar con el impulso de salir huyendo, de ponerme a salvo. Por un instante me sentí desnudo; quería un fusil.

Las formalidades de la llegada resultaron sorprendentemente rutinarias. Yo esperaba encontrar la minuciosa suspicacia de la policía estatal de Berlín Este. Pero en lugar de Alemania Oriental, me encontré en México. Un policía echó una ojeada a mi pasaporte mientras otro señalaba mi equipaje con una inicial y me acompañaba a través de la aduana. El procedimiento duró menos de un minuto. No registraron mis maletas; de hecho, ni siquiera las solté de la mano al pasar la aduana.

Al mirar a uno y otro lado del aeropuerto, que se vaciaba rápidamente, me di cuenta de que nadie había venido a recogerme. Eso me obligó a una espera, porque no había teléfonos ni taxis, y yo no conocía a nadie en Hanoi. Había llegado a un aeropuerto que otros norteamericanos habían bombardeado tan sólo unos años atrás, y no tenía idea de si los vietnamitas recibirían a un norteamericano con espíritu hospitalario o con ánimo de venganza.

IZQUIERDA: *Durante la masiva campaña de bombardeos para impedir la recolección, estos campesinos vietnamitas se vieron obligados a trabajar en los arrozales por la noche.*

Y entonces, cuando los últimos pasajeros abandonaban el aeropuerto, llegó un joven, se presentó a sí mismo en un inglés correcto y me pidió disculpas por llegar tarde. Se llamaba Tien y le enviaba el Centro de Prensa Extranjera. Cargamos mis maletas en un Toyota flamante y marchamos hacia Hanoi. Miles de personas abarrotaban la carretera, trillando arroz, reparando bicicletas, guiando cerdos, transportando piedras, jugando, cortándose el pelo... todo ello sobre la calzada. Pescadores, cazadores y escolares que lucían bandas rojas al pecho caminaban por el pavimento. Había carros tirados por bueyes, ganado, manadas de patos, y por todas partes cruzaban las bicicletas: bicicletas montadas por una, dos, tres, cuatro y hasta cinco personas; bicicletas que transportaban inmensas cargas de arroz, carbón, leña y aves de corral. Vimos algunos camiones, pero el nuestro era el único automóvil. Tal vez el Toyota tenía un pedal de freno, pero el conductor no lo descubrió en este viaje en particular. A toque de bocina, cruzamos aquel océano de actividad como un tiburón atraviesa un banco de sardinas.

En los arrozales, ejércitos de campesinos cavaban, escardaban, plantaban, segaban. Los niños cabalgaban a lomos de los carabaos o se bañaban en las lagunas. Las mujeres se inclinaban con sus hoces, cosechando el arroz. Alrededor de cada casa hormigueaban docenas de personas bebiendo té o gesticulando con cigarrillos en las manos. Grupos de hombres trabajaban en hornos de ladrillos, carboneras de turba y serrerías rudimentarias. Era una vida pública densa, de una intensidad urbana, como la de una calle de Nueva York.

Mi mirada de hombre moderno estaba acostumbrada a los paisajes vacíos de Estados Unidos, donde la visión de una figura solitaria en un tractor es ya motivo de comentario. Pero el paisaje de Vietnam es preindustrial, repleto de hombres, mujeres, niños y animales ocupados en trabajos variadísimos para extraer de la tierra su sustento. Si hubiera llegado a esos campos mil años antes, la escena habría sido muy poco distinta respecto a la época actual.

Pero entonces se interpuso mi memoria. Los pequeños poblados, las acequias y los arrozales, las hileras de árboles eran iguales a los poblados, acequias e hileras de árboles que habían significado años atrás emboscadas y muerte. Cerré los ojos y vi guerrilleros de uniformes verdes que se me acercaban. Podía escuchar el estampido de los fusiles, el estruendo de la artillería, el insidioso zumbido suave de una granada de mortero al acercarse. Y pude oler todos los olores de la guerra: la pólvora, los excrementos, las ruinas. Los soldados de la carretera llevaban los mismos uniformes de los norvietnamitas en la época en que unos y otros hacíamos todo lo posible por matarnos recíprocamente. Cuando los vi, tuve que luchar con el impulso de salir huyendo, de ponerme a salvo. Por un instante me sentí desnudo, quería un fusil.

Sabía lo valientes y llenos de recursos que eran los soldados norvietnamitas. Pero no podía entender cómo se había reclutado en este lugar apartado a los muchachos que cabalgaban plácidamente a lomos de un carabao para convertirlos en artilleros antiaéreos y jefes de pelotón; cómo se había organizado con ellos la construcción y el mantenimiento de una amplia red logística de más de 2.000 kilómetros por montañas y selvas sin caminos; cómo se había encontrado la forma de derrotar cada nueva arma tecnológica que perfeccionábamos en nuestros laboratorios. Sencillamente, no me salían las cuentas. En combate, las tropas norvietnamitas parecían tan motivadas como si la historia cabalgara sobre sus hombros. Hombres canijos, no

más altos que un muchacho, habían hecho un trabajo de gigantes. Y sin embargo, este paisaje pastoril, anacrónico, que los había criado parecía situado fuera de la historia Aquí, pensé, nunca puede ocurrir nada.

Llegamos al puente Paul Doumer, y como estaba abarrotado de peatones que lo cruzaban, el conductor disminuyó, a Dios gracias, la marcha del automóvil. A nuestros pies, el río Rojo fluía en silencio. En frente, podía ver las luces de Hanoi. Pocos minutos más tarde estábamos en la ciudad.

Con sus anchas calles y sus edificios de estuco pintados de rosa, cubiertos de tejas y adornados con persianas verdes, Hanoi recuerda a una soñolienta población francesa de provincias Apenas queda nada de la antigua ciudad vietnamita que encontraron los franceses al llegar, y desde que marcharon en 1954, poco es lo que se ha añadido. Visitar Hanoi es como recorrer una ciudad antigua. El pueblo que la edificó ha desaparecido, y en sus ruinas habitan hombres de una raza distinta. En todas partes se percibe una sensación de derrumbe, como si se tratara de un yacimiento dispuesto para una futura excavación arqueológica, y la ciudad tendiera a adaptarse con toda rapidez a esa condición de vestigio de un pasado desaparecido.

Los propios vietnamitas parecen extranjeros en Hanoi. Tienen el aire de personas que visten ropas ajenas. En 1946 Ho Chi Minh no se entristeció por tener que evacuar Hanoi ante los franceses Sabía que la fuerza del país no estaba en las ciudades, e incluso hoy los vietnamitas de Hanoi parecen alimentar la convicción de que en realidad viven en algún otro lugar. Pregunté a docenas de ellos de dónde eran: invariablemente me contestaron con el nombre de su aldea natal

★ ★ ★

Hanoi se despierta con las notas de una melodía de cajita de música que suenan por los altavoces. A las seis de la mañana, el parque que rodea el lago estaba repleto de gentes que hacían sus ejercicios matutinos, solos o en grupos. Parejas de ancianos golpeaban de un lado para otro pelotas emplumadas de badminton, algunos hombres practicaban el Tai Chi, y otros corrían alrededor del lago. Unos jóvenes que jugaban al fútbol me invitaron a participar. Después de veinte minutos hicimos un descanso y uno de ellos me preguntó, en correcto inglés: «¿Cuál es tu nacionalidad? ¿Ruso?»

Le dije que era norteamericano. Su cara se abrió en una amplia mueca.

«¡Número uno!», exclamó.

Reanudamos el partido y uno de los vietnamitas marcó sin esfuerzo un gol colando el balón entre mis piernas.

Un equipo del Ejército estaba efectuando carreras alrededor de la manzana. Me invitaron a correr con ellos. Lo hice a lo largo de una vuelta, mientras los viejos que jugaban al badminton nos animaban y las jóvenes paraban por un momento sus ejercicios para mirarnos. Pero cuando los demás iniciaron la segunda vuelta, me eché a un lado y paré.

Después de la carrera, el ganador se acercó a un banco que había en el centro del parque e hizo ostentosamente diez fondos. Yo me tendí en silencio en el suelo e hice cincuenta Al levantarme, me vi felicitado con silbidos y aplausos. Un anciano me invitó a jugar a badminton, y así pasé mi primera mañana en Vietnam, jugando inocentemente en el parque

Más tarde me acerqué al Centro de Prensa Extranjera. Entramos por la puerta trasera; dos mujeres estaban en cuclillas en el suelo, cocinando en un pequeño brasero de carbón, y una gallina paseaba alrededor de ellas, picoteando entre las piedras.

Tien, el joven de modales tímidos y formales que me había recogido en el aeropuerto, estaba allí. Tien acababa de licenciarse del Ejército y trabajaba como aprendiz en el Centro de Prensa. El iba a ser mi guía auxiliar. Luego fui presentado a Le Luong Minh. mi guía y traductor, que iba a acompañarme a lo largo de todo mi viaje.

Minh se reveló como un excelente compañero de viaje. Había pasado cinco años en la embajada de Vietnam en Canadá, y por eso no le resultaban extrañas las costumbres occidentales. Estaba versado en filosofía política e historia, y también era poeta y un romántico incurable. Durante nuestros largos viajes en automóvil me recitó poemas suyos («Mi amor es como una caña de bambú...»). me contó cuentos y leyendas populares vietnamitas, y me citó largos párrafos relativos a Vietnam tomados de las memorias de varios personajes políticos norteamericanos. Era ingenioso, ameno y muy alegre. También era un hombre totalmente entregado a su país y a su ideología.

DRAGONES CELESTES

Vietnam no fue una guerra, sino muchas guerras. La guerra en el Delta del Mekong no fue como la guerra en las montañas o la guerra en las cercanías de la Zona Desmilitarizada. La guerra de 1965-68 fue diferente de la de 1969-72 La infantería vivió varias guerras, y lo mismo ocurrió con los pilotos, y la inmensa mayoría de los hombres de la retaguardia no vivieron una guerra de ninguna clase. Yo era oficial de Infantería, y por eso sabía muy poco de la larga guerra aérea contra el Norte. Pero en Hanoi y en todos los lugares de Vietnam del Norte. la guerra importante era la guerra aérea.

En Vietnam llaman a la guerra aérea el Dien Bien Phu del aire: la batalla decisiva. Es para Vietnam lo que la Batalla de Inglaterra para los británicos, «su hora de la verdad», el momento en que los hogares se convirtieron en campo de batalla y cada ciudadano se transformó en soldado. La guerra aérea fue el equivalente norteamericano de la ofensiva comunista del Tet en 1968: las dos fueron dramáticos intentos de quebrar la voluntad de lucha de la población civil. Pero mientras la ofensiva del Tet consiguió alejar al pueblo norteamericano del esfuerzo bélico y dejó huérfanos a los soldados estadounidenses, los bombardeos tuvieron exactamente el efecto opuesto. «Ustedes llevaron la guerra al interior de todos los hogares del Norte», me dijo un general, «y así hicieron que el pueblo se sintiera más unido a quienes luchaban en el Sur.»

> El B-52 era como la estrella de la muerte; volaba tan alto y tan rápido que parecía estar más allá de la vista, más allá del oído, más allá de la humanidad.

Muchos defensores del poder aéreo norteamericano creen hoy que fracasamos porque no bombardeamos lo suficiente. Desperdiciamos nuestra enorme superioridad bombardeando objetivos predecibles de forma esporádica y carente de propósito, y evitamos innecesariamente atacar objetivos decisivos, como los aeródromos de los MiG, situados hasta 1967 fuera de los límites. Así se produjo el absurdo de que los pilotos nortea-

ARRIBA: *Nutridos grupos de obreros de Hanoi esperan el paso del expreso Dam Nam Dinh en el paso a nivel de la calle Dien Bien Phu.*

mericanos patrullaran sobre la base aérea de Phuc Yen en espera de que algún MiG despegara. En el aire, cuando era peligroso y podía derribar aviones norteamericanos. el caza enemigo era un objetivo lícito. En tierra, cuando podía ser destruido fácilmente, estaba fuera de los límites.

El resultado, dice esta teoría, es que dejamos a Vietnam del Norte creer que habían sobrevivido a lo peor que éramos capaces de hacerles. Wayne W Thompson. que está escribiendo para las Fuerzas Aéreas la historia oficial de la guerra aérea sobre Vietnam del Norte, me dijo que si hubiéramos bombardeado Hanoi con los B-52 en 1965 y 1966 de la forma en que lo hicimos en 1972, «su voluntad de luchar se hubiera deteriorado gravemente». Respaldan el argumento los informes de los prisioneros de guerra, que declararon que sus guardianes estaban aterrorizados durante los bombardeos de las Navidades de 1972.

Pero el argumento presenta un fallo fundamental· fuera cual fuera el precio por ganar la guerra —veinte años más de lucha, otro millón de muertos, la destrucción de Hanoi—. los norvietnamitas estaban dispuestos a pagarlo. Y ahí estriba la falacia que descalifica nuestra estrategia de respuesta graduada, aumentar gradualmente el castigo no afecta necesariamente a un oponente que esté dispuesto a perderlo todo.

Cuando los oficiales y los historiadores militares norteamericanos hablan del bombardeo de las Navidades, insisten en que se produjo sobre los mismos «viejos objetivos» de los suburbios de Hanoi. La diferencia, según Wayne Thompson, es que «los B-52 tienen una precisión menor que la de los cazabombarderos que utilizamos anteriormente. Para situarse fuera del alcance de la artillería pesada antiaérea y de los SAM. debían volar muy alto sobre sus objetivos. Dice mucho en favor de las tripulaciones de los B-52 que las víctimas civiles de los bombardeos fueran tan reducidas como en realidad fueron. Los vietnamitas dicen que tuvieron 1.200 muertos. Pero esa cifra refuerza nuestra argumentación, y no la de ellos. Tan sólo en una de esas incursiones, los B-52 podían haber matado a millares de civiles, si ésa hubiera sido nuestra intención. Podíamos haber utilizado bombas incendiarias, atacado el centro de la ciudad. Si hubiéramos querido destruir Hanoi, la habríamos borrado del mapa».

Después de estar en Hanoi, creo que todo eso es cierto. Pero la objetividad con la que los norteamericanos discuten sobre la guerra aérea deriva de que ellos eran los que lanzaban las bombas; el punto de vista vietnamita es muy diferente Para ellos, el B-52 no era sólo un bombardero más grande y más terrible. Era como la estrella de la muerte; volaba tan alto y tan rápido que parecía estar más allá de la vista, más allá del oído, más allá de la humanidad. Atacaba sin anunciar su presencia. En un momento todo estaba tranquilo, y al siguiente la tierra vomitaba fuego como si el mundo entero hiciera explosión

Haber sufrido un ataque de los B-52 era la experiencia definitiva de la guerra. Haber sido herido por un B-52, un distintivo honorífico especial. Una y otra vez, los hombres y mujeres a los que entrevisté hacían una pausa en medio de sus recuerdos, y su mirada se perdía en el infinito. Era la señal de que iban a contarme la ocasión en que fueron atacados por los B-52. Era un momento que nunca habían de olvidar.

«La primera vez que derribamos un B-52», me dijo un general que había estado al mando de la defensa aérea, «fue durante los bombardeos de las Navidades. Por ese motivo hubo grandes celebraciones en todo el país.» La pieza más popular exhibida

ARRIBA: *Sobre Hanoi se extiende a menudo una neblina que los franceses bautizaron con el nombre de «crachin». En ciertos meses del año el frío es muy intenso, como demuestra la ropa de este obrero.*

en el museo de la guerra de Hanoi son los restos de un B-52, colocados en el patio debajo de un MiG-21. Los niños curiosean todo el día a su alrededor, boquiabiertos, como ante los despojos de una gran fiera abatida por los cazadores.

Los pilotos vietnamitas que debían combatir contra los aviones estadounidenses no tenían una misión ciertamente envidiable, pero se las arreglaron para derribar un avión norteamericano por cada dos que perdían: un tanteo mucho mejor que la relación de 1 a 20 en la guerra de Corea. Su relativo éxito se debió a una serie de motivos. Los pilotos estadounidenses de los F-4 y F-105 volaban cazabombarderos polivalentes, mientras que el MiG-21 era un caza sencillo, sin ninguna sofisticación, pero que hacía su trabajo con una eficacia extraordinaria

Los pilotos de los MiG disponían también de un magnífico sistema de radar que les permitía seguir la ruta de los aviones norteamericanos prácticamente desde que despegaban de sus bases en Tailandia, Da Nang o el Mar de la China Meridional. Y por fin, los vietnamitas defendían su propio país, lo que no sólo suponía un considerable refuerzo psicológico, sino también muchas posibilidades de rápidos aterrizajes y ruptura de contacto

Pocos pilotos estadounidenses sentían respeto por los «chóferes MiG». A muchos de los pilotos vietnamitas los habían sacado de los lomos de un búfalo para enseñarles a volar. La mayoría habían aprendido a volar en un reactor antes que a conducir un automóvil. Pero consiguieron derribar 92 aparatos norteamericanos, y tres de ellos tienen en su haber el derribo de un B-52, hazaña que los ha convertido en héroes de la patria.

«Mi odio, mi entrenamiento, mi ideología, me ayudaban en mi intento de no fallar. Aquel avión estaba bombardeando mi patria. Me sentí feliz cuando lo alcancé.»

Pedí ver a uno de esos pilotos, Pham Tuan, que ha participado en un vuelo espacial, en órbita terrestre, con cosmonautas soviéticos. Me lo presentaron una tarde en el Centro de Prensa.

Le pregunté por el proceso de selección de pilotos que utilizan las Fuerzas Aéreas Me contestó que la principal calificación para un piloto de caza es el contestar correctamente: «Quiero serlo.» Su respuesta era marxismo clásico. la misma apreciación sobre la importancia del pensamiento frente a la materia que mostraban los pilotos chinos que leían las citas del presidente Mao con el fin de aprender a volar en un reactor. Evidentemente, Pham Tuan no sólo poseía la voluntad precisa para ser piloto, sino un montón de cualidades más. Después de dos años de entrenamiento en la Unión Soviética, volvió para pilotar un MiG-21 contra las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos. No era un trabajo que presentara grandes expectativas de longevidad.

«Mis camaradas y yo —me dijo— sabíamos que nos correspondía sacrificarnos a nosotros mismos. Estaba convencido de que iba a morir. La primera vez que volé no conseguí encontrar a vuestros aparatos. ¿Dónde estaban? Me puse muy nervioso. Pero cuando vi un avión norteamericano. sólo tuve un pensamiento: derribarlo. Nuestra táctica consistía en hacer una pasada muy próxima y dar en el blanco con el primer disparo. Eso es lo que sucedió con el B-52 Ocurrió el 27 de diciembre de 1972, la décima noche de los bombardeos de Navidades. Dos de nosotros despegamos para enfrentarnos a los B-52. Localicé a uno, me coloqué muy cerca de él y disparé mis cohetes. Mi odio, mi entrenamiento, mi ideología, me ayudaban en mi intento de no fallar. Aquel avión estaba bombardeando mi patria. Me sentí feliz cuando lo alcancé.»

Hoy Pham Tuan es coronel. Su viaje espacial le ha dejado como secuela algunos pensamientos cuasimísticos sobre nuestro pequeño planeta y la futilidad de sus guerras, similares a los descritos por algunos astronautas norteamericanos Lo que le gustaría, más que ninguna otra cosa, es participar en una misión conjunta espacial con norteamericanos, la misma clase de hombres cuya muerte le hizo una vez sentirse feliz.

★ ★ ★

Una de las fotografías más famosas de la guerra apareció en 1972 en una portada de la revista *Life*: una niña corriendo desnuda por una carretera, con el cuerpo humeando todavía por el napalm, la cara desencajada por el shock y el dolor. El nombre de esa niña es Phan Thi Kim Phuuc, y hoy (1984) tiene veintún años. Estaba de paso en Hanoi, camino de Saigón desde Alemania Occidental. donde había sufrido varias operaciones para recuperar el uso de su brazo izquierdo. Estuve comiendo con ella en el Thong Nhat. Iba vestida con un traje a la moda actual, y llevaba las mangas bajadas hasta las muñecas, a pesar de que el día era caluroso.

Me contó su historia. Tenía un rostro redondo y abierto, una sonrisa tímida y una voz suave y tranquila Sus manos se movían con gestos breves y contenidos, mientras hablaba.

«Mi aldea fue bombardeada y corrimos hacia la pagoda en busca de refugio. Normalmente los aviones norteamericanos lanzaban explosivos, pero ese día tiraron napalm Había fuego por todas partes Corrimos aterrorizados; sentíamos que nos quemábamos horriblemente por dentro, y que no podíamos librarnos de aquel fuego. Cuando llegué al puente desde donde se tomó la fotografía, había corrido casi un kilómetro. Mis ropas se habían quemado. Estaba agotada y llena de pánico Mi tía y dos primos que estaban conmigo habían muerto No podía comprender por qué nos hacían una cosa tan terrible. Pero yo era muy pequeña entonces » Tenía nueve años.

Durante más de un año, estuvo internada en un hospital de Saigón. Luego regresó a su aldea natal en Tay Ninh y reanudó sus estudios.

«Vi la fotografía y rompí a llorar», me dijo, frotándose el brazo. «¿Cómo podía ser yo? ¿Cómo pudo sucederme a mí? Me parecía injusto.»

Sólo era una niña cuando fue bombardeada con napalm: una niña inocente. Su tragedia personal reflejaba como en un espejo la tragedia de la guerra. que convirtió a los civiles en combatientes y sus hogares en campos de batalla. Kim Phuuc vivía en un área controlada por el Vietcong, no lejos del cuartel general en la jungla desde el que se dirigían las operaciones comunistas en el Sur. Vivía en territorio enemigo. Por desgracia. el Ejército y el mando enemigo eran invisibles, y en cambio, las aldeas, demasiado visibles Casualmente un fotógrafo fue testigo de su dolor e hizo de ella un símbolo de los sufrimientos de la guerra.

Kim Phuuc tiene dos sueños: uno, llegar a ser médico, aunque no está segura de conseguirlo, porque a su mano aún le falta firmeza y su complexión es débil. «Pero sigo intentándolo», dice frotándose el brazo. El otro sueño no es tan ambicioso, pero sí mucho más conmovedor. «Quisiera. por una vez —dice—, poder llevar una blusa de manga corta »

LOS OBJETIVOS DE NAM DINH

Al amanecer del día siguiente marchamos de Hanoi hacia el delta del río Rojo, el corazón agrícola del Norte, un área densamente poblada al sur de Hanoi, que durante la guerra fue duramente bombardeada En el restaurante del hotel me senté a decidir lo que tomaría para desayunar. Todas las camareras vestían blusas blancas de algodón, pantalones negros de seda y lo que parecían ser zapatos de serie con tacones altísimos. En consecuencia, atendían a los clientes en una especie de ballet a cámara lenta, más espectacular aún por el hecho de que tres de

las cinco mujeres se hallaban en avanzado estado de gestación, y su equilibrio sobre aquellos zancos resultaba como mínimo problemático

Phuong, la más flemática de las camareras, me ofreció una pequeña muestra de lo que opina un vietnamita con autoridad sobre el principio de que el cliente siempre tiene razón.

«Hoy, *pho*», me dijo. *Pho* es una sopa de fideos.

«De acuerdo», dije. «Tomaré *pho* y tal vez una tortilla.»

«No tortilla. *Pho*.»

«Bueno, tomaré *pho* y tostadas.»

«No tostadas. *Pho*», dijo.

«De acuerdo, creo que tomaré sólo *pho*.»

«¿Quiere *pho*, entonces?»

«Oh, sí, *pho* está bien.»

Después de desayunar un gran tazón de *pho* salimos de Hanoi, a lo largo de la línea del ferrocarril con sus locomotoras y vagones semejantes a piezas de museo, y tomamos luego la polvorienta y bacheada superficie de la Ruta 1, la autopista nacional. Mientras circulábamos por ella, Minh me contó la historia del Lago de la Espada Devuelta. «En el siglo xv nuestro país estaba oprimido por los invasores chinos. Un joven llamado Le Loi estaba sentado a la orilla del lago, entristecido por la pérdida de nuestra libertad e independencia. cuando apareció una tortuga gigante. La tortuga le dio una espada mágica, y con ella consiguió derrotar a los invasores chinos y reunificar el país. Y entonces, cuando fuimos libres, Le Loi regresó al lago y devolvió la espada a la tortuga. Por eso lo llamamos el Lago de la Espada Devuelta.»

Siempre me había preguntado por qué los vietnamitas luchaban con tanta determinación. Ahora supe una respuesta: ... tienen sentido del destino.

Después de unos momentos de silencio, Minh siguió hablando. «¿Sabe usted? —dijo—. en setiembre de 1969, cuando murió Tío Ho, todos nos sentíamos desolados Pero vinieron lluvias muy fuertes, y una tortuga gigante emergió del lago. Mucha gente lo consideró una señal: la de que, a pesar de la muerte de Ho, venceríamos.»

Estados Unidos es una nación de inmigrantes, de cosas que se ponen en marcha, de movimiento Estamos hechos para el futuro. Vietnam está anclado en el pasado. Su pueblo comparte una historia que se remonta a miles de años, un drama continuo en el que todos ellos juegan un papel, y en el que los relatos de la guerra con los norteamericanos, y sus héroes, circulan por las fábricas, y las abuelas los cuentan a sus nietos por la noche, en las cabañas. La cronología no tiene importancia: el tiempo no disminuye la inmediatez de las historias. Se recuerda a Le Loi tan vívidamente como a Ho Chi Minh. Siempre me había preguntado por qué los vietnamitas luchaban con tanta determinación. Ahora supe una respuesta: están imbuidos de su historia y de sus héroes. Tienen sentido del destino.

La recopilación de esas historias se parece al Credo de los Apóstoles: es una afirmación de fe en algo que va más allá del individuo. En contraste. ni una sola vez he oído a un vietnamita citar a Marx. En Vietnam siempre ha sido muy difícil deslindar dónde acaba el nacionalismo y dónde empieza el comunismo, o cuál de los dos es la cola y cuál el perro.

No estoy insinuando que en Vietnam no exista la ideología; muy al contrario, funciona de la manera más rígida y embrutecedora. Los ministros y los campesinos emplean las mismas frases, se expresan en la misma jerga. Si se decide que los chinos están llevando a cabo una «multímoda guerra de agresión», entonces cualquier persona que en cualquier lugar de Vietnam se refiera a los chinos, condenará su «multímoda guerra de agresión».

El día anterior me había entrevistado con Do Xuan Oanh, uno de los mayores expertos de Vietnam en temas norteamericanos. Xuan Oanh había nacido en un bote de cañizo en la costa de Haiphong, y en su adolescencia trabajó en una mina de carbón. Sin haber recibido una educación formal, llegó a ser un poeta y traductor sensible y culto. También se convirtió en un revolucionario convencido, y acompañó en sus visitas por el país a norteamericanos como Tom Hayden y Susan Sontag, que le encontraron encantador y muy simpático. Cuando estaba destinado en la embajada de Vietnam en París, se entrevistó con las viudas de prisioneros de guerra norteamericanos, y ellas le encontraron frío y despiadado, la auténtica encarnación del enemigo.

Xuan Oanh y yo tuvimos una larga y divagante discusión en inglés sobre el marxismo y la cultura vietnamita. «Me hice comunista en 1941 —me dijo—, a la edad de dieciséis años. Creíamos entonces que debíamos avanzar por etapas. Debíamos desarrollar en primer lugar un conocimiento muy concreto y detallado sobre el pueblo. luego difundir nuestra propaganda y después organizar a las masas. Aprendimos que ante todo debíamos apelar al gran espíritu de nacionalismo que existe en nuestro pueblo. Luego podíamos enseñarles nuestra ideología. Hicimos comprender a la gente que estaban siendo explotados por los franceses· eso fue fácil. Después les enseñamos que también los explotaban los terratenientes, y eso fue más difícil.»

«Todo vietnamita es un poeta... El secreto de Vietnam está expresado en las canciones de los pastores de búfalos.»

«Aprovechamos en nuestro trabajo la concepción popular de una familia amplia. Ho Chi Minh se convirtió en "Bac Ho", Tío Ho. No tenía hijos propios, pero todos éramos sus sobrinos y sobrinas. El país se unió gracias a ese sentimiento familiar. Nuestras unidades de combate se organizaban en células de tres personas. Todos se comprometían a cuidar de la mujer y los niños de sus compañeros. Vivían y morían juntos, como hermanos.

»Este país es muy difícil de entender Los franceses estuvieron aquí cien años, y no llegaron a entendernos. Una pista puede ser que todo vietnamita es un poeta Somos reservados hacia el exterior, y muy románticos por dentro. El secreto de Vietnam está expresado en las canciones de los pastores de búfalos.»

Le pregunté cómo eran esas canciones. Pensó durante un rato.

«Se parecen bastante —dijo— a 'Subterrancan Homesick Blues' de Bob Dylan.»

Eso me dejó atónito.

«¿Lees a muchos escritores norteamericanos?», le pregunté.

«Por supuesto. Mientras las bombas norteamericanas caían

sobre Hanoi, yo estaba traduciendo el *Huckleberry Finn*. Los escritores norteamericanos son muy populares entre nosotros »

«¿Y cuáles son tus favoritos?»

«Oh, pues, muchos —me dijo—. Ernest Hemingway, Jack London, Mark Twain, Sidney Sheldon.»

«¿Sidney Sheldon?», le pregunté.

«Sí, describe muy bien los abusos del capitalismo.»

★ ★ ★

Aquella noche hubo un apagón, y salí al balcón a admirar la ciudad coronada por el humo de incontables pequeñas hogueras. Abajo, en el parque, miles de personas paseaban en la oscuridad, sin contar las docenas de mujeres que vendían pasteles de arroz, fruta, cigarrillos, pescado seco y nueces en cestillos iluminados con velas que pestañeaban al paso de la vendedora. En el interior de cada hogar ardía una lámpara de queroseno. La cena se cocinaba en braseros alimentados con carbón vegetal, o incluso con hojas secas de caña de azúcar o estiércol de búfalo.

Intenté imaginar cómo habría sido la ciudad cuando la sobrevolaban los bombarderos del *Enterprise* o el *Constellation*: la sirena de alarma, la búsqueda aterrorizada de los niños, la espera angustiada en los refugios, el terror cuando caían las bombas. Y pensé que cuando las bombas destruyeran la central eléctrica, la noche no sería muy diferente de aquella en que yo me asomaba a la oscuridad exterior. En Estados Unidos, la falta de electricidad hubiera significado el caos. Todo quedaría paralizado, como ocurrió en Nueva York en 1965 En Vietnam hubo apagones en todos los lugares que visité, y nada, absolutamente nada, cambió

La increíble tecnología de nuestro poder aéreo, con sus «bombas inteligentes» y sistemas de guía y sus aviones supersónicos, necesitaba para ser eficaz una tecnología comparable frente a ella. Contra un enemigo cuya única tecnología consistía en sus baterías antiaéreas y misiles SAM, nuestro poder quedaba anulado. Podíamos infligirles sufrimiento, pero no daños irreparables.

Un gallo cacareó toda la noche, y yo estuve sacudiéndome y dando vueltas bajo mi mosquitero. Mi habitación tenía bañera, bidé, lavabo y váter, pero no agua corriente. Pasé por la misma experiencia en todos los edificios gubernamentales en el Norte Las cañerías y los grifos eran como reliquias mudas de una antigua civilización. De alguna manera aquello era una lección de humildad: la nación que había conseguido llevar al hombre hasta la Luna, derrotada por una nación cuyos ministros han de salir al corral para aliviarse.

Me lavé con el agua de una jofaina que habían dejado en el bidé. Con la luz del día descubrí que las ratas habían mordisqueado la fruta colocada sobre mi mesilla de noche. Fui introducido en la sala de banquetes, y allí desayuné huevos fritos, pan y café: lo que ellos creían un desayuno a la americana.

ABAJO: Catorce años después del último ataque aéreo, el puente Paul Doumer (Long Binh) muestra todavía sus muchas cicatrices. Este puente es muy importante para las comunicaciones en Vietnam.

ARRIBA: *Por un extraño error burocrático, la tribuna de los VIP se situó expuesta a los rayos inclementes del sol, y la de la prensa a la sombra, en el desfile conmemorativo del 10.º Aniversario.* DERECHA: *Secuelas de la guerra: una niña amerasiática.*

Capítulo 2

LAS SOMBRAS DEL TIEMPO

CONVERSACIONES CON GENERALES

Cuando finaliza una guerra, los vencedores escriben la historia militar; los vencidos redactan disculpas o se las ingenian para culpar de la derrota a todos salvo a sí mismos. En Estados Unidos, el dedo acusador empezó a moverse mucho antes de la caída de Saigón. Los soldados culpaban a los generales, los generales a los políticos, los políticos a los pacifistas, y todos culpaban a la prensa.

Cuando estuve en Hanoi, quise ver esa larga derrota desde una perspectiva diferente: la de los vencedores. Mi plan era invertir tanto tiempo como pudiera en el Sur, hablando con los soldados que habían luchado, como yo, en los arrozales y en las montañas. Pero primero quise hablar con los generales vietnamitas, para saber por qué, a su juicio, ganaron ellos y perdimos nosotros.

Durante la guerra, los generales comunistas no vivían en casas con aire acondicionado, como los norteamericanos. No tenían turnos de un año de guerra, con vuelta a casa al finalizarlo. No sobrevolaban el campo de batalla en helicóptero para volver cada noche a la vida civilizada y a una cena servida sobre manteles blancos, con cubertería de plata y vajilla de porcelana china. Y durante largos períodos no podían establecer contacto con Hanoi, por lo que gozaban de una considerable independencia táctica. Vivieron una guerra muy diferente, y por supuesto la ganaron, lo que da a su opinión una considerable autoridad.

En el Ministerio de Asuntos Exteriores me entrevisté con Hoang Anh Tuan, actual viceministro de Exteriores, pero que durante muchos años fue general del Vietcong en el Sur. El general Tuan es sureño, de Hué. Se alistó en el Vietminh en 1945, cuando tenía veinte años.

El general Tuan mandaba la 2.ª División del Vietcong, con cuartel general en las montañas Que Son, al sudoeste de Da Nang. Sus fuerzas eran una de las unidades principales del enemigo en el área asignada a mi división; fue el primer «enemigo» real con el que pude hablar.

> «Era una nueva clase de guerra, y ustedes nunca comprendieron de dónde venía nuestra fuerza.»

Como ocurre con muchos otros temas en Vietnam, el visitante interesado en conocer las opiniones sobre la guerra con Estados Unidos debe primero conocer la línea oficial del Partido Comunista. Mis preguntas sobre las razones de la victoria norvietnamita y la derrota estadounidense suscitaron inevitablemente la respuesta de que ellos habían luchado *con* el pueblo y nosotros *contra* él, que su causa era justa y la nuestra no lo era, y que el imperialismo estaba destinado a desaparecer del globo. Todo ello acompañado por la obligada letanía acerca de la larga serie de invasiones rechazadas por el pueblo de Vietnam, incluidas once invasiones chinas.

Pero después de ese comienzo rutinario —más o menos similar a la acción de gracias que precede a la comida—, normalmente era posible discutir sobre la guerra en sus propios términos; de hecho, varios generales se mostraron interesados en hablar de la guerra con un norteamericano que había combatido en ella.

El general Tuan me palmeó la rodilla y me dijo lo siguiente:

«Cuando los norteamericanos entraron en guerra, gastamos mucho tiempo intentando averiguar cómo debíamos combatirlos. La increíble densidad de su poder de fuego y su movilidad fueron nuestras mayores preocupaciones. Y entonces, después de varias batallas, supimos cómo hacerlo. La manera de combatir al norteamericano era agarrarle del cinturón —y en ese punto el general Tuan, a guisa de ilustración, se me acercó y me cogió por el cinturón—, estar tan cerca de él que su artillería y su superioridad aérea resultaran inútiles. El resultado fue interesante: nuestras fuerzas logísticas, que estaban lejos de los norteamericanos, sufrieron bajas superiores a las de las unidades de combate.»

Le pregunté por la ofensiva del Tet de 1968.

«En la primavera de 1967, Westmoreland inició su segunda campaña. Fue muy duro. Entre nuestra gente, algunos estaban desmoralizados. Discutimos mucho sobre el curso que debíamos dar a la guerra: ¿debíamos continuar con los combates masivos a lo largo de un frente amplio, o replegarnos y seguir una estrategia más local? Pero a mediados de 1967 llegamos a la conclusión de que ustedes no habían conseguido desequilibrar la relación de fuerzas en el frente de batalla. Por eso decidimos dar un golpe decisivo para forzar a Lyndon B. Johnson a una desescalada bélica.»

En otras palabras, la ofensiva del Tet fue el equivalente, en la guerra de Vietnam, de la batalla de las Ardenas en 1944, un intento desesperado de quebrar la voluntad de vencer de un enemigo superior. En la segunda guerra mundial, la táctica fracasó; en Vietnam tuvo un éxito espectacular. No importa que la ofensiva fuera aplastada y que las fuerzas políticas y militares comunistas del Sur quedaran maltrechas hasta el punto de tardar años en recuperarse; la batalla se ganó en el lugar más importante, en Estados Unidos.

Visité al general Tran Cong Man, actual editor del periódico del Ejército, en su despacho.

«Nuestras fuerzas regulares, comparadas con las suyas, eran pequeñas —me dijo—. Tenían ustedes en torno a Da Nang decenas de miles de soldados norteamericanos y del gobierno títere. Nosotros apenas contábamos con algo más de un regimiento de tropas regulares. ¿Por qué no nos derrotaron? Porque nosotros teníamos decenas de miles de otros combatientes: observadores, minadores, espías, cuadros políticos.»

Le dije que estaba de acuerdo sólo hasta cierto punto. Esas guerrillas de «autodefensa» no ganaron la guerra, fueron las tropas regulares norvietnamitas, organizadas en divisiones y en cuerpos de ejército y combatiendo en una guerra relámpago de enorme movilidad, las que obtuvieron la victoria final.

«Tiene usted razón —me dijo—. Pero eso sólo fue posible cuando ustedes se marcharon. Sin las fuerzas de autodefensa, nunca los habríamos echado. Si les hubieran ordenado atacar la base aérea de Da Nang y destruir los aviones situados allí, ¿cuántos hombres habrían necesitado? ¿Varias divisiones tal vez? Pues bien, nosotros hicimos exactamente eso con treinta hombres: ¡treinta! Era una nueva clase de guerra, y ustedes nunca comprendieron de dónde venía nuestra fuerza.»

DERECHA: *Si uno curiosea un poco por los alrededores, puede conseguir una visión inédita del mercado de las flores de Hanoi. Yo conseguí una perspectiva que para sí hubieran deseado los pilotos «Thud» en sus visores de bombardeo: el puente Long Binh.*

Pregunté al general Man sobre el sitio de Khe Sanh. «Westmoreland creyó que Khe Sanh era Dien Bien Phu. Pero para nosotros Dien Bien Phu era una batalla estratégica. Movilizamos en ella todos nuestros recursos, y finalmente llegó la oportunidad de conseguir una correlación de fuerzas favorable contra los franceses. Nunca ocurrió así en Khe Sanh; la situación no lo permitía. Nuestro verdadero objetivo era distraer sus fuerzas lejos de las ciudades y atraerlas hacia las fronteras, para preparar de ese modo nuestra gran ofensiva del Tet.»

Pregunté al general Man por qué no se había alzado el pueblo para unirse al Vietcong durante la ofensiva del Tet, y si eso no demostraba que los vietcong no contaban con el apoyo popular del que siempre habían presumido.

«De ninguna manera —me contestó— Hubo muchos alzamientos en los primeros años de la guerra. Pero hubiera sido suicida pedir al pueblo que se alzase desarmado contra los soldados norteamericanos.»

«¿Por qué, entonces, llamaron ustedes a la ofensiva del Tet 'ofensiva general/alzamiento general'? —le pregunté— ¿No esperaban ustedes un alzamiento? ¿No les dio la espalda 'el pueblo'?»

Me miró fijamente y con dureza «Esperábamos vencer, y así lo hicimos.»

Bui Tin es el Kilroy de Vietnam; parece haber estado presente en todos los lugares en los que se escribía la historia: desde Dien Bien Phu, como soldado raso, hasta Saigón, donde en 1975 fue testigo de la rendición del general Duong Van Minh Hoy es corresponsal militar del *Nhan Dan*, el órgano de prensa del Partido Comunista. En su opinión, los norteamericanos perdieron la guerra por tres razones: «El primer punto débil fue la rotación de soldados. Ustedes eran unos permanentes extraños aquí, y en cuanto alguien empezaba a conocer el país, le enviaban de vuelta a casa. El segundo punto débil fue intentar ganarse los corazones y las mentes de la gente al mismo tiempo que utilizaban bombas para matarlos. Y finalmente, tenían ustedes un pésimo aliado: el 90 por ciento del Ejército títere estaba formado por personas corruptas, y el 10 por ciento restante de buenos soldados no era suficiente »

«El tiempo corría a favor nuestro. No teníamos que derrotarlos; sólo debíamos evitar perder.»

Bui Tin vio todo lo que los norteamericanos eran capaces de hacer: la asombrosa movilidad de los helicópteros, la potencia terrorífica de la artillería y de los B-52, y la enorme cantidad de bajas que podía infligir todo ese moderno ejército.

«Por supuesto que tuvimos pérdidas enormes —me dijo Bui Tin—, pero aprendimos. Aprendimos a construir refugios especiales, a engañar a la artillería y a los aviones con posiciones simuladas, a encadenarlos a sus bases artilleras y de helicópteros de modo que se convirtieran en un estorbo.»

Pregunté a Bui Tin por las pérdidas que sufrió el Vietcong en la ofensiva del Tet.

«Algunas compañías fueron borradas del mapa —me dijo—, y en Saigón y Hué sufrimos un número terrible de bajas. Pero no perdimos ni siquiera un tercio del total de las fuerzas del Vietcong.

»En esa guerra, perdimos cientos de miles de personas. De haber hecho falta, hubiéramos sacrificado uno o dos millones más. Todas las familias lloraron a algún pariente muerto. Yo mismo cerré los ojos de cientos de camaradas. Muchos de mis amigos más íntimos sacrificaron sus vidas. ¡Pero no teníamos otra opción!»

Un atardecer, mientras la luz del día iba extinguiéndose, me entrevisté con el general Nguyen Xuan Hoang, el principal historiador de la guerra del Ejército de Vietnam. Había combatido en Dien Bien Phu, y en 1965 fue ayudante del general que mandaba las fuerzas norvietnamitas en la primera gran batalla contra los norteamericanos, la batalla de la Drang, en las montañas centrales, junto a la frontera camboyana.

Pregunté al general Hoang sobre la batalla de la Drang, tan significativa desde el punto de vista de la elaboración de las futuras tácticas de los dos bandos.

«No podíamos contentarnos con buenos deseos —me dijo—. Nos enfrentábamos a un ejército moderno, muy móvil, al que nunca faltaba potencia de fuego. Con sus helicópteros, ustedes podían barrer nuestra retaguardia sin alerta previa. Era muy eficaz. Pero el Primero de Caballería entró en combate únicamente con raciones para un día, munición para una semana y el agua de una cantimplora. Nos asombró comprobar hasta qué punto dependían ustedes de los helicópteros.

»Nuestra movilidad estaba únicamente en nuestros pies, de modo que nos vimos obligados a atraer a sus tropas a zonas donde los helicópteros y la artillería sirvieran de poco. Y también intentamos que esas ventajas se volvieran en su contra, y les hicimos depender de ellas hasta tal punto que nunca llegaron

a desarrollar la capacidad de enfrentarse a nosotros en nuestro terreno: a pie, con armamento ligero y en la jungla.

»También pasaba que no sabían exactamente dónde estábamos, y desperdiciaban la mayor parte de su potencia de fuego arrasando una jungla vacía. Nuestras guerrillas sirvieron para mantenerlos divididos. No podían ustedes concentrar sus fuerzas sobre nuestras tropas regulares, de modo que sus ventajas se disolvían. Cayeron en nuestra trampa.»

Repliqué que habíamos sido mucho más eficaces de lo que él decía. El Vietcong quedó virtualmente destruido después del Tet, y en 1969 la política de pacificación funcionó. Los comunistas no pudieron montar ni una sola ofensiva importante en 1969, y la mayor parte del país gozaba de una protección eficaz. Además, siempre que las tropas norteamericanas se enfrentaron con las fuerzas regulares comunistas en batallas importantes, el resultado fue o una clara victoria nuestra, o un empate en el peor de los casos.

Me sonrió indulgentemente. «Por supuesto tuvimos muchas bajas, cometimos muchos errores, sufrimos muchas derrotas. Pero una victoria no significaba nada para sus bravos soldados, no contribuía a cambiar la correlación de fuerzas o a acercarlos de alguna manera a la victoria. El tiempo corría a favor nuestro. No teníamos que derrotarlos; sólo debíamos evitar perder.

»Y no olvide —añadió— que aunque después del Tet hubimos de recurrir a tropas norvietnamitas para llevar el peso principal de la lucha, ustedes hubieron de recurrir al Ejército títere. Desde el principio de su invasión en 1965, sabíamos que su punto débil eran sus aliados. Podíamos vencer si conseguíamos separarlos de ellos. Pero aún temíamos que volvieran si veían a los títeres en peligro mortal. Por eso antes de la ofensiva final en 1975, tomamos Phuoc Long [una provincia al noroeste de Saigón] y esperamos. Queríamos estar seguros de que no enviarían ustedes tropas de nuevo, ni empezarían una campaña de bombardeos como la de 1972. Cuando quedó bien claro que no harían ustedes nada, supimos que la victoria estaba próxima.»

A medida que hablaba y hablaba con ese vietnamita que había luchado durante más de veinte años, empecé a pensar que la política de rotación de un año era más perjudicial incluso de lo que creí al principio. Cuando yo mandaba un pelotón de marines, continuamente había hombres que marchaban y otros que ocupaban sus puestos. Yo apenas me enteraba de dónde venían y a dónde marchaban. Como el comportamiento de un hombre en combate depende por encima de todo de los sentimientos que lo ligan firmemente a sus compañeros, el efecto de la política de rotación era realmente devastador desde el punto de vista de la moral de la tropa.

En Vietnam, para volver a casa sólo se requería sobrevivir durante 365 días. No importaba que la guerra fuese mal o que tu unidad tuviera problemas. Cuando habías cumplido el año previsto, la guerra había terminado para ti. Para cada nuevo soldado, la guerra empezaba el día de su llegada. El infante común pensaba, muy razonablemente, que la guerra no podía ganarse en un año. Así pues, ¿por qué intentarlo?

Westmoreland... confundía la capa, el Vietcong, con el torero, el norvietnamita.

En el bando comunista, un mensajero de dieciséis años podía ascender a jefe de escuadra, comandante de pelotón, comandante de batallón. Su experiencia crecía, y el objetivo final era siempre el mismo. Ho Chi Minh lo había dicho: nada es más importante que la independencia y la libertad. Era un eslogan propagandístico, pero expresaba, de forma clara y sucinta, el objetivo del enemigo. Ese objetivo ardía como una llama viva en sus corazones y en sus mentes, y no dejaba descansar a ninguno de ellos hasta haberlo conseguido, sin importar el tiempo que se necesitara.

Todavía hay algunos estrategas estadounidenses que creen que podíamos haber vencido, al menos en el campo de batalla, si hubiéramos tenido una estrategia clara, si no se hubieran producido tantas trabas políticas, si simplemente hubiéramos utilizado todo nuestro enorme poder y buscado derechamente la yugular del enemigo en lugar de implicarnos con escaladas progresivas, si...

El defensor más coherente de este punto de vista es Harry G. Summers, Jr., un coronel retirado. Summers insiste en que Westmoreland dedicó demasiada atención a la pacificación, y eso, desde el punto de vista de Summers, era confundir la capa, el Vietcong, con el torero, el norvietnamita. Afirma que los norteamericanos debieron dejar a los survietnamitas las tareas de la pacificación, y concentrarse en aniquilar al ejército invasor norvietnamita.

Summers sugiere, por ejemplo, que las tropas norteameri-

IZQUIERDA: *Este veterano del Ejército norvietnamita, de vuelta a casa, ha utilizado en la valla de su jardín las puertas de camiones destruidos a lo largo de la ruta Ho Chi Minh.*

canas debieron concentrarse en cortar la ruta Ho Chi Minh. Le pregunté al general Hoang si esa estrategia hubiera sido eficaz.

«Hay tres cosas que pensamos que los norteamericanos podían hacer, y no hicieron —dijo—. Una, desembarcar al norte de la Zona Desmilitarizada; otra, atacar la ruta Ho Chi Minh, y la tercera, emplear armas nucleares tácticas en Khe Sanh. El desembarco hubiera sido la más temeraria de las tres. Sabíamos que podíamos derrotar hasta a cien mil hombres allí. En cuanto a cortar la ruta, teníamos guardándola nuestros mejores cuerpos de ejército, esperándolos. Esa estrategia nos habría creado dificultades y habríamos tenido muchas bajas, pero ustedes hubieran pagado un precio mucho más terrible, y nunca hubieran conseguido su objetivo.

»Sabe usted —me dijo—, su error no estuvo en la táctica ni tampoco en la estrategia. Simplemente, no debieron ustedes meterse en esta guerra como protagonistas. Es mucho más fácil empezar una guerra que acabarla. Esa es una valiosa lección.»

TAN TRAO: DONDE TODO EMPEZÓ

Había un lugar en el Norte que deseaba ver más que ningún otro: una pequeña aldea llamada Tan Trao en la provincia de Ha Tuyen, en la región montañosa que forma la frontera con China. Tan Trao fue el cuartel general de Ho Chi Minh en el verano de 1945. Entre el 13 y el 17 de agosto, él y su pequeño grupo de revolucionarios diseñaron la nueva bandera, reunieron un minúsculo ejército, declararon la guerra a los franceses y proclamaron la independencia de Vietnam. La guerra de los treinta años en Indochina, la guerra que acabó con la caída de Saigón en 1975, empezó en Tan Trao.

ARRIBA: *La plaza Bac Dong, el corazón de Hanoi y el más sagrado de sus santuarios: el mausoleo de Ho Chi Minh, en el aniversario de su nacimiento, el 19 de mayo.*

Yo buscaba explicaciones al carácter de Vietnam, a las fuentes que alimentaban su tenaz resistencia, a los motivos por los cuales perdimos la guerra. Tan Trao parecía un lugar adecuado para esa búsqueda. Por lo que sabían mis huéspedes en Hanoi, ningún norteamericano había estado allí desde agosto de 1945, en que un grupo de oficiales del OSS conocido como *Deer Team* (equipo Ciervo) se lanzó en paracaídas sobre el cuartel general de Ho Chi Minh para entregarle algunos suministros de vital necesidad y preparar a sus hombres para luchar contra los japoneses.

De nuevo salimos de Hanoi en las primeras horas de la mañana, pero en esta ocasión cruzamos las venerables vigas de acero y los macizos pilares de cemento del puente Paul Doumer, de más de kilómetro y medio de largo, que atraviesa el río Rojo. El puente Daumer es la línea de comunicación de Hanoi por carretera y ferrocarril con el norte, el este y el puerto de Haiphong. Fue uno de los objetivos más famosos de los bombarderos, durante la guerra.

Entramos en el puente siguiendo a las bicicletas y los peatones. Frente a nosotros avanzaba una compacta marea com-

puesta por ancianas y adolescentes que se dirigían a Hanoi llevando cincuenta o hasta cien libras de hojas de banana, hortalizas o carbón vegetal en las pértigas que cargaban a los hombros. Avanzaban con un trote rítmico y constante, con un brazo sujetando la pértiga y el otro moviéndose en el aire, los codos altos, como marchadores olímpicos. Le dije a Minh que siempre me había maravillado el peso que podían cargar esas mujeres.

«Cuando era niño —me contestó—, yo era el encargado de sacar agua del pozo. Podía llevar hasta cuarenta o cincuenta kilos en una de esas pértigas.»

«¿Todos los días?», le pregunté, pensando de nuevo en la asombrosa fortaleza y resistencia que se consideraba normal en la vida de los campesinos: la clase de fortaleza y resistencia que podían traducirse directamente en las cualidades necesarias para los combatientes de una larga guerra.

«Sí, por supuesto. ¿De qué otra manera podíamos conseguir el agua?» Ciertamente no abriendo distraídamente un grifo, pensé para mis adentros. «Durante la guerra —continuó— había cerca de mi aldea natal una chica muy famosa. Servía en el destacamento antiaéreo del puente de Ham Rong (la Mandíbula del Dragón). Se llamaba Ngo Thi Tuyen. Pesaba 42 kilos, pero podía cargar 90 de munición sobre sus espaldas, en una pértiga como ésas. Mientras caían las bombas y todo el mundo estaba agazapado en los refugios, ella corría con sus 90 kilos a cuestas y los llevaba a la batería.»

Río abajo se está construyendo otro puente. Se empezó hace años, con asesoramiento chino. Cuando los chinos invadieron Vietnam en 1979, los soviéticos tomaron el relevo. El puente lleva años de retraso.

«Se acabará este año», dijo Minh con orgullo.

Empezamos a subir hacia las montañas. En las laderas se escalonaban bien delineadas las terrazas de cultivo del arroz montañés. A medida que ascendíamos, dejaban paso a filas y filas de plantas de té. Las lluvias primaverales habían inundado los puentes, de forma que nos vimos obligados a vadear varios ríos. A los lados de la carretera pasaban hombres de las tribus montañesas, de piel oscura, que bajaban árboles de las montañas, un tronco en cada viaje.

Paramos en Tuyen Quang, la capital provincial, y recogimos a nuestros guías, dos oficiales locales, uno de ellos de la tribu Tay, y el otro un Muong. Seguimos hacia el norte por caminos de tierra. Las cabañas de las tierras bajas habían sido sustituidas por anchas casas de madera construidas sobre pilotes, con techumbres de cañizo, rodeadas por vallas de bambúes entrelazados y huertos de bananos y otros frutales. A lo largo del camino todas las personas que veíamos, incluso los niños, llevaban machetes.

«Tío Ho llegó a Tan Trao en mayo de 1945 —nos dijo uno de los guías—. Desde la primavera de 1944 teníamos aquí un gobierno revolucionario, el primero de todo el país. Ho vivía con Nguyen Tien Su, que era entonces presidente del Vietminh local. En agosto, después de que los soviéticos derrotaran a los fascistas, convocó una asamblea de todos los dirigentes del Vietminh. Llegaron a Tan Trao, anunciaron un alzamiento general y luego Tío Ho marchó a Hanoi. En aquel verano estuvo muy enfermo. El general Giap creía que iba a morir. Trajeron a un curandero tradicional de Dai Tu, que dio a Tío Ho hierbas especiales y pociones preparadas con concha de tortuga. Pero no se puso bien hasta que algunos amigos rusos le dieron medicinas modernas.»

Considerando que la Unión Soviética no declaró la guerra a Japón hasta primeros de agosto de 1945, su relato sobre quién derrotó a los fascistas en la Segunda Guerra Mundial no resultaba muy exacto. Y por otra parte, no fueron los amigos rusos quienes curaron a Ho, sino los norteamericanos del OSS, el precedente de la CIA.

Allison Thomas, que hoy es abogado en Ann Arbor, fue uno de los hombres del Deer Team que se lanzaron en paracaídas sobre Tan Trao en el verano de 1945. «Nuestro médico dio antibióticos a Ho —me dijo Thomas—. Estaba muy enfermo, pero no estoy seguro de que hubiera muerto de no estar nosotros. Era un hombre notable, delgado y encorvado, pero con los ojos más penetrantes que he visto en mi vida. Allí sólo había un centenar de hombres del Vietminh. Tenían armas muy primitivas, y carecían de todo tipo de instrucción militar. Los mandaba Giap, un joven que no destacaba por nada en particular. ¡Quién iba a pensar que se convertiría en un genio militar!

»Cuando nos llegaron las noticias del ataque con una bomba atómica a Hiroshima, Ho se dio cuenta de que tenía una oportunidad de oro, y empezó todas las reuniones y el trabajo organizativo que le llevó a marchar a Hanoi a finales de aquel mes. La noche antes de que partiera hacia Hanoi, celebramos una cena de despedida. Nos sirvieron toda la comida que tenían, a pesar de que sus gentes estaban hambrientas: padecíamos una terrible escasez. Durante la cena, pregunté a Ho si era comunista. Me contestó: 'Sí, pero podemos ser amigos a pesar de ello, ¿no es así?'»

«Nunca se contactó con ninguno de los que estuvimos allí. Redactamos un informe exhaustivo... pero no creo que nadie lo leyera.»

«Siempre pensé que Ho era por lo menos tan nacionalista como comunista. Si le hubiéramos apoyado entonces, en lugar de apoyar a los franceses, creo que habría llegado a ser un Tito asiático, comunista pero independiente. Me dijo que le haría feliz ver a un millón de soldados norteamericanos en Vietnam luchando contra los japoneses y ayudándoles a ellos a conseguir su independencia. Y lo decía en serio. Éramos la primera nación que consiguió la independencia desde una situación colonial. Nos admiraba. Por eso utilizó nuestra Declaración de Independencia como modelo para la de Vietnam. Nunca entendimos de verdad la enorme fuerza de su nacionalismo: su persistencia y tenacidad, su determinación de luchar todo el tiempo que hiciera falta. Giap me escribió varias cartas. Siempre se despedía con las palabras: '¡Vietnam será independiente!»

Pregunté a Thomas por qué los hombres que dirigieron la política estadounidense en las tres décadas posteriores a 1945 no habían seguido el consejo de los pocos norteamericanos que habían trabajado realmente con Ho Chi Minh.

«Oh, es muy sencillo —contestó—. Nadie contactó nunca con ninguno de nosotros.»

«¿Perdón?», dije, pensando por un momento que había oído mal.

«Oh, no. Por lo que yo sé, nunca se contactó con ninguno de los que estuvimos allí. Redactamos un informe exhaustivo, por supuesto. Pero no creo que nadie lo leyera.»

★ ★ ★

CAPÍTULO 2 LAS SOMBRAS DEL TIEMPO

Paramos al llegar al río Lo y esperamos el ferry, un antiguo pontón movido a vapor y abarrotado de gente, ganado y algunos camiones. Las bordas apenas sobresalían de la superficie del agua. La jungla se extendía hasta las mismas orillas del río, que tendría unos 800 metros de anchura. Tras desembarcar del ferry, subimos aún más arriba hacia las montañas. Los caminos se hacían más estrechos a medida que nos acercábamos a Tan Trao, hasta convertirse en poco más anchos que una cañada de ganado que cruzara la espesa jungla.

«Ya no hay emperador ni mandarines... En una democracia todos somos iguales, y hemos de prepararnos a nosotros mismos.»

Dos horas después de dejar el ferry, llegamos a Tan Trao, que consistía en un amplio claro en la jungla, con un puñado de cabañas alargadas de madera, y dos grandes banianos con centenares de raíces aéreas, bajo uno de los cuales una mujer y algunos niños trenzaban esterillas de bambú. En 1945, un frágil y enfermizo Ho Chi Minh se había sentado bajo el enorme baniano y proclamado ante un pequeño auditorio compuesto por dirigentes del Vietminh, montañeses de las tribus vecinas y soldados norteamericanos, la independencia de Vietnam. Y debajo del mismo baniano, el general Giap leyó la primera orden militar del Ejército del Vietminh.

Descendimos hasta la antigua casa comunal en la que se había reunido el Vietminh. Era un hermoso edificio de madera barnizada. Las vigas estaban talladas con dragones y caracteres chinos. Fuera había unas mesas de piedra sobre las que, en primavera, las gentes de las tribus depositaban alimentos y otras ofrendas con la esperanza de tener así buenas cosechas.

«Todos los hombres del Vietminh dormían en un ala de la casa y utilizaban la otra para sus reuniones —me dijo el guía—. La gente del pueblo les trajo una vaca, un cerdo y dos gallinas como alimento.»

Por alguna razón, la idea de que los padres fundadores de Vietnam se reunían en esa estrecha casa de madera, me hizo reír. Aquí empezó todo, toda aquella determinación, la larga guerra, todas aquellas muertes: con un puñado de hombres reunidos en medio de la jungla y alimentados con una vaca, un cerdo y dos gallinas. Nosotros, los norteamericanos, estábamos aquí al principio, pensé, y luego luchamos tantos años para impedir el final.

Y entonces, como obedeciendo a un conjuro, apareció ante mis ojos el propio señor Su, el anciano de la tribu Tay que atendió a Ho cuando estuvo aquí. Iba vestido con una andrajosa guerrera militar de combate y pantalones cortos. Andaba descalzo y llevaba un machete colgando a la espalda. Llevaba una banda de tela anudada en la frente, y sólo conservaba un diente en la boca. Le ofrecí un cigarrillo y me contó cosas de Ho.

«Yo era el presidente del Vietminh local —me dijo mirando por encima de mi hombro como si contemplara el pasado—. Me dijeron que iba a tener un huésped, y unos días más tarde un viejo [Ho Chi Minh contaba entonces cincuenta y pocos años] apareció, solo, con un bastón de paseo en la mano. Miró el sol que brillaba y dijo: 'Ah, señor presidente, me ha traído usted el buen tiempo. Durante muchos días he estado caminando bajo la lluvia.'

»Durante unos días se alojó en mi casa. Luego, una mañana se levantó y dijo: 'Señor presidente, no puedo abusar por más tiempo de su hospitalidad. Voy a construirme hoy mismo una casa. Enséñeme un lugar con árboles y agua y un buen camino para escapar si me atacan.' Le enseñé tres sitios. El primero no tenía ruta de escape, y en el segundo no había árboles suficientes.»

El señor Su pareció perder el curso de sus ideas. Tres muchachas vestidas con colores brillantes estaban sentadas en el sendero, mirándonos y escarbándose los dientes con un cuchillo que se pasaban la una a la otra. Una de las chicas le dijo algo al señor Su, y la cara de éste se iluminó de nuevo.

«Ah, sí —continuó—. El tercero tenía árboles y una buena ruta de escape, pero poca agua.» Las muchachas rieron. Habían oído la historia antes.

«Así que Tío Ho dijo. 'Éste servirá. Al fin y al cabo sólo bebo dos vasos de agua al día.' Inmediatamente empezó a cortar árboles, y me envió al mercado a buscar hojas de palmera para el techo. Insistió en que pagara y que no pidiera el género fiado. Cuando volví, colocamos el techo. Y allí es donde vivió hasta que marchó a Hanoi.»

Le pregunté qué pensaban los lugareños de Ho.

«Era un hombre muy ocupado, y además estuvo muy enfermo durante unos días. Yo le llevaba comida, y mi mujer lavaba y remendaba su ropa. Quería que le lleváramos los niños, incluso cuando estaba enfermo, y les decía que fueran a la escuela y aprendiesen. 'Ya no hay emperador ni mandarines', les decía. 'En una democracia todos somos iguales, y hemos de prepararnos a nosotros mismos.' Y luego hizo el milagro.»

«¿Un milagro?» Me volví a Minh y le pedí que tradujera de nuevo. Minh habló con el señor Su por un momento, y luego se volvió a mí.

«Sí, un milagro —dijo Minh—. Eso es lo que ha dicho.»

«¿Qué clase de milagro?» El cigarrillo del señor Su se había consumido hasta el final, pero él seguía sosteniéndolo entre los dedos sin quemarse. Le di otro.

«Un día —continuó el señor Su— Tío Ho me dijo que reuniera a varios aldeanos y fuera a un sitio despejado a esperar. Nos dijo que hombres como usted —y me señaló— caerían del cielo. Nos parecía increíble, pero confiábamos en Tío Ho y fuimos. Esperamos casi un día entero y no sucedió nada. Entonces miramos hacia arriba y había un aeroplano, y del aeroplano bajaban personas flotando. Todo el mundo dijo que Tío Ho era un genio. ¿Cómo pudo saber que sucedería una cosa así?»

El señor Su nos invitó a tomar té, pero era ya tarde, de modo que le regalé mi cajetilla de cigarrillos y marchamos hacia el embarcadero del ferry. Cuando llegamos ya había oscurecido. Tocamos la bocina y a los pocos minutos oímos voces a través del río. Durante casi una hora intentaron poner en marcha el motor del ferry. Podíamos oír su carraspeo al ponerse en marcha, y en seguida se ahogaba y paraba de nuevo.

Finalmente el motor prendió, y a los pocos minutos apareció el ferry. Eran casi las once cuando llegamos de vuelta a Tuyen Quang, pero incluso a esa hora nos esperaba otra comida ceremonial. Buey con cebollas, cerdo frito, rollos de carne, gallina asada, huevos revueltos, sopa, arroz, entremeses y salsa de pescado cubrían la mesa. El vicepresidente de la provincia, Vu Ke, un hombre de la tribu Muong, nos esperaba desde las ocho, y había bebido ya el suficiente vino de arroz como para sentirse de un humor jovial. Nos asamos en la cisterna y cuando volvimos empezaron los brindis.

«Muchos norteamericanos han venido aquí con bombas, en aviones —empezó cuando todos tuvimos nuestras copas llenas de un vino de color amarillo limón—. Usted es el primero que llega como amigo. ¡Por la paz!»

Bebió su vino de un trago y dejó la copa de golpe boca abajo. Entonces empezó un largo discurso. Minh escuchaba atentamente. Cuando Ke hizo una pausa, Minh se volvió hacia mí y empezó a traducir

Levanté mi copa y brindé por Bruce Springsteen. Minh tradujo con gran seriedad.

«Dice que aprecia muchísimo su gran amistad, creo. Pero, sabe usted —y Minh continuó en el mismo tono, como si tradujera—, no habla muy bien el vietnamita y en realidad no entiendo una sola palabra de lo que dice. Pero beber es muy importante para estos montañeses, por lo que debería usted hacer todo lo posible para seguir bebiendo con ellos. Y ahora, si le parece bien, sonría y diga algo que yo pueda traducirles.»

No era mi primera aventura con las traducciones. En una memorable ocasión en que Minh traducía mientras un periodista suizo y yo entrevistábamos conjuntamente a un ministro de planificación sobre la economía de Vietnam, mantuvimos el siguiente diálogo:

«Sé de buena fuente —dijo el suizo— que Vietnam exporta ratones a la Unión Soviética a un precio más bajo al que los venden ustedes en Haiphong.»

«¿Ratones?», le preguntó Minh

«Sí, ratones.»

«De acuerdo», dijo Minh, y tradujo la pregunta.

El ministro se encolerizó; la cara se le puso de color púrpura, y su respuesta fue larga y airada.

«Dice que Vietnam no exporta ratones —tradujo Minh—, y que afirmar una cosa así es un insulto a nuestro país.»

Pero el suizo no daba su brazo a torcer. «Tengo pruebas —decía—. Sé que es cierto. Dígale que lo sé de buena fuente.»

Se sucedieron varias réplicas furiosas; el periodista y el ministro se gritaban y daban puñetazos en la mesa, con el desconsolado Minh traduciendo a uno y otro lado. De repente comprendí dónde estaba el problema.

«Minh —dije—. Creo que quiere decir *maíz*.» (*Mice*, ratones, y *Maize*, maíz, se pronuncian en inglés de forma muy parecida, por lo que el acento extranjero del periodista suizo había dado lugar al equívoco.)

«Por supuesto que quería decir 'ratones' —me dio la razón el suizo pronunciando otra vez mal la palabra—. ¿Qué había creído usted?»

ABAJO: *Hay un misterio omnipresente en la imagen casi china de los paisajes de las llanuras del interior ribereñas del río Rojo; los carabaos, situados fuera del tiempo, son un paciente reflejo de una historia marcada por los saqueos coloniales.*

CAPÍTULO 2 LAS SOMBRAS DEL TIEMPO

Cuando Minh me confesó que no había entendido una sola palabra del discurso de Ke, sentí por él una profunda simpatía. De forma que, con los solemnes ademanes que requería la ocasión, levanté mi copa y brindé por Bruce Springsteen. Minh tradujo con gran seriedad. Fuera lo que fuera lo que dijo, a los montañeses les gustó, porque sonrieron y el que estaba a mi lado me dio palmaditas en la espalda.

Después de varias copas más de vino, o bien el vietnamita de Ke mejoró, o Minh elevó a nuevas cimas la traducción creativa. En cada brindis, intercambiamos nuevos argumentos políticos, cada vez más prolijos y balbuceantes, que culminaban en emotivos llamamientos a la paz para nuestros hijos. Finalmente, acabamos por contarnos batallitas. Ke había estado en Dien Bien Phu, llevando suministros y munición a pie, por los senderos de las montañas, a los soldados del Vietminh que tiraban

ABAJO: *Alguien dijo una vez que «un millón de chinos con cucharillas pueden construir una presa». Desde la liberación, los vietnamitas han reconstruido 2 500 puentes sólo con sus manos*

de las orejas a los franceses. Hablamos del valor, del miedo, de nuestros camaradas muertos, y al final todos nosotros derramamos cálidas y abundantes lágrimas.

Terminamos la cena hacia las dos de la madrugada. Me quedé despierto bajo el mosquitero, mirando por la ventana abierta la noche oscura, oyendo el murmullo de los grillos y los cantos de extraños pájaros. Al alba me despertaron las risas de las mujeres que lavaban la ropa en la cisterna. Después de tomar un tazón de *pho* como desayuno, regresamos a Hanoi. Minh estuvo escuchando a Bruce Springsteen durante todo el trayecto.

MALENTENDIDOS DIPLOMÁTICOS

Igual que Israel, Vietnam gozaba de mucha mayor popularidad como víctima que la que posee como potencia regional. A pesar de sus éxitos militares —o tal vez a causa de ellos—, Vietnam es un país de una terrible pobreza. Tiene el cuarto Ejército más numeroso del mundo y una renta per cápita más baja que la India. Su pueblo sufre de malnutrición y de las enfermedades que derivan de ella. Sus problemas se agravan por el auge de la natalidad que ha tenido lugar después de la guerra: de una población de unos 38 millones de personas a comienzos de los años setenta, se ha pasado en la actualidad a más de 60 millones.

Vietnam necesita desesperadamente ayuda de todo tipo, desde suministros médicos hasta asesoramiento económico, pero la ocupación de Camboya, que sigue manteniendo, la ha convertido virtualmente en un paria internacional. Casi todos los países, exceptuado el bloque soviético, han suprimido su ayuda directa.

La ocupación de Camboya ha significado más que un problema diplomático y militar. Era también un arduo dilema metafísico, y en un Estado comunista los problemas de lógica tienen una significación mayor que la simplemente accidental. Hablé sobre Camboya con Bui Tin, el corresponsal militar del periódico del Partido Comunista.

> «¿Cómo podría hacer eso un partido comunista? Los comunistas somos el pueblo, ¿cómo íbamos a exterminarnos a nosotros mismos?»

«Fue muy duro para nosotros al principio aceptar lo que estaba ocurriendo allí —me dijo—. Interrogué a centenares de refugiados en 1978, pero ni aun entonces calibré toda la profundidad del horror de lo que estaba sucediendo. Se trataba de un régimen comunista, como el nuestro. Podíamos entender que cometieran errores, porque nos había sucedido a nosotros. Pero, ¿practicar el genocidio con su propio pueblo? ¿Cómo podría hacer eso un partido comunista? Los comunistas somos el pueblo, ¿cómo íbamos a exterminarnos a nosotros mismos?

»Yo conocía a Pol Pot y a Ieng Sary. Se habían educado en París. Eran muy inteligentes, muy cultos. Nunca hubiera sospechado que estuvieran locos. Pero querían que la llama de la revolución exterminara todo lo que no era puro. Si usted sabía conducir un automóvil, no era puro. Si llevaba usted gafas. Si tenía un cepillo de dientes. Si sabía usted leer. Y si no era usted puro, debía morir. Era un puro horror. Y esos monstruos eran nuestros aliados. Los habíamos ayudado, creíamos en ellos.

»Por eso no nos podemos marchar de allí. No podemos permitir que Pol Pot vuelva. Hemos de proteger a los camboyanos.»

En todos los lugares en los que estuve oí la misma versión de la historia. Incluso si no preguntaba nada sobre Camboya, me decían que el Ejército vietnamita seguía allí por razones humanitarias. Y en 1979 podía haberlo creído. Incluso en 1982. Pero estábamos en 1984 y la ocupación vietnamita entraba en su sexto año. Si habían ido a Camboya por razones humanitarias, las que los mantenían allí eran de naturaleza diferente.

El general Tran Cong Man, editor del periódico del Ejército,

no perdió el tiempo con cortinas de humo: «Sí, por supuesto que estamos allí para ayudar al pueblo de Kampuchea. Pero sobre todo estamos allí para proteger nuestra propia independencia. Nuestro flanco sudoccidental es vulnerable. Los chinos podrían amenazarnos desde Kampuchea. Estamos allí para proteger nuestra patria de un posible ataque, y allí seguiremos hasta que la amenaza desaparezca.»

Algunos norteamericanos críticos con la guerra consideran que la causa que desencadenó el holocausto camboyano fueron los bombardeos norteamericanos en Camboya. Insisten en que los bombardeos y la invasión de Camboya en 1970 determinaron —si no fueron su causa directa— las subsiguientes matanzas entre los comunistas camboyanos.

Esa argumentación se basa en la tiranía de la lógica de los contrarios: si nosotros somos malos, nuestros enemigos deben ser buenos. El mismo tipo de razonamiento justifica el Estado policíaco que se impuso en el Sur después de la victoria: si no hubiera sido por nosotros, dice esa lógica, nunca habrían hecho esas cosas.

Los propios comunistas vietnamitas, que presumiblemente deberían tener un gran interés en defender la idea de que Estados Unidos son los responsables últimos de todo lo que ocurre en el Sudeste asiático, no dan ninguna credibilidad a esas teorías. Siempre que sugería que los horrores cometidos por los khmers rojos podían tener alguna relación con los bombardeos norteamericanos, me miraban con asombro: la idea les parecía descabellada. Para los vietnamitas, el genocidio emprendido por los khmers rojos obedeció a una razón concreta y específica: habían sucumbido a una degeneración de la ideología comunista.

> Yo era huésped de un país que había luchado durante treinta años para escapar del control y la influencia de Occidente.

Los norteamericanos no hemos tenido nada que ver con ello. De la misma forma que no pudimos «salvar» a Vietnam de los comunistas, tampoco fuimos la «causa» de que encerraran a miles de personas en campos de reeducación, de que instalaran un Estado policíaco, y, en Camboya, de que mataran a dos millones de personas. No hicimos esas cosas; las hicieron ellos. Los vietnamitas me repitieron una y otra vez que su ideología —buena en el caso de Vietnam, mala en el de los khmers rojos— era el fundamento de esos actos. Los norteamericanos somos pragmáticos, tendemos a creer que el pueblo responde según las circunstancias en que se encuentra. Subestimamos el poder de la ideología. Los comunistas vietnamitas, que son ideólogos, no opinan igual.

Después de haber formado parte de un ejército extranjero en el Sudeste asiático cuya presencia era considerada un crimen por muchas personas de todo el mundo, debo confesar que sentí cierta satisfacción irónica al comprobar que mi antiguo enemigo recibía una dosis de la misma medicina. Sin embargo, las presiones internacionales no parecen haber variado la determinación de los vietnamitas de seguir en Camboya. A lo largo de toda su historia, los acontecimientos les han inculcado la lección de que si son lo bastante tenaces, si son capaces de sufrir todo lo necesario, acaban por conseguir lo que desean.

FANTASMAS EN «EL ZOO»

Desde el momento en que llegué al aeropuerto de Hanoi, me sentí desamparado. La última vez que había estado en Vietnam, era uno más entre medio millón de norteamericanos armados; ahora estaba solo en el país de mi antiguo enemigo, que mis compañeros habían bombardeado despiadadamente, y en el que yo mismo había luchado con todas las armas que pude reunir. Mi pasaporte no tenía ningún valor, porque no teníamos relaciones diplomáticas con Vietnam. Sólo conocía algunas palabras de su lengua, y medía al menos veinte centímetros más que casi

todas las personas que encontré. Yo era, por lo que pude saber, el primer veterano de la guerra que visitaba solo el país.

Esperaba, como mucho, una mezcla de curiosidad y hostilidad. En cambio, fui recibido con una hospitalidad impresionantemente perfecta. Era como si alguien hubiera accionado un conmutador gigante, y todos, desde los ministros del gobierno hasta los campesinos, pararan de luchar contra los norteamericanos y empezaran a cortejarlos. ¿Guerra? ¿Qué guerra? Somos amigos, amigos, amigos...

Yo era huésped de un país que había luchado durante treinta años para escapar del control y la influencia de Occidente, un país sostenido durante generaciones por su pasión anticolonial.

ARRIBA: *En los viejos tiempos, podías saltar en pedazos si te adentrabas siguiendo la Ruta 14 en los dominios montañeses del II Cuerpo de Ejército. Ahora los montañeses pueden circular de uno a otro de los «gulags» conocidos como campos de fuerzas especiales y puestos avanzados del Ejército norvietnamita.*

Yo era uno de los soldados derrotados por ellos, y sin embargo fui acogido con el respeto, la deferencia y las especiales consideraciones que los franceses esperaban tener años atrás como un derecho propio. Era una experiencia traumática.

No estaba muy seguro de por qué me trataban de esa manera.

Pero después de una o dos semanas de semejante hospitalidad, me descubrí a mí mismo respondiendo de forma idéntica: quería, casi contra mi voluntad, pagar con la misma moneda sus muestras de amistad y de respeto.

Al cabo de un tiempo, empecé a utilizar el mismo lenguaje de los vietnamitas. Empecé a hablar de la caída de Vietnam del Sur como la Liberación, en frases como «¿Estuvo usted en el Sur antes de la Liberación?» También empecé a llamar al millón aproximadamente de vietnamitas que combatían en el Ejército de Vietnam del Sur las tropas títeres, como por ejemplo: «¿Estuvo usted en las fuerzas de Liberación o en el Ejército títere?» La repetición machacona de esos términos había acabado por abrumarme. Su simplicidad eliminaba todas las subdistinciones y matices, y encasillaba una realidad extraordinariamente compleja en compartimientos absolutamente estancos. El lenguaje, y a través de él las percepciones, está al servicio del Estado. Al cabo de un par de semanas, hube de rendirme. Si quería ser comprendido debía utilizar el lenguaje, y por tanto debía abordar la realidad, del modo que ellos lo hacían. Cuanto más hablaba de esa forma, mayor era la paz mental que me rodeaba, era la claridad de la escuela, de los conceptos sencillos expuestos con sencillez. Y así llegué a sentirme como un niño que trataba con otros niños

No estoy diciendo eso con condescendencia, porque algunos de los valores que los vietnamitas propugnaban con una pureza casi infantil me resultaban muy atractivos: el trabajo duro, la fidelidad, la sobriedad, el patriotismo, el respeto a los mayores, la devoción a la comunidad y a la tierra. El trabajo, un trabajo agotador, es una constante en la vida de la mayor parte de los vietnamitas. Pero nunca parecen autocompadecerse por el hecho de tener que trabajar más duro, ni por haber sufrido treinta años de guerra con sus secuelas de destrucción, muerte, heridas y largas separaciones de diez, veinte años o más.

«Me sentía culpable. Me sobresaltaban todas las convocatorias... Empecé a esperar una llamada a mi puerta a medianoche.»

No mucho después de mi llegada, el deseo de complacer a mis huéspedes empezó a mezclarse con otra emoción: el miedo. En las primeras noches después de cambiar dinero en el mercado negro, estuve desvelado, imaginando escenas en las que era trasladado desde el Hanoi Hilton a las antiguas celdas de los norteamericanos, y allí sufría interrogatorios, aislamiento, torturas. Prácticamente todas las personas con las que hablaba me decían que el régimen estaba enterado de todo, que tenía informadores en todas partes, que abría un dossier para cada persona, que la información era poder. Empecé a notar ese sentimiento de miedo que constituye la ración diaria de la vida en un Estado policíaco: *ellos lo saben*, estaba convencido de ello, y sólo esperan el momento oportuno para venir a arrestarme.

Me sentía culpable. Me sobresaltaban todas las convocatorias a reuniones en la oficina de prensa. Llegué hasta el punto de ir a cambiar dinero al banco nacional. Allí cinco jovencitas risueñas tardaron treinta minutos en cambiar mis 100 dólares en 1.200 dong. Cuando cambié dinero en el mercado negro, me dieron 24.000 dong por la misma cantidad, y toda la operación duró menos de un minuto. Pero aunque sentía el mayor respeto por la eficiencia capitalista del mercado negro, me convencí de que había comprado mi libertad por 22.800 dong, un dinero con el que apenas podía comprar nada de lo que realmente quería. Me sentía materialista y avaro, como si hubiera sucumbido a las mismas tentaciones que mis huéspedes achacaban continuamente al Sur como una de las causas de su degeneración. No quería hablar con otros extranjeros en mi habitación, por miedo a las posibles escuchas. Empecé a esperar una llamada a mi puerta a medianoche.

Pero paulatinamente me convencí de que los vietnamitas esperaban que un occidental decadente hiciera ese tipo de cosas, y aunque lo supieran, no lo mirarían como una acción criminal En pocas palabras, me adapté.

El mercado negro está omnipresente en Hanoi, de hecho, es la economía dominante en Vietnam. Algunos altos oficiales me dijeron que el mercado negro constituye un problema únicamente en el Sur, pero les costaba poner cara de sinceridad cuando hacían esa afirmación Los dirigentes conservan el estilo de vida austero de Ho Chi Minh y no parecen tener ninguna afinidad con el cinismo de la clase gobernante de la Unión Soviética, pero no pueden evitar el mercado negro. Es éste el que establece el precio de todos los productos, desde los pantalones tejanos y la gasolina, hasta el cambio de la moneda y las gallinas; y gestiona de forma considerablemente eficaz la compraventa de todas esas y de centenares más de mercancías básicas.

Desde los conserjes hasta los ministros, todos los funcionarios del gobierno colocan sus raciones de alimentos, de cigarrillos y de ropa en el mercado negro, a fin de sobrevivir Un intérprete gana 280 dong mensuales, es decir, 1,25 dólares al cambio del mercado negro, un médico, 400 dong, o 1,70 dólares Un tazón de sopa cuesta 30 dong, un pomelo 20 dong, una cajetilla de cigarrillos baratos 30 dong. Si compran cada día uno de estos productos, como al parecer hacen la mayor parte de los trabajadores, habrán gastado todo su salario mensual en menos de cuatro días. De forma que todos ellos practican el pluriempleo y barren pagodas, enseñan inglés, tejen esteras o ensartan cuentas de abalorios.

★ ★ ★

Una tarde fuimos a los suburbios de Hanoi Nos dirigimos a las oficinas de Fafim, la agencia que comercializa los noticiarios y documentales vietnamitas. Delante del edificio se extendía un jardín con un gran estanque rodeado de macizos de rosas bien cuidadas. En el umbral correteaba una gallina; junto a otra puerta, dos hombres en pantalón corto fumaban agachados una pipa de bambú, que se pasaban en silencio el uno al otro.

Nos recibió una mujer joven vestida con tejanos y zapatos de tacón alto, y pasamos a una amplia sala en la que nos proyectaron películas de los bombardeos de Hanoi y Haiphong, incluidas algunas instantáneas de prisioneros de guerra norteamericanos, con un aspecto bien alimentado y nada arrepentido. Las películas eran extraordinarias. Los proyectores exploraban la noche. Aquí y allá los cañones antiaéreos vomitaban fuego por sus bocas. Los cohetes salían zumbando de las plataformas de lanzamiento, dejando una estela inflamada. De lado a lado del horizonte, el cielo parecía arder.

De vez en cuando podía verse una figura solitaria corriendo en medio de las explosiones, o a un artillero silueteado contra el cielo. Yo estaba fascinado por ese atisbo de la guerra vista desde el otro lado, pero incluso así, mi atención se distraía de lo que ocurría en la pantalla y empecé a fijarme en la habitación en que estábamos. Su total banalidad casi me abrumó. Estaba

ARRIBA: *En una nación privada de ayudas para el desarrollo, estas mujeres de grandes sombreros trabajan en la construcción del nuevo palacio presidencial, totalmente de cemento y de diseño avanzado, en la parte baja de Hanoi.*

contemplando películas de la guerra contra los pilotos norteamericanos en el cuartel general de una de las prisiones principales a las que llevaban a los pilotos capturados: lo que los prisioneros llamaban «el Zoo».

Cada vez que intenté abordar el tema del trato a los prisioneros de guerra, invariablemente recibí la respuesta de que estaban bien tratados. Bui Tin me dijo que el día de Navidad les llevó un pavo y una guitarra y que se sentó con ellos a cantar canciones folk. Pham Tuan, el piloto de reactores y cosmonauta, me dijo que había visitado a los prisioneros y charlado con ellos sobre temas de vuelo. Cuu Dinh Ba insistió en que sus raciones eran mejores que las de los guardianes y que se les trataba bien y de forma humana.

«Pregúntaselo a ellos —me dijo Pham Tuan—. Te dirán que les tratamos correctamente.»

Bueno, no exactamente. Los prisioneros de guerra nos han dado informes elocuentes y aterradores acerca del modo en que fueron tratados: el aislamiento, los interrogatorios, las torturas, las confesiones forzadas, los prisioneros golpeados hasta morir. No es el tipo de informe que le haga a uno sentirse tranquilo respecto al destino de cualquier norteamericano que pueda estar allí todavía.

Dos semanas después de mi llegada, Hanoi celebró el treinta aniversario de su liberación de los franceses. Hubo audiciones de música tradicional y popular, discursos, un desfile (en el que el embajador francés, a mi entender con mucha deportividad, se mantuvo todo el rato en posición de firmes, llevando una medalla especial que habían acuñado para celebrar el aniversario), fuegos artificiales y un concierto en el parque Lenin.

La mayor parte de los cantantes del concierto eran mediocres y monótonos, pero el último grupo apareció luciendo largas melenas y un vestuario audaz. El solista nos obsequió con una modesta versión de los movimientos de Mick Jagger. Después del concierto me metí entre bastidores y descubrí lo que ya debía haber sospechado: los primeros grupos eran de Hanoi; el último de Saigón. En otro concierto, al acabar la música rock, una banda empezó a tocar himnos patrióticos. Los jóvenes que escuchaban se levantaron y se fueron. Me recordó lo que seguramente era el principal temor del Politburó, me recordó a Estados Unidos. De sucesos como ése nacen las Mayorías morales y las Revoluciones culturales.

Cientos de miles de personas se apiñaron alrededor del lago de la Espada Devuelta para ver los fuegos artificiales. El régimen no había reparado en gastos: la exhibición fue espectacular. Los ruidos de las explosiones eran continuos. El cielo cobró vida. Hacía apenas unas horas que yo había visto las películas de las batallas aéreas sobre Hanoi, y a medida que caminaba en medio de la multitud que rodeaba el lago, no podía dejar de pensar que aquel espectáculo debía de ser parecido al de los bombardeos de las Navidades de 1972, cuando oleadas de B-52 bombardearon Hanoi y la ciudad respondió con las más nutridas barreras antiaéreas de la historia. Sin embargo, la gente que me rodeaba estaba curiosamente silenciosa. Simplemente permanecían quietos, como absortos.

A la mañana siguiente le pregunté a Minh por los fuegos artificiales. «Los fuegos fueron una experiencia impresionante —me dijo—. Pude verlo todo de nuevo. Todo el miedo y el orgullo volvieron a mí. Y sé que a muchos les ocurrió lo mismo, por distraídos que parecieran.»

ARRIBA: *Probablemente cada uno de estos proyectiles costó a Estados Unidos al menos 500 dólares. Hoy, en el ex Vietnam del Sur, las vainas son vendidas a 8 dong el centenar.*
DERECHA: *Esculturas de los mártires del socialismo en el mayor* liet si *de la liberación, el cementerio de la unificación de la Zona Desmilitarizada, en Con Thien*

Capítulo 3

LOS FANTASMAS DE LA GUERRA

SIN NOVEDAD EN LA ZONA DESMILITARIZADA

Cuando aterricé en Da Nang en octubre de 1984, nuestro avión era el único aparato de todo el aeropuerto, y las únicas personas visibles éramos los pasajeros de mi vuelo y un número equivalente de viajeros que esperaban en la puerta para embarcar en el mismo avión y viajar a Saigón En lugar del torbellino de energía y actividad que rodeaba el aeropuerto de Da Nang en 1969, sólo había silencio, un silencio extraño y premoderno, el mismo silencio de los arrozales. Era como si la historia hubiera pasado de largo, dejando tras de sí tan sólo a algunas personas, las montañas perdidas en la neblina y el cielo despejado.

Durante la guerra Da Nang era una especie de mini-Saigón, cargada y bronca, pululante de refugiados, mendigos mutilados y rateros Ahora estaba sometida y era obviamente menos populosa. (En efecto, había vuelto a la población que tenía antes de la guerra, de 350.000 personas, mientras que la avalancha de refugiados hizo crecer esa cifra hasta más de un millón en 1970.)

Empecé a charlar con mis guías en Da Nang. El guía que me habían asignado era Tran Hien, un hombre serio, de voz suave y de mi edad. Su ayudante, Dinh Mien, pertenecía a la generación de jóvenes crecidos después de la guerra: en su barbilla apuntaba un incipiente mechón de pelo, e iba vestido con pantalones rectos y zapato plano.

«¿Es la primera vez que viene a Da Nang?», me preguntó Mien en un inglés cuidadoso y correcto

«No, estuve aquí durante la guerra», le dije.

«¿Era usted periodista?»

Decidí no seguir el consejo de Duong Minh y contarle la verdad; después de todo. ésa era la razón por la que había vuelto.

«No, estaba en la Infantería de Marina »

Hien me miró, sorprendido.

«Pero le obligaron a alistarse. ¿no es verdad?», me preguntó Mien.

«No, no me obligaron». respondí.

«Le hicieron venir, ¿no?»

«No.»

«¿Quería usted venir a luchar con nosotros?». preguntó.

«No, en realidad no.»

«¿Entonces le obligaron a venir?» Parecía decidido a aclarar de la mejor forma posible la espinosa cuestión.

«No, simplemente —no podía decidirme a expresarlo así—. simplemente era mi deber.»

Minh había estado traduciendo la conversación a Hien Al oír mi último comentario. hizo un ligero gesto. Para apartar la conversación del tema, pregunté a Hien qué hacía durante la guerra

«Estuve combatiendo con las fuerzas de Liberación». dijo.

ABAJO. *Un sensible obús autopropulsado «Long Tom» de 175 mm, capturado en Dong Mo y utilizado posteriormente contra China. Los despojos de la guerra.*

«¿Dónde?»

«Aquí. En Da Nang.»

«¿En qué años?»

«Toda la guerra», dijo.

Hien había mandado una compañía al sur de la zona en que yo estaba, pero ocasionalmente había combatido en el área de mi batallón. Yo había luchado contra ese hombre. Finalmente, me encontraba cara a cara con mi antiguo enemigo, y se trataba de un hombre delgado y cortés, con ojos pardos tan cándidos como los de un venado. Tenía docenas de preguntas que hacerle, pero él se limitó a sonreír.

«Lleva usted retraso —me dijo—. Le esperan en Hué. Ya charlaremos cuando vuelva. La guerra acabó, es pasado. Nada de todo ello cambiará en dos días.»

Me despedí de los dos guías y subí a un Toyota nuevo. Viajamos hacia el norte, oyendo tocar a Laura Branigan por el estéreo del conductor. Cruzamos el puente Nam O y empezamos a subir hacia el paso de Hai Van, muy por encima del nivel del mar. Hacia la mitad de la ascensión, pedí al conductor que parara. Salí del coche, sintiendo el aire húmedo en mi rostro, y miré atrás hacia Da Nang. Podía ver casi toda el área asignada a la 1.ª División de Infantería de Marina: Elephant Valley, las montañas de Ha Na, la cordillera Charlie, el Territorio de Arizona, la Montaña de Mármol y las montañas Que Son, visibles sólo como una mancha confusa en el horizonte.

Tantas cosas habían ocurrido en esta pequeña franja costera que hoy volvía a ver, tanta guerra, tantos hombres muertos... Y ahora se extendía a mis pies, bucólica y pacífica. Incluso las montañas, grabadas en mi mente como un país misterioso y lleno de peligros, los dominios del enemigo, eran ahora solamente un decorado. Detrás mío las cascadas irrumpían entre el follaje tropical; y unos cientos de metros más abajo, las mansas olas rompían sobre las playas desiertas festoneadas de rocas. Es uno de los lugares más hermosos que jamás he visto.

Parecía increíble que aquél hubiera sido un frente de batalla.

> La tierra roja y pelada ha quedado marcada en el paisaje como una cicatriz, como si el lugar estuviera maldito.

Seguimos nuestro camino, cruzando espesas nubes y cortinas de lluvia, entre cascadas y despeñaderos, hasta la cumbre. La vieja posición de los marines que guardaba el paso había desaparecido. Descendimos hacia la llanura cruzando un hermoso paisaje marino con lagos. Comparada con Vietnam del Norte, el área comprendida entre el paso de Hai Van y la ciudad de Hué estaba casi despoblada. Las casas aparecían dispersas y no concentradas en poblados hacinados. Parecían más amplias, más sólidas. Algunas de ellas estaban construidas sobre una estructura de carpintería, los tejados eran de cinc.

Desde el coche, la única huella de la presencia de una antigua base norteamericana era el aumento de desechos de metal en venta en las casas que bordeaban la carretera. Pasamos Phu Bai, el primer enclave norteamericano entre la Zona Desmilitarizada y Da Nang, y luego Camp Eagle, el cuartel general de la 101.ª División Aerotransportada. Todo lo que quedaba eran algunos cascotes, una torre de vigilancia solitaria y abandonada, y algunas vallas de alambre de espino herrumbroso. Las enormes áreas de almacenamiento, las salas de cine, los clubes de oficiales... todo había desaparecido.

En ninguna de las viejas bases crecen las plantas. La tierra roja y pelada ha quedado marcada en el paisaje como una cicatriz, como si el lugar estuviera maldito. Los nombres que dimos nosotros al país —la cordillera Charlie, el Territorio de Arizona, Dodge City, el valle de los Morteros, China Beach—, nombres que hacían más familiar esta tierra extraña, una metáfora de otros lugares que conocíamos, todo eso había desaparecido también. De los millones de norteamericanos que pasaron por aquí, de sus temores, alegrías, sufrimientos, victorias y derrotas, no queda absolutamente nada.

Marchamos en dirección norte, desde Hué hacia la Zona Desmilitarizada, hacia el corazón de la bestia, donde los nombres, hoy sumergidos en la penumbra, hablaban años atrás de los combates más brutales de la guerra: la cota 881, Con Thien, el Rockpile, Dong Ha, Quang Tri, el valle de A Shau, la colina de la Hamburguesa, Lang Vei, Khe Sanh.

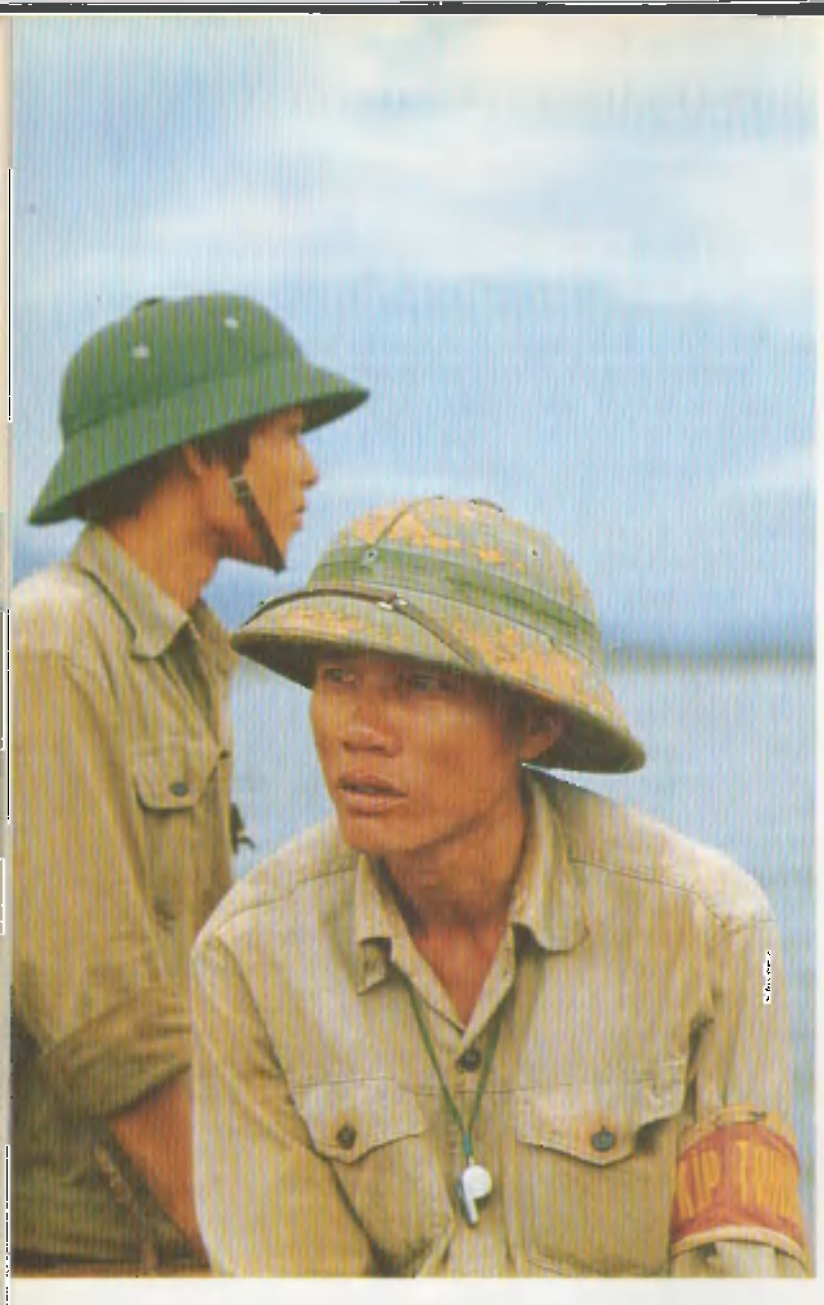
Por todas partes se veían montones de cascos de bombas, dispuestos para ser reciclados como herramientas. Hileras de eucaliptos y pinos *falao* recién plantados bordeaban la carretera y marcaban los límites de los campos y los arrozales. A lo largo de toda la guerra, prácticamente la región entera había sido un campo de tiro. La población fue evacuada, los campos abandonados, y árboles y casas deshechos por las explosiones se hundieron en el barrizal. Quang Tri, la única población de cualquier tamaño existente en la zona, fue borrada del mapa en 1972, durante los 138 días en que los comunistas la ocuparon a despecho de los bombardeos más duros de toda la guerra.

Ahora la gente había vuelto, y comenzaba la cosecha del arroz en los campos. Las mujeres trillaban el arroz lanzando al aire la paja con las horcas de la misma manera que en el Norte. Pero en el Norte la carretera habría cruzado kilómetros y kilómetros de arrozales, y nuestro veloz coche habría seguido una línea ininterrumpida de horcas alzándose y paja volandera; aquí las mujeres eran pocas, y estaban muy espaciadas. La costa central es un país muy distinto al delta del río Rojo: es una tierra más salvaje, abierta y batida por los vientos.

Mucho antes de lo que yo esperaba —mi mente se aferraba al recuerdo de los lentos desplazamientos de los viejos tiempos, en vehículos militares y siguiendo rutas inseguras—, llegamos a la antigua Zona Desmilitarizada. Algunos sampanes flotaban perezosamente en el río Ben Hai, que durante veintiún años había sido la frontera entre los dos Vietnam. Sin ninguna formalidad especial, cruzamos el puente Gio Linh. Caminé a lo largo del puente, desde el lado de ellos. Hacia el sur se extendían los arrozales, algunas viviendas, un niño subido a un carabao. Tres mujeres vadeaban el río, en busca de tubérculos acuáticos y ostras.

Estuve en el puente, en la única carretera que unía Hanoi y Saigón, alrededor de media hora. No pasó ni un solo automóvil o camión. Finalmente, una vieja camioneta Dodge, convertida en autobús, cruzó traqueteando el puente, procedente del sur, y paró junto a nuestro coche. De ella bajaron cinco o seis niños que echaron a correr por un estrecho sendero, charlando entre ellos, con sus carteras escolares en la mano. El viento abría surcos en el arroz que amarilleaba. Hacia el oeste, las montañas grises se difuminaban en el cielo. Las nubes avanzaban agolpándose hacia nosotros desde el mar.

En este lugar de lucha sin cuartel —en el ardiente paisaje lunar donde esperábamos, luchábamos y moríamos mientras la



ARRIBA: *Todos los ferrys son manejados por personal paramilitar avezado, que tiene además la misión de vigilar las todavía frágiles líneas de comunicaciones.*

guerra se pudría a nuestras espaldas—, hoy la vida transcurre normalmente. Los cañones, los gritos, la terrible energía que desencadena la guerra, se han desvanecido. Había habido una razón para que los hombres combatieran aquí encarnizadamente durante tanto tiempo, pero el plácido río, los arrozales y el cielo no guardan ningún secreto.

No había nada que hacer, salvo volver a subir al coche y regresar. El conductor había puesto «Gloria» a toda potencia en el estéreo. Durante la guerra éramos nosotros los que hacíamos resonar en todo Vietnam los ecos del rock-and-roll, mientras los vietcong y los soldados norvietnamitas se leían mutuamente poemas de los cuadernos de poesía que muchos de ellos llevaban consigo. Ho Chi Minh anunció la ofensiva del Tet con un poema. Le Duc Tho, que compartió con Henry Kissinger el premio Nobel de la paz poco antes de partir para Vietnam del Sur a colaborar directamente con el Ejército de Vietnam del Norte en la ofensiva final, escribió un poema para conmemorar la Victoria Final que está grabado en un monumento en Quang Tri. Traté de imaginar a Lyndon Johnson y a Henry Kissinger pergeñando versos durante el sitio de Khe Sanh o después de los bombardeos de las Navidades, pero simplemente no pude conseguirlo.

Así que, en lugar de ello, puse en la cassette una cinta de un combate en Vietnam que me había enviado Jeff Hiers· la oí por los auriculares, mientras rodábamos entre las sombras que se alargaban. entre campos y montañas silenciosas, rodeado por los sonidos de las emboscadas y los helicópteros de evacuación, el estruendo de la artillería. el zumbido de los reactores, el aleteo de los helicópteros. Escuché una emboscada y allí, después de quince años, estaban de nuevo todos los sonidos: el crepitar de las AK-47, la aguda explosión de los M16, y las voces de los soldados que aullaban: asustados, confusos, valientes.

Las voces sonaban en mis oídos, pero todos los hombres habían marchado. Únicamente yo, entre los casi tres millones de norteamericanos que lucharon en Vietnam, estaba ahora aquí. Me sentí intensa, totalmente solo.

CONVERSACIÓN EN HUÉ

Comimos en la terraza del hotel, con vistas al río, que corría ahora turbio y revuelto. La ciudad vieja y el mercado del otro lado del río apenas eran visibles en la tormenta. En el centro de la corriente, los sampanes se bamboleaban precariamente entre las ráfagas de viento, y los niños buscaban a bordo cualquier objeto de valor entre los que volaban impulsados por el vendaval. Dos mujeres jóvenes vestidas con *ao dais* amarillos nos trajeron la comida más opípara de todas las que hice en el curso de mi viaje, empezando por unas bandejas repletas de gambas gigantescas dispuestas artísticamente

Pregunté a Ky [el vicepresidente del comité popular de la provincia] si había estado en Hué durante la ofensiva del Tet en 1968. Se iluminó. «Claro que sí. Estuve durante veinticuatro días y noches. Estaba en la Ciudadela; estaba en todas partes de la ciudad. Los norteamericanos y los títeres nos bombardearon con todo lo que tenían, pero los obligamos a luchar calle por calle Fue una carnicería. El pueblo había vivido bajo la opresión durante catorce años; muchos de nuestros hombres no habían visto a sus familias desde 1954. Se abrazaban unos a otros y lloraban. Fue magnífico »

> El joven marine se recostó contra la pared y le lanzó una mirada de un kilómetro de largo, con sus ojos cargados.

En Hué se combatió casa por casa, calle por calle, manzana a manzana. Fue uno de los combates más duros de la guerra, y produjo la mejor televisión. Por una vez, la lucha se había concentrado en un objetivo: la achaparrada torre de piedra de la Ciudadela, en la que ondeaba desafiante la bandera del Vietcong. Noche tras noche, yo me sentaba absorto en la sala común del Worcester College de Oxford, y miraba cómo jóvenes norteamericanos luchaban y morían a la sombra de la bandera enemiga; nunca habíamos visto una televisión como ésa Todavía recuerdo la entrevista a uno de los marines que intentaban reconquistar la Ciudadela. Fue más o menos así:

«¿Cómo es esto? ¿Es duro?», preguntó el entrevistador. El

joven marine se recostó contra la pared y le lanzó una mirada de un kilómetro de largo, con sus ojos cargados. Tras él otros marines se incorporaron para disparar por encima de la pared, y volvieron a agacharse

«Duro de verdad —contestó—. Lo peor es no saber dónde están. Pueden estar en cualquier parte, en la alcantarilla, en una casa, en cualquier parte. Lo único que queremos todos es salir de aquí, volver a casa y volver a la escuela.»

Volver a casa y volver a la escuela. Yo estaba en la escuela, a salvo, mientras le oía. Cuando acabé mi turno en Vietnam, dos años más tarde, me di cuenta de que aquel marine lo había dicho todo. Esas eran nuestras aspiraciones· seguir con vida, salir de allí, reanudar de nuevo nuestras vidas. Esa guerra no era ciertamente nuestra vida: era «la otra punta del mundo»

En cambio, los vietnamitas sí estaban en sus casas; ése *era* su mundo y no podían hacer otros planes ni vivir otra vida que la de la guerra, hasta que acabara. El marine de la televisión, que sólo quería volver a casa y volver a la escuela, era nuestro típico soldado, y teniéndolo todo en cuenta, hizo un espléndido trabajo.

Ky me preguntó si había visto el programa de la PBS *Vietnam: una historia televisada*. «Todo el mundo la ha visto aquí —me dijo—. Recuerdo que salían soldados norteamericanos lanzando granadas por la boca de los refugios. Pensé en los muchos lugares en que vi crímenes así. Esa pobre gente no eran más que campesinos y trabajadores. Sólo querían plantar arroz, y fueron asesinados. Me dieron ganas de llorar.»

Mientras hablaba, también mi memoria empezó a funcionar En 1970 había pasado varias semanas enseñando inglés por las noches, en Da Nang. Uno de los estudiantes me contó su historia. «Mis padres vivían en Hué en 1968. cuando el Vietcong entró en la ciudad. Eran maestros de escuela. El Vietcong vino a casa y se los llevó. Dijeron a mi abuela que querían hacerles algunas preguntas. Mis padres nunca regresaron. Encontraron sus cuerpos cerca de las tumbas imperiales. Habían sido atados y estrangulados.»

Y recordé un ataque del Vietcong en 1970, a un poblado al sur de Da Nang llamado Thanh My. El Vietcong había ido casa por casa, lanzando en ellas mochilas con explosivos. Si alguien intentaba huir, era abatido a tiros· ancianos, mujeres, niños. Cuando llegué allí, a la mañana siguiente. las casas de mangles aún humeaban, los cadáveres estaban extendidos en largas hileras, y los pocos supervivientes, con caras pálidas, buscaban sus enseres entre las ruinas. Eran también «campesinos y trabajadores que sólo querían plantar arroz».

Los comunistas se sitúan ante la corriente de la historia y extraen de ella únicamente lo que es útil al Estado.

Una de las jóvenes nos sirvió *shish kebabs* (brochetas) con salchichas, ajo, hierbas y setas, y me enseñó cómo envolverlas en un finísimo papel de arroz. Yo era su huésped, estaban malgastando tiempo que necesitaban para luchar contra las inundaciones atendiéndome, y me trataban —como lo había hecho todo el mundo— con una gran hospitalidad. Sin embargo, tenía la sensación de que mi presencia en Vietnam era simplemente tolerada. Detrás de su abrumadora hospitalidad. reaparecían en mi mente los altos muros del Hanoi Hotel. Pero algo en la blanda conmiseración de Ky —o tal vez el hecho de que había oído demasiadas historias sobre las atrocidades y los bombardeos de los norteamericanos— me recordó que también yo tenía algunas anécdotas personales que contar sobre la guerra.

«Recuerdo dos cosas de Hué —dije—. Recuerdo vuestra bandera ondeando en la Ciudadela, y también los cuerpos de todas las personas inocentes que el Vietcong asesinó.»

Una sombra cruzó el rostro de Ky, un momento pasajero de dureza que me hizo sentirme feliz por ser su invitado y no su prisionero. Luego volvió su sonrisa. «Eso es una invención de arriba abajo —dijo—. Sucedió exactamente lo contrario. Nosotros éramos el pueblo. ¿Cómo íbamos a matarnos a nosotros mismos? Es imposible.» ,

Después de probar a su entera satisfacción que semejante matanza era, al menos en términos metafísicos, imposible, Ky continuó: «Desde 1959 los lacayos del imperialismo habían traído la guillotina a todos los rincones del país Nos amarraban y nos frotaban pimienta en la boca. la nariz y los ojos.»

Fue entusiasmándose con el tema. «Aplicaban corrientes eléctricas en los genitales de las mujeres. Machacaban los dedos y luego arrancaban las uñas. Sacaban los ojos, cortaban las orejas de las personas y las llevaban colgando del cuello, como publicidad. Abrían a las personas en canal y les sacaban el corazón y el hígado. Abrían el vientre de las embarazadas, sacaban el feto y lo pisoteaban sobre el polvo.»

Hizo una pausa. «Eso era lo terrible. Si pudieron hacer todas esas cosas, también pudieron contarles cualquier mentira sobre nosotros.»

Le pregunté si lo que quería decirme es que el Vietcong no había ejecutado a ningún civil.

«Exactamente», replicó, alargando la mano para alcanzar algún marisco rosado o algún delicado pastelillo de hojaldre sobre la mesa.

«¿De dónde salieron entonces todos aquellos cadáveres?»

Me miró con simpatía. «Era una época muy caótica. El pueblo pudo haber eliminado espontáneamente a algunos criminales, como quien aplasta una serpiente. Pero la mayor parte de esos cadáveres, si es que los había, eran probablemente patriotas que nos habían ayudado y fueron asesinados por los lacayos de los norteamericanos tras su retirada.»

Dejó su servilleta «¿Sabe usted? —me dijo—. Yo entré muchas veces en Hué durante la guerra Me hacía pasar por un pescador. o un estudiante, o un campesino que iba al mercado. Los norteamericanos me acogían bien, me daban palmadas en la espalda y me ofrecían cigarrillos.»

«¿Y qué hacía entonces?», le pregunté, mientras recogían la mesa y nos servían los cafés.

Me miró con una sonrisa socarrona. «Me limitaba a decirles· 'Soldado norteamericano, número uno' » Y al decir eso, echó atrás su silla y se despidió. El nivel del agua seguía creciendo. la cosecha del arroz estaba en peligro y había mucho trabajo por hacer.

★ ★ ★

Mientras volvíamos en coche a Da Nang, seguía sintiéndome irritado. «Nada es más importante que la independencia y la libertad», había dicho Ho Chi Minh. Ni la pérdida de cientos de miles de soldados, ni el asesinato de personas inocentes. Pero ¿por qué era tan difícil para mis huéspedes admitir que tal vez habían hecho cosas malas por una buena causa? Durante la Segunda Guerra Mundial nosotros bombardeamos Dresde y Tokio, y matamos a centenares de miles de civiles. ¿Estaba jus-

ARRIBA: *Uno no puede acercarse a las brumosas colinas de Vietnam sin sentirse dominado por los presentimientos. Sólo que hoy se trata de una peregrinación, no de una acción bélica.*

tificado? ¿Lo estaba Hiroshima? La respuesta no es sencilla, pero lo que caracteriza a una nación civilizada es el plantearse esa cuestión.

Las matanzas de civiles por parte de los comunistas en Hué y en otros lugares como Thanh My son ahora inconvenientes, y por eso han sido borradas de la historia; oficialmente no existen. Los comunistas se sitúan ante la corriente de la historia y extraen de ella únicamente lo que es útil al Estado. Si la realidad resulta inconveniente, sencillamente se cambia. Si la historia no está a la altura del ideal, se disfraza de mito

También nosotros creamos nuestros propios mitos, por supuesto, y el principal de ellos fue el de que estábamos ayudando al pueblo de Vietnam, mientras bombardeábamos sus poblados, sus cosechas y su país hasta convertirlo en un amasijo húmedo y sangriento. Y a lo largo de toda nuestra historia hemos mantenido la tradición de ir a la guerra como protectores de la virtud y la moralidad, a luchar contra los imperios del mal: los hunos, los nazis, los comunistas. Nuestra causa era justa, y por consiguiente nosotros éramos justos. Pero en Vietnam entramos en conflicto con nuestra historia

Lo que el teniente William Calley y sus hombres hicieron en My Lai fue una horrible atrocidad, pero fue juzgado y condenado por ello. Un marine de mi pelotón que mató a un civil fue condenado a veinte años de prisión. En Vietnam, los hombres que perpetraron las matanzas de Hué y de Thanh My son héroes Los norteamericanos hemos perdido la confianza en la justicia automática de nuestra propia causa, y ahora tendemos a ver lo peor de nosotros mismos y lo mejor de nuestros adversarios. Nuestro sentido moral se halla exquisitamente sensibilizado hacia My Lai y los efectos de nuestros bombardeos, y en cambio está embotado respecto a las brutalidades de nuestros enemigos Antes de Vietnam no podíamos equivocarnos; después, nada de lo que hacemos puede ser bueno. La historia casi nunca es tan sencilla.

Intenté explicar todas esas cosas a Minh. Le hablé de los cuerpos de Hué, de Thanh My, de los soldados norteamericanos que aparecieron atados a estacas y despellejados por el Vietcong, con los genitales cortados y metidos en la boca Dije que en la guerra los hombres cometen acciones extremas, de las que luego se avergüenzan por más que sigan confiando en la justicia de su causa. Y entonces le conté que me preocupaba el hecho de que al parecer la política nacional de Vietnam consistiera en no discutir ese tipo de cosas, ni admitir siquiera que habían ocurrido.

Minh meditó por un momento. «No debe creer que no somos autocríticos», dijo. «Lea nuestros periódicos. Todos los días aparecen críticas al partido, al gobierno y a su política. El propio Le Duan ayudó a que se hicieran públicos los excesos [un

eufemismo para referirse a la matanza de miles de granjeros vietnamitas tras la derrota de los franceses] cometidos en los comienzos de la colectivización de la agricultura. Pero esas cuestiones no conciernen a personas individuales. Las decide la dirección. Una vez se ha tomado la decisión, nosotros podemos discutirla. Como dijo Tío Ho. .»

«Ya sé, ya sé. Nada es más importante que la independencia y la libertad, ¿no es así?»

«Bueno, sí, por supuesto. Pero también dijo que sólo hay dos clases de personas que nunca se equivocan: las que yacen en sus tumbas y las que aún están en el vientre de su madre.»

LA MUCHACHA DE LA MONTAÑA DE MÁRMOL

En China Beach, donde en una ocasión las *Donut Dollies* (Muñecas Donut) de la Cruz Roja y las auxiliares del Ejército en bañador habían atraído las hambrientas miradas de miles de hombres solitarios, sólo había una anciana, que mariscaba en la arena. Las zonas de fuego a discreción que rodeaban los acuartelamientos del 1.er Regimiento de Infantería de Marina. un área famosa por sus trampas cazabobos, habían sido repobladas con pinos *falao*. Entre los planes del gobierno figura el de promocionar esta zona, y ha construido en ella un nuevo restaurante. Entramos en él a tomar una copa. Éramos los únicos clientes y nos sentamos a beber una cocacola mientras por los altavoces sonaban los acordes de «Mr. Tambourine Man».

Justo frente a China Beach, cinco grandes moles de mármol sólido atalayan las dunas como si fueran los hocicos de unas enormes ballenas varadas en tierra. En la mayor, conocida como la Montaña de Mármol, se ocultan pagodas y monasterios budistas. y su base se halla rodeada de pequeñas aldeas de tallistas de mármol, que esculpen pacientemente Budas, brazaletes y leones y dragones rugientes. Durante los fines de semana de la guerra, los marines acudíamos ocasionalmente a visitar la pagoda y comprar *souvenirs* de mármol. Pero algunas de las cuevas y pagodas de la montaña estaban situadas más allá de los límites permitidos. Se creía que si los visitábamos. ofenderíamos gravemente la sensibilidad religiosa de los vietnamitas

Siempre había sentido curiosidad por la montaña Gravitaba sobre nuestra área como un santuario enigmático, lleno de pasadizos subterráneos y de misterios. Minh y yo ascendimos los escarpados escalones de la primera pagoda.

El monje encargado de ella estaba ausente, por lo que nos limitamos a pasear un poco por el interior, espantando a nuestro paso bandadas de gallinas y de niños.

Avanzamos después por un estrecho sendero, a través de los jardines cuidados por los monjes, y llegamos a una gruta. Al entrar, vimos abrirse el techo en una amplia bóveda de cerca de treinta metros de altura, débilmente iluminada a través de un agujero abierto en la parte superior. En la roca había talladas estatuas de Buda, algunas de más de seis metros de altura. En varios altares ardía incienso. Unas estatuas más pequeñas de antiguos guerreros, pintadas en tonos vivos rojos, azules y amarillos, montaban la guardia. En un rincón había un pequeño relicario, y junto a él una placa oficial curiosamente incongruente en un lugar religioso.

Pedí a Minh que me tradujera la inscripción, y entonces supe por qué no se había considerado adecuado que los norteamericanos visitaran el lugar, por más que estuviera a sólo cinco kilómetros de Da Nang y aproximadamente en el centro de una de las mayores concentraciones de tropas estadounidenses en Vietnam La placa decía que esta gruta había sido un hospital de campaña del Vietcong Ahora estaba vacía y el único sonido que se percibía era el del agua que se filtraba por el agujero del techo. Salí de la cueva y a los pocos pasos pude ver directamente a mis pies la carretera principal que llevaba al cuartel general del 1 er Regimiento de Infantería de Marina. Pasábamos justamente debajo de este lugar al dirigirnos a China Beach. Desde el hospital, los vietcong podían oír nuestros camiones y los helicópteros del aeródromo, todos los días.

Qué pocas cosas sabíamos. Y tan seguro estaba el enemigo de nuestra ignorancia, tan confiado en que nunca nos enteraríamos, que había ocultado su hospital en el lugar más a la vista. Ser derrotado ya era bastante malo. Pero ser tratado con ese desdén me pareció mucho peor aún.

Marchábamos ya de la Montaña de Mármol, cuando la vi. Era una de las adolescentes que atendían los pequeños tenderetes de venta de brazaletes de mármol, estatuas de Buda, bustos de Ho Chi Minh y otros *souvenirs*. Por un momento, no supe qué es lo que me había atraído en ella: en la forma de moverse y en sus facciones notaba algo distinto.

Y entonces Minh, a quien no se escapaba casi nada, se dio cuenta de mi mirada. «Es una chica amerasiática», me dijo.

> Una nueva generación, ni norteamericana ni vietnamita, de seres marginales, con la historia impresa en sus rostros. Eran víctimas, atrapadas en la eterna tierra de nadie de una guerra que no habían conocido.

Era la primera amerasiática que había conocido en el viaje, y no estaba preparado para el impacto que me produjo la experiencia. Yo me había ido adaptando a todos los cambios que habían hecho de Vietnam lo que era ahora, pero la chica constituía un lazo vivo con el pasado. Los norteamericanos nos habíamos ido. pero dejando detrás nuestro una nueva generación, ni norteamericana ni vietnamita, de seres marginales, con la historia impresa en sus rostros. Eran víctimas, atrapadas en la eterna tierra de nadie de una guerra que no habían conocido. Mientras la guerra había causado a otras personas la muerte. o profundas heridas físicas y anímicas, a ellos les había dado la vida. Sin la guerra, no existirían.

Pensé en todas las chicas de bar, todos los burdeles, las citas casuales y rápidamente olvidadas en los barracones y los arrozales, y en todos los «matrimonios» de guerra finalizados repentinamente al acabar el año del soldado norteamericano. La escena de los últimos helicópteros al despegar de la azotea de la embajada norteamericana, quebrantando todos nuestros compromisos políticos, se había repetido ya anteriormente en muchas ocasiones cuando nuestros hombres se desentendían de sus compromisos personales y regresaban a su mundo.

Me sentí culpable al ver a la muchacha, culpable y fascinado.

Lo primero que me dieron a leer cuando llegué a Vietnam quince años antes fue un folleto sobre los peligros del sexo con mujeres vietnamitas; y qué incongruente era que lo único que

hubiéramos conseguido dejar detrás nuestro fuera la descendencia de esas relaciones, como si el poder fundamental de la sexualidad hubiera probado ser más fuerte que todos nuestros ejércitos, nuestro armamento y nuestra tecnología. La muchacha de la Montaña de Mármol se había educado como una vietnamita y había pasado toda su vida en una pequeña aldea, pero inmediatamente sentí un vínculo que me unía a ella.

Se llamaba Huynh Thi Dieu Dien. Tenía catorce años y estudiaba el séptimo grado. Aquella tarde había ido a un mitin de las Buenas Sobrinas y Sobrinos de Tío Ho

Hablamos sentados a la mesa de su casa, detrás del mostrador de *souvenirs*. Sólo había una habitación; su madre se sentó en la cama, y el abuelo, un anciano vestido de algodón blanco, con una barba hirsuta, circuló lentamente por la habitación para servirnos el té, y luego se sentó en un rincón y fumó el cigarrillo que le di.

La madre empezó a hablar sobre el padre de Dien. «Recuerdo su nombre, pero no su dirección», dijo. «Era policía militar. Volvió a Estados Unidos en 1971. Quería que fuéramos con él, pero mi madre estaba enferma y no pudimos. Tuve una carta suya en 1974, y no he vuelto a saber nada más.»

> Yo le había pedido inconscientemente que eligiera entre el país de un padre que la había abandonado y al que nunca había visto, y Vietnam... el único mundo que conocía.

Había solicitado un visado para que Dien y ella pudieran viajar a Estados Unidos, y esperaba que se lo concediesen. Pregunté a Dien si deseaba ir a Estados Unidos. Miró el brazalete de mármol que adornaba su muñeca y no contestó. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. La casa se había ido llenando gradualmente de vecinos. Más de cuarenta personas se apiñaban en la habitación, empujándose alrededor nuestro Era una atmósfera sofocante, claustrofóbica.

Le pregunté si lloraba porque quería irse o porque quería quedarse.

«Las dos cosas —dijo—. Tengo un padre...» Empezó a llorar de nuevo. «Y tengo mi tierra nativa...» Hizo una pausa. Su madre la miraba desde la cama. En la habitación reinaba un silencio total. El dilema de la muchacha era plenamente patente. Yo le había pedido inconscientemente que eligiera entre el país de un padre que la había abandonado y al que nunca había visto, y Vietnam, la gente que la rodeaba, el único mundo que conocía, y le había pedido que eligiera ante los ojos de todo el poblado.

«Pero si no conozco a mi padre...», dijo, y súbitamente empezó a sollozar, tembloroso el cuerpo. Le apreté la mano y le dije que le gustaría América, que sería muy diferente, pero le gustaría. Minh tradujo mis palabras a la niña que lloraba Los vecinos escuchaban en silencio. Para ellos, yo podía haber estado describiendo otro planeta.

DERECHA: *Érase una vez el omnipresente hocico de un cañonero Cobra que se acercaba Hoy los restos de su célula deshecha reposan frente al local del partido en la ciudad de Quang Tri.*

Cuando volvimos a Da Nang, le dije a Minh que la culpa era del padre, que se había comportado con la madre tan irresponsablemente como nosotros con nuestros aliados.

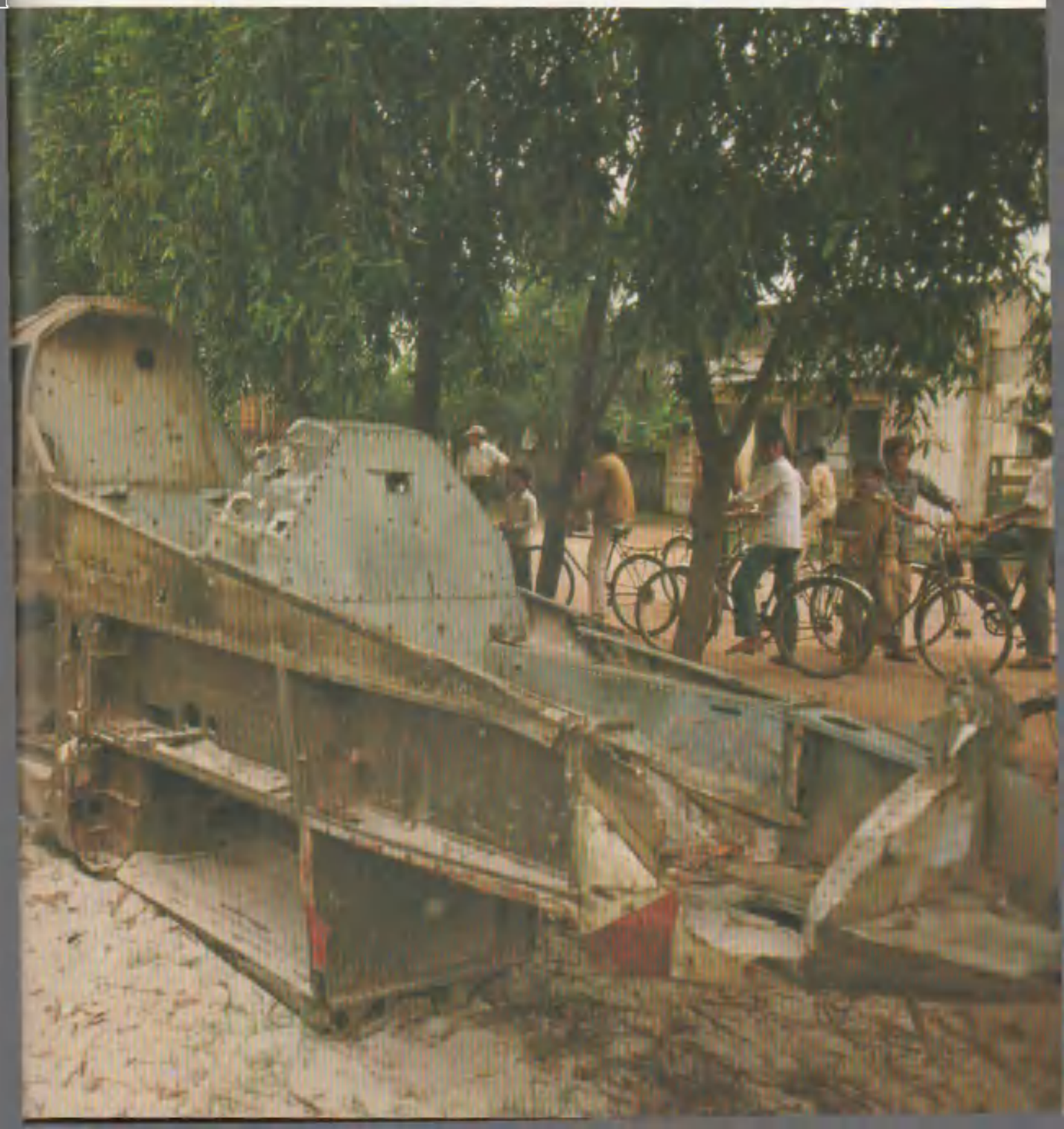
Minh no estuvo de acuerdo. «No puede culpar al padre —me dijo-. Era un soldado y estaba lejos de su hogar. Estoy seguro de que no fue su intención crear una situación tan triste.»

No, pensé. Probablemente no fue su intención, y tampoco nosotros pretendíamos que aquel pueblo dependiera de nosotros totalmente, para después abandonarlo. Pero el caso es que él lo hizo, y nosotros también.

¡NUMERO UNO!»

Un atardecer fuimos al «museo de los horrores» instalado en el antiguo complejo norteamericano, junto al río. A los lados de la avenida se alineaban carros de combate y obuses autopropulsados. En el patio central habían colocado un viejo «Huey». Las salas que rodeaban el patio estaban llenas de imágenes de los horrores de la guerra. Había fotografías de soldados norteamericanos sonrientes mostrando las cabezas de vietcongs o simplemente los harapos y los huesos de un cuerpo. Se veían vietnamitas muertos arrastrados por carros o apilados como montones de leña trozos sueltos de cuerpos mezclados. En algunas fotografías, los prisioneros eran golpeados o colgados cabeza abajo.

En las esquinas se habían dispuesto dioramas muy bien presentados que mostraban poblados estratégicos (citados como campos de concentración), expediciones de castigo en las que los norteamericanos incendiaban aldeas, y prisioneros en celdas de tortura, con todos los detalles. Mapas en relieve de *papier-*



mâché mostraban las zonas de fuego a discreción, las incursiones de los B-52 y las áreas regadas con el Agente Naranja.

Había muchas fotografías sobre la vida en las bases norteamericanas, con estadounidenses inclinados sobre las menudas mujeres vietnamitas, pasándoles los brazos sobre los hombros y deslizando una mano bajo las minifaldas de las chicas. Adictos a la heroína yacían desmanejados en los portales o aparecían tendidos en una avenida después de pegarse un tiro. Chicas de bar se sentaban en las rodillas de los soldados. Uno de los rótulos decía: «Después de una sangrienta operación de castigo, las tropas norteamericanas se divierten con una bailarina sexy.»

Las últimas fotografías reflejaban los febriles días finales antes de la caída de Saigón. Una fotografía del despegue de un helicóptero cargado de huérfanos decía de ellos que habían sido «secuestrados». Bajo una serie de fotografías que mostraban a vietnamitas tratando desesperadamente de subir a bordo de buques y helicópteros para escapar del ejército comunista que se aproximaba, la leyenda decía: «Los norteamericanos forzaron a cientos de miles de personas a abandonar el país, causando incontables tragedias.»

Pasé allí una hora, examinando fotografía por fotografía. Minh leía en el coche. Mien, el joven guía de Da Nang, se mantenía a respetuosa distancia a mis espaldas. Cuando me detuve frente a algunas fotografías de niños mutilados, se me acercó. Una de las fotografías mostraba a un muchacho horriblemente deformado por gruesas pústulas que le cubrían el rostro.

«Es un amigo mío —me dijo Mien—. Le llevaron a un buque hospital norteamericano y le inyectaron productos químicos. Era un experimento. Luego lo volvieron a traer y lo abandonaron en la calle.»

> Los relatos de guerra... son como los cuentos de hadas. Hay algo primario en ellos. Encierran una verdad moral, incluso mítica...

Le dije a Mien que el niño de la fotografía parecía sufrir una neurofibromatosis, la enfermedad del «hombre elefante», que no podía contagiarse con inyecciones.

«Oh, sí —contestó—. Los norteamericanos lo hacían todo el tiempo.»

Lo dijo con la misma placidez desinteresada con la que todo el mundo hablaba de la guerra. Yo era un norteamericano y había luchado aquí, pero su mente no establecía ninguna conexión con las atrocidades, reales o imaginarias, que acabábamos de ver. Eran tan reales, ni más ni menos, como la tortuga que dio a Le Loi su espada. Esa noche, después de cenar, discutimos sobre la cultura occidental.

«Es un dilema —dijo Minh—. El rock-and-roll llegó a Vietnam con los soldados norteamericanos, las chicas de bar y las minifaldas. Todo ello formaba parte de la corrupción de la sociedad que la guerra había traído al Sur. Tuvimos que reformar a las prostitutas, a los drogadictos, a toda una cultura corrompida. Algunos de los miembros más ancianos del partido creían que también la música formaba parte de esa corrupción.»

«Al principio intentamos restaurar la música tradicional vietnamita en el Sur —continuó Minh—, pero luego llegamos a la conclusión correcta de que la música no era la causa de la corrupción. Por eso decidimos dejar que el pueblo tomase lo mejor de la música y las modas extranjeras, y las combinara con lo mejor de nuestra cultura tradicional.»

«Eso suena como si hubiérais hecho de la necesidad virtud.»

«El partido es muy sabio», contestó Minh.

MI ENEMIGO Y YO

En Duy Xuyen, cuando empezamos a contar historias de la guerra, los niños desaparecieron y empezó a correr la cerveza. Hay un viejo dicho entre los soldados que afirma que la única diferencia entre un cuento de hadas y una historia de guerra es que el cuento de hadas empieza con «Érase una vez», y la historia de guerra con «No exagero lo más mínimo». Puede parecer un simple chiste, pero esconde una perspectiva más profunda. Los relatos de guerra, en efecto, son como los cuentos de hadas. Hay algo primario en ellos. Encierran una verdad moral, incluso mítica, más que una verdad literal.

Los relatos de guerra conmueven y recuerdan a quienes lo oyen su lugar en el mundo. Son como las viejas historias contadas alrededor del fuego y bajo una tienda india, mientras la pipa circula de mano en mano. Todos son, en sustancia, un único relato.

Hay dos temas constantes: la muerte y la camaradería. «Cuando estábamos en la jungla y en las montañas —decía un antiguo guerrillero vietcong en Duy Xuyen—, no sólo nos unían lazos de camaradería en la lucha, sino en todas las cosas. Llevábamos la carga de los demás, preparábamos sus comidas, lo hacíamos todo juntos. Si herían a uno de nosotros, arriesgábamos nuestras vidas para regresar con él.»

Thinh, el presidente del distrito, recordaba la ocasión en que resultó herido en una incursión de los B-52. «Perdí el sentido. Los demás estaban convencidos de que iba a morir, pero cargaron conmigo durante dos días y me llevaron a través de las montañas hasta el hospital. Otra vez, cerca de An Hoa, fuimos bombardeados por oleadas de B-52. Y luego vinieron los helicópteros y desembarcaron a cientos de marines. Estuvimos durante todo un mes. Cuando has compartido experiencias como ésas con otros hombres, te sientes unido a ellos por vínculos que nada puede romper.»

Hien había estado sentado en silencio. Cogió uno de mis cigarrillos, lo encendió y dijo en voz queda: «Era un mundo puro. Los que tenían más, daban a los que lo necesitaban. Compartíamos la misma cama de bambú, compartíamos la camisa o la manta. Esa clase de sentimiento, tan puro, era más fuerte todavía que el que se tenía por un hermano de sangre. Y cuando perdíamos a nuestros camaradas, cuando se sacrificaban, el dolor nos daba fuerzas para seguir luchando.»

Le pregunté a Hien si seguía viéndose con sus antiguos camaradas.

«En el Tret o en otros días de fiesta hacemos lo posible por volver a estar juntos —me dijo—. Bebemos, comemos y charlamos sobre la guerra. Tenemos un montón de recuerdos.»

«¿Qué clase de recuerdos?»

Durante un largo momento después de traducirle la pregunta,

DERECHA: *Un camión cisterna chino del año 76; una casamata norteamericana del 69, un blocao francés de alrededor del 50; fortificaciones de la dinastía Nguyen, del siglo XVII. Una ojeada al túnel del tiempo junto a la Ruta 1, en el paso Hai Van.*

CAPÍTULO 3 LOS FANTASMAS DE LA GUERRA

Hien no dijo nada; luego las palabras fluyeron. «Cuando habíamos de combatir contra un enemigo diez veces más fuerte que nosotros; cuando teníamos tanta hambre que masticábamos el arroz crudo; cuando no podíamos más y habíamos de cargar a los heridos sobre nuestras espaldas; cuando seguíamos caminando a pesar de la debilidad, del hambre y de los bombardeos; cuando estábamos rodeados y teníamos que luchar semana tras semana contra un fuego de artillería continuo, y las bombas caían y los helicópteros nos disparaban cohetes, y los días y las noches se sucedían sin que pararan jamás el fuego y la fatiga; pero nunca nos rendimos. No podemos olvidar ninguna de esas cosas. Pero por encima de todo nunca olvidaremos el día que entramos en Da Nang vencedores, el día que liberamos nuestras casas. Cómo nos abrazaba todo el pueblo. Eso siempre lo llevaré conmigo.»

Sus recuerdos se cruzaban con los míos, que empezaban a agolparse, las emboscadas, las trampas cazabobos y los días y noches en la jungla buscando al enemigo que nunca aparecía, y todos mis hombres, tan jóvenes y valientes, muertos para nada.

Y entonces me di cuenta de que había regresado a los campos de batalla más sangrientos de una guerra larga y brutal, sentado en torno a una mesa con mis antiguos enemigos, y que nos consumía la nostalgia. Odiábamos la guerra, pero la añorábamos.

Una parte de mí mismo amaba la guerra, y en Duy Xuyen descubrí que a mis antiguos enemigos les pasaba lo mismo.

Amábamos la guerra por muchas razones, y no todas ellas buenas. La mejor razón por la que amábamos la guerra es también su recuerdo más duradero: la camaradería. Un camarada de armas es un hombre en quien puedes confiar para cualquier cosa, puesto que le confías tu vida.

La camaradería no es un proceso particularmente selectivo. La raza, la personalidad, la educación —todo lo que nos diferencia en época de paz— dejan de contar en absoluto. Sólo existe, sencillamente, un amor fraternal. La guerra es la única experiencia utópica que hemos vivido la mayor parte de nosotros. Las pertenencias y las ventajas individuales no cuentan para nada; el grupo lo es todo. Todo lo que tienes lo compartes con tus amigos. A nadie le es permitido quedarse al margen.

Ese sentido de la camaradería es lo que empezaron a recordar los veteranos del Vietcong cuando hablé con ellos sobre la guerra. Compartían las mismas magras raciones de arroz, se pasaban de uno a otro el único cigarrillo, dormían en la misma cama de bambú. Corrieron peligros casi sobrehumanos para recuperar a sus heridos e incluso a sus muertos: casi nunca los encontramos. Vivían juntos durante años en la jungla, soportando nuestra terrible potencia de fuego. Sus camaradas contaban con ellos para proteger sus flancos, para llevar su carga, para estar allí. Creían que luchaban por una gran causa, y que valía la pena morir por ella. En lugar de trabajar en los arrozales, cabalgaban el viento de la historia. Se llamaban hermanos los unos a los otros, y sabían que esa hermandad era más fuerte que la sangre.

ABAJO: *Los veteranos del régimen anterior están virtualmente desasistidos por el Estado; este ciego se ve reducido a pedir limosna al borde de un camino en un país en el que los cíclopes norteamericanos han desaparecido hace tiempo.*

> Sin excepción, todas las personas a las que pregunté al azar, afirmaron haber combatido en el Vietcong.

Para los antiguos combatientes del Vietcong que yo conocí en el Sur, era un gozo despistar a nuestras patrullas, un gozo preparar emboscadas, un gozo infiltrarse en nuestras bases y destruir nuestros carros de combate y nuestras lanchas. Y ese gozo se multiplicaba por la fama de invulnerabilidad de los norteamericanos. Para los hombres que habían participado en expediciones de comandos contra grandes bases aéreas norteamericanas, que habían reptado a través de los alambres de espino de los acuartelamientos estadounidenses, que habían sido cercados y conseguido escapar, la guerra suponía un desafío trascendental. La guerra era la iniciación al poder de la vida y la muerte. Las mujeres conocen ese poder en el momento de dar a luz; los hombres, en la hora de la muerte. Es como levantar una esquina del universo y echar una ojeada a lo que hay debajo.

Mientras estaba sentado charlando en Duy Xuyen con los hombres de carne y hueso que habían sido las abstracciones que yo me esforzaba en matar, sabía que también esos hombres que me rodeaban habían pensado en mí y en mis camaradas como abstracciones; que tal vez habían mutilado cadáveres de norteamericanos. ¿Les recordaba yo algunas cosas terribles que habían hecho y de las que nunca habían vuelto a hablar?

¿Qué pensaban, al verme allí?

LA RUTA DE LA COLINA 10

En mi tercer día en Da Nang, las inundaciones habían descendido lo suficiente para que pudiéramos viajar por carretera en dirección a la colina 10, la base de mi antiguo batallón. Cruzamos el río Tuy Loan por el puente Cobb y detuvimos el coche en la otra orilla. Al sol se secaban batatas y mandioca. Sobre la carretera habían cruzado tallos de caña de azúcar, a fin de que el tráfico los aplastase. En el aire había un olor dulce como el del almíbar.

Caminé hacia el puente. Era nuevo; el Vietcong había volado el anterior en 1974. En la orilla norte, en el lugar en que habían estado nuestras casamatas, ahora se elevaba un horno de ladrillos. En la orilla sur, donde estaba situado mi puesto de mando, dos hombres sentados bajo un tejadillo aserraban pacientemente troncos. Al otro lado de la carretera, en el lugar en que habíamos instalado nuestro cañón del 106 sin retroceso, había un pequeño tenderete de venta de té, cigarrillos y bebidas. Todo había cambiado, hasta el punto de que por un momento creí haberme equivocado de lugar. Pero la curva del río era tal como yo la recordaba, y también las montañas en la distancia.

Busqué el arrozal familiar, la línea de árboles y, detrás de ella, la colina con el viejo fuerte francés en su cima. En el mapa de mi memoria están vívidamente impresos y son inmensos, ocupan una amplia extensión, a un día de marcha el uno del otro. Pero para mi sorpresa el fuerte francés se alzaba en primer plano, a no más de dos o tres kilómetros. Vietnam era mucho más pequeño, todo estaba mucho más próximo de lo que yo recordaba. Cuando yo combatía aquí, Da Nang quedaba tan lejos como otro mundo; hoy, el viaje en coche había durado quince minutos. El viejo fuerte francés me parecía estar a muchos kilómetros del río; ahora veía claramente que bastaba para llegar a él un corto paseo, cruzando los arrozales y siguiendo la línea de árboles.

Pero también me di cuenta de por qué me había parecido tan lejano. El arrozal significaba trampas y minas y ser sorprendido al descubierto, y en la línea de árboles nos aguardaban las emboscadas y la muerte. Sólo unas pulgadas deciden quién vive en la guerra y quién muere: al caminar siguiendo la acequia de un arrozal, puedes pasar sobre una mina que mata al hombre que te seguía. Y cuando unas pulgadas lo son todo, la medida de las distancias escapa a todo cálculo. Entonces había medido con la vara del miedo. Ahora la misma escena era un pequeño y apacible paisaje asiático, un bonito lugar para un picnic. Entonces había contenido todo mi mundo; ahora sólo era una acuarela china con un río, arrozales y colinas, a la sombra de las montañas: simplemente un lugar más de Vietnam.

Hien, el antiguo comandante de una compañía del Vietcong que había luchado aquí contra los marines, fumaba un cigarrillo recostado en un pacífico carabao y charlaba con el niño que lo montaba. Yo me acerqué a un viejo que bebía té en el tenderete de la carretera.

«Los norteamericanos tenían una posición aquí —me dijo señalando el puente—. Los atacábamos continuamente.» Yo lo recordaba bien, por más que «continuamente» resultara un tanto hiperbólico.

«Los norteamericanos pasaban todo el tiempo destruyendo nuestros campos y nuestros poblados y profanando las tumbas de los nuestros. El poblado vecino al río quedó muy destruido», dijo.

Eso ya no lo recordaba yo. Pero en Vietnam las leyendas de la guerra son ahora hechos fidedignos, y la historia está al servicio del Estado.

Cerca de la cima de la colina habían cavado una zanja cruzando la carretera. Salí del coche, crucé la zanja y caminé hasta la cima. No había allí círculos de alambradas de espino que impidieran el paso, ni minas, ni puertas, ni casamatas, ni jeeps, ni edificios, ni armas, ni ruidos, ni gente. En el lugar en que había estado la base sólo había un campo removido de barro rojo. No estoy seguro de lo que había esperado, pero no era ese espacio vacío y ese silencio.

> A fin de cuentas no tuvo que atacarla. Le bastó sencillamente sobrevivir hasta que nos marchamos, y entonces el país fue suyo.

Paseé por la cumbre de la colina y pude recordar perfectamente dónde habíamos vivido y trabajado todos, dónde había ocurrido cada cosa en aquel pequeño mundo. Me detuve en el lugar en que estuvo el puesto de mando, en donde había cantado la banda de filipinos, donde instalamos el economato y el club de oficiales, en las duchas y los comedores que nos habían dado la bienvenida de vuelta de la jungla y permitido disfrutar de los lujos de la civilización.

Hien, el hombre para matar al cual habíamos construido todas nuestras bases, se acercó silenciosamente y se sentó a mi lado mientras yo miraba fijamente las montañas. Mi preocupación por el pasado le divertía; él tenía ahora otro tipo de problemas. Con un bastón, dibujó en el barro diagramas sobre cómo podía haber atacado su compañía la colina 10. Yo le observaba con interés, pero no había gran cosa que comentar sobre el tema. Al fin de cuentas no tuvo que atacarla. Le bastó sencillamente sobrevivir hasta que nos marchamos, y entonces el país fue suyo.

Al día siguiente, mientras esperaba en el aeropuerto el embarque en el avión de Saigón, le pregunté a Hien cómo se sintió al regresar victorioso después de tantos años en la jungla.

Miró hacia las montañas que se alzaban lejos de los arrozales, hacia los lugares en los que había vivido y combatido durante tanto tiempo.

«Sentí simplemente alegría —dijo—. Alegría y felicidad. Vi cómo se desintegraba el gobierno títere y me puse a pasear por las calles, feliz. Ninguno de nosotros creía que la guerra duraría tanto tiempo.»

Hizo una pausa; sus largas pestañas le ocultaban los ojos, y las manos descansaban en su regazo. «De ustedes fue la culpa. De vuestra obstinación y de vuestro poderío. Hubiéramos ganado años antes, y sin toda aquella carnicería.»

Como siempre, éramos los norteamericanos los que nos oponíamos al sentido de la historia, y los que teníamos la opción de prolongar la guerra o terminarla. No tenía sentido contestarle que también ellos podían haber parado la guerra en cualquier momento. La idea del abandono les era sencillamente inconcebible; habrían seguido luchando cinco, diez, veinte años más: todo lo que hubiera sido necesario.

Hien me preguntó si el aeropuerto había cambiado mucho desde la última vez que había estado aquí.

«Está mucho más solitario —le dije—. Y es vuestro.»

ARRIBA: *No se sabe si estos restos de la guerra se han dejado psicológicamente* in situ *para recordar en todos los hogares la lucha por la madre patria, o para satisfacer la nostalgia del número siempre creciente de veteranos norteamericanos que regresan.* DERECHA: *Un monumento decapitado, dedicado a los muertos del Ejército del régimen anterior, erigido en una base cercana a An Loc, después de la ofensiva de 1972.*

Capítulo 4

LAS VIEJAS PESADILLAS REGRESAN

EL MISMO SAIGÓN

Saigón representa un desafío directo a la ideología y a la moralidad de los comunistas. Es el símbolo de todo lo que consideran la corrupción, la inmoralidad y el consumismo de Occidente: además de constituir el último reducto de los oponentes del nuevo régimen. Sin embargo, los comunistas necesitan Saigón casi tan desesperadamente como lo odian y lo temen. Incluso ellos reconocen que debajo del exterior «antisocial» de Saigón, se asientan las instituciones económicas más eficientes y prósperas del país. El dilema es similar al de un clérigo fundamentalista que se hubiera instalado en Las Vegas con la intención de reformar la ciudad, y al mismo tiempo se viera obligado a vivir de las ganancias del juego.

Entrar en Saigón desde Vietnam del Norte es como viajar de Moscú a Los Angeles. Es un lugar populoso, bronco, variopinto, en sus calles hay un continuo hormigueo, más discreto ahora, por supuesto, pero su energía básica dista mucho de haber desaparecido. Todo está en venta. absolutamente todo. A cinco manzanas de mi hotel me ofrecieron Budas robados en Camboya, antigüedades chinas, joyas de oro, sexo con prostitutas hembras o varones, heroína, y una colección de sellos (que compré). Me pidieron que cambiara dinero, comprara cigarrillos, me hiciera limpiar los zapatos, vendiera mi cámara fotográfica. Vi mercadillos en los que se ofrecía de todo, desde artículos de plata de la US Navy hasta armas norteamericanas y las más modernas cámaras y cassettes estéreo

> Tan oscuro que no podías ni siquiera ver tu mesa... pero debajo de cada mesa había una mujer, y cuando te sentabas, empezaba inmediatamente su trabajo.

La tienda del hotel Majestic vende toda clase de licores, a excepción de las marcas rusas, que sólo se consiguen en Hanoi. Se venden abiertamente cigarrillos extranjeros. Pero lo más impresionante es que todo funciona. Los empleados del hotel hablan un buen inglés. El ascensor sube y baja. En el cuarto de baño podía disponer de agua fría y caliente. Mi acondicionador de aire —norteamericano, no ruso— me obligó a añadir una manta En el restaurante de la terraza los camareros todavía visten los pantalones negros. chaquetillas blancas y pajarita negra de la época francesa El zumo de naranja matinal estaba recién exprimido, los croissants recién salidos del horno, el café ardiendo y aromático.

Y luego está la cuestión del nuevo nombre: Ciudad Ho Chi Minh. El dar nuevos nombres a las cosas es la esencia de la conquista. los comunistas no sólo tomaron la ciudad, también borraron su recuerdo. Hoteles, calles, señalizaciones, todo tiene un nombre nuevo, y algunos. un nuevo uso. El hotel Continental Palace de Graham Greene es actualmente un local del Partido Comunista, cerrado al público. Mimi's Bar, como todos los bares de la calle Tu Do, ha desaparecido, y en su lugar se levanta una de tantas tiendas de antigüedades. El club de oficiales de las Fuerzas Aéreas vietnamitas era uno de los mejores ejemplos de la corrupción de la época bélica. Estaba tan oscuro que no podías ni siquiera ver tu mesa, y tan frío que inmediatamente empezabas a tiritar. Pero luego descubrías que debajo de cada mesa había una mujer, y cuando te sentabas. empezaba inmediatamente su trabajo Ha desaparecido, y buen viaje. Soul Alley, donde camboyanas de piel oscura y mestizas hijas de los soldados africanos de la guerra francesa abastecían a los negros norteamericanos, es hoy un barrio residencial.

> Parecía que nada hubiera cambiado; como si los últimos quince años fueran un sueño y yo viera suceder todo de nuevo.

La embajada norteamericana es hoy la sede de la agencia gubernamental del petróleo. El Cercle Sportif se ha convertido en un club recreativo para trabajadores El hotel Majestic se llama Cuu Long. la calle Tu Do (Libertad) ha pasado a ser la calle Dong Khoi (Sublevación), etcétera. Siguen empleándose los viejos nombres, e incluso la calle Tu Do se conoce preferentemente por su nombre francés. Rue Catinat. Hasta que hablé

con un alto funcionario, prácticamente nunca oí el nombre de Ciudad Ho Chi Minh. Ciertamente, el nombre constaba en todos mis documentos, y si yo decía Ciudad Ho Chi Minh todo el mundo me entendía; pero la ciudad sigue siendo Saigón.

El viejo Caravelle sigue siendo un hotel, y al salir al vestíbulo desde el ascensor, mi primera tarde en Saigón, me vi sorprendido por un extraordinario espectáculo: un coche norteamericano se había detenido ante el hotel y cuatro oficiales de las Fuerzas Aéreas estadounidenses, vestidos con monos verdes, salieron de él y pasaron con un característico balanceo ante los dos policías militares norteamericanos que guardaban la entrada. Fueron acogidos por una joven y hermosa vietnamita en minifalda que tomó del brazo a uno de los norteamericanos que entraban. Parecía que nada hubiera cambiado; como si los últimos quince años fueran un sueño y yo viera suceder todo de nuevo. Me quedé mirándolos fijamente, con la boca abierta

Y entonces vi las cámaras. Estaban rodando una película sobre un «heroico» ataque a los norteamericanos del Caravelle durante la guerra. Los oficiales de las Fuerzas Aéreas y los policías militares eran soviéticos con uniformes estadounidenses.

BOTES EN EL RÍO MEKONG

Al día siguiente fuimos a Ben Tre, una ciudad ribereña del Mekong donde en 1959 se produjo la primera sublevación del Vietcong contra el gobierno de Vietnam del Sur. Ya había estado en Tan Trao, en el Norte, donde empezó la guerra contra los franceses. En Ben Tre dio comienzo la guerra contra los norteamericanos.

Cuando los vietcong atacaron Ben Tre en el curso de la ofensiva del Tet de 1968, los reactores y la artillería estadounidenses arrasaron virtualmente la ciudad para expulsarlos de allí. De los bloques de viviendas alineados a lo largo de los canales, ni uno solo quedó en pie. Un comandante norteamericano que comentaba la destrucción, acuñó una de las frases más famosas de la guerra: «Ha sido necesario destruir la ciudad —dijo— para poder salvarla »

Después de recoger a algunos oficiales provinciales que debían servirnos de guías, nos dirigimos a una barcaza amarrada a la orilla del río. De la barcaza pasamos a una pequeña canoa con un minúsculo motor de cortar el césped que empezó a funcionar con un *pat-pat-pat* y nos llevó río abajo. Pasamos delante del casco de una lancha patrullera norteamericana. Dominando el ruido del motor, uno de los oficiales me describió las emboscadas que tendían a lo largo del río.

«Minábamos las orillas y cavábamos trincheras en la arena —me dijo—. Normalmente utilizábamos dos cohetes B-40, uno para cada punta de la lancha, y una ametralladora para barrer la cubierta. Instalábamos un puesto de observación en un cocotero para vigilar la llegada del enemigo, y nos tendíamos en el barro a esperar. A veces esperábamos una semana, y no venía ninguna lancha. El enemigo nos bombardeaba, y la lluvia nos empapaba. La piel se nos arrugaba como el cuero viejo Todavía huelo a barro. Pero cuando por fin llegaba la lancha enemiga, disparábamos los cohetes y la ametralladora con una intensa alegría Cuando la lancha se incendiaba y se hundía, sentía una felicidad incomparable.»

> Intenté imaginar que estaba en una lancha patrullera mirando fijamente los botes de la orilla, para descubrir la emboscada antes de convertirme en su víctima.

Mientras seguíamos nuestro lento viaje río abajo, recordé que mis compañeros y yo éramos el «enemigo» de que hablaba, y cuyas muertes habían proporcionado a mi acompañante tanta «felicidad». Intenté imaginar que estaba en una lancha patrullera mirando fijamente los botes de la orilla, para descubrir la emboscada antes de convertirme en su víctima. Pero la vegetación era tan espesa y la orilla tan oscura, que incluso a pocos metros no conseguía ver nada.

El calor del río era sofocante. Al cabo de media hora nos

IZQUIERDA: *En el río Cuu Long, poco más abajo de Ben Tre, la ciudad que hubo que arrasar para salvarla durante la ofensiva del Tet, asoma la resplandeciente estructura de un lanchón fluvial hundido en una emboscada.*

acercamos a la orilla y atracamos junto a un bosquecillo de cocoteros. Apareció un anciano mestizo de la época francesa, con una perilla a lo Ho Chi Minh y ojos redondos y brillantes. Rompió algunos cocos y mis compañeros extrajeron la pulpa con sus cuchillos. Empezó a lloviznar suavemente. Aguardamos al abrigo de los cocoteros, comiendo la pulpa y bebiendo la leche clara en la misma cáscara del coco.

«Piense —me dijo uno de mis guías— que hace diez años todo esto era un desierto regado de Agente Naranja. Y ahora estamos aquí comiendo cocos.»

De repente no me sentí muy seguro de estar disfrutando de mi coco. El día anterior había visitado el hospital Tu Du en Saigón para hablar del Agente Naranja. Si nuestros soldados habían enfermado por entrar casualmente en contacto con el pesticida, ¿cómo habría afectado a los vietnamitas obligados a vivir con él? En Hanoi pasé una tarde en el hospital germano-oriental hablando con el doctor Ton Duc Lang, que es actualmente el mayor experto vietnamita en el problema. Me enseñó fotografías de fetos deformados nacidos de mujeres cuyos maridos habían estado en áreas contaminadas. Los médicos habían realizado algunos estudios estadísticos rudimentarios y descubierto que los casos de cáncer de hígado y de malformaciones importantes en recién nacidos habían crecido muy por encima de la media. Era una forma de presentar el tema muy tranquila, muy organizada.

> Has de seguir esta ideología, no porque es el único modo de liberar el país, sino porque nosotros lo decimos.

En Saigón, no vi fotografías de deformidades. En el hospital Tu Du, me llevaron a una de las principales atracciones de la visita turística a Saigón, una habitación repleta de frascos desde el suelo hasta el techo. En cada frasco había un feto grotescamente deforme, gemelos siameses unidos de todas las maneras concebibles, fetos con un solo ojo enorme como el de un cíclope, gemelos parásitos con un niño que salía del pecho del otro, fetos con cabezas como de buitre, y frascos que contenían una masa informe de carne de la que sobresalía un brazo o una pierna. Mi guía, la doctora Nguyen Thi Ngoc Phuong, insistió en que la incidencia de este tipo de problemas era singularmente alta.

«Los gemelos siameses, por ejemplo —me dijo— Solamente en este hospital, hemos tenido trece casos en los últimos 15.000 partos, y cuatro en los últimos seis meses.»

Caminé de cama en cama por las salas del piso superior, y vi a muchachas jóvenes —menores de veinte años o entre los veinte y los treinta— aquejadas de coriocarcinoma, un tipo de cáncer de los órganos reproductivos que se presenta normalmente después de la menopausia. Todas ellas procedían de áreas fuertemente contaminadas por el Agente Naranja. En la sala de maternidad saludé al director del hospital. Le pregunté por los casos de coriocarcinoma.

Movió lentamente a uno y otro lado la cabeza, y dijo. «Demasiado jóvenes, son demasiado jóvenes para tener eso.»

Todavía, hasta el momento, no hay pruebas sólidas de que esos problemas se deban al Agente Naranja. Tan sólo existe una correlación estadística, fríamente medida, que puede ser válida o no.

«Intenten culpar de esas cosas al Agente Naranja —me dijo un médico norteamericano que simpatiza con los vietnamitas—. El coriocarcinoma tiene una incidencia más alta entre *todas* las mujeres asiáticas, y no sólo las vietnamitas. Hasta ahora hay anécdotas, pero no evidencia.»

Durante mi viaje por el Sur pasé por muchas zonas que habían sido intensamente regadas durante la guerra. En la provincia de Quang Nam no pude apreciar ninguna secuela; todo parecía crecer de nuevo con normalidad. Mientras comíamos cocos en Ben Tre, mis huéspedes no parecían alarmados ni ofendidos; estaban orgullosos de los nuevos cocoteros y de sus frutos. Pero recordé a las mujeres del hospital Tu Du y a los veteranos norteamericanos que conocía con lesiones dérmicas y que habían tenido hijos con malformaciones de nacimiento, y la leche del coco no me pareció tan dulce como antes.

★ ★ ★

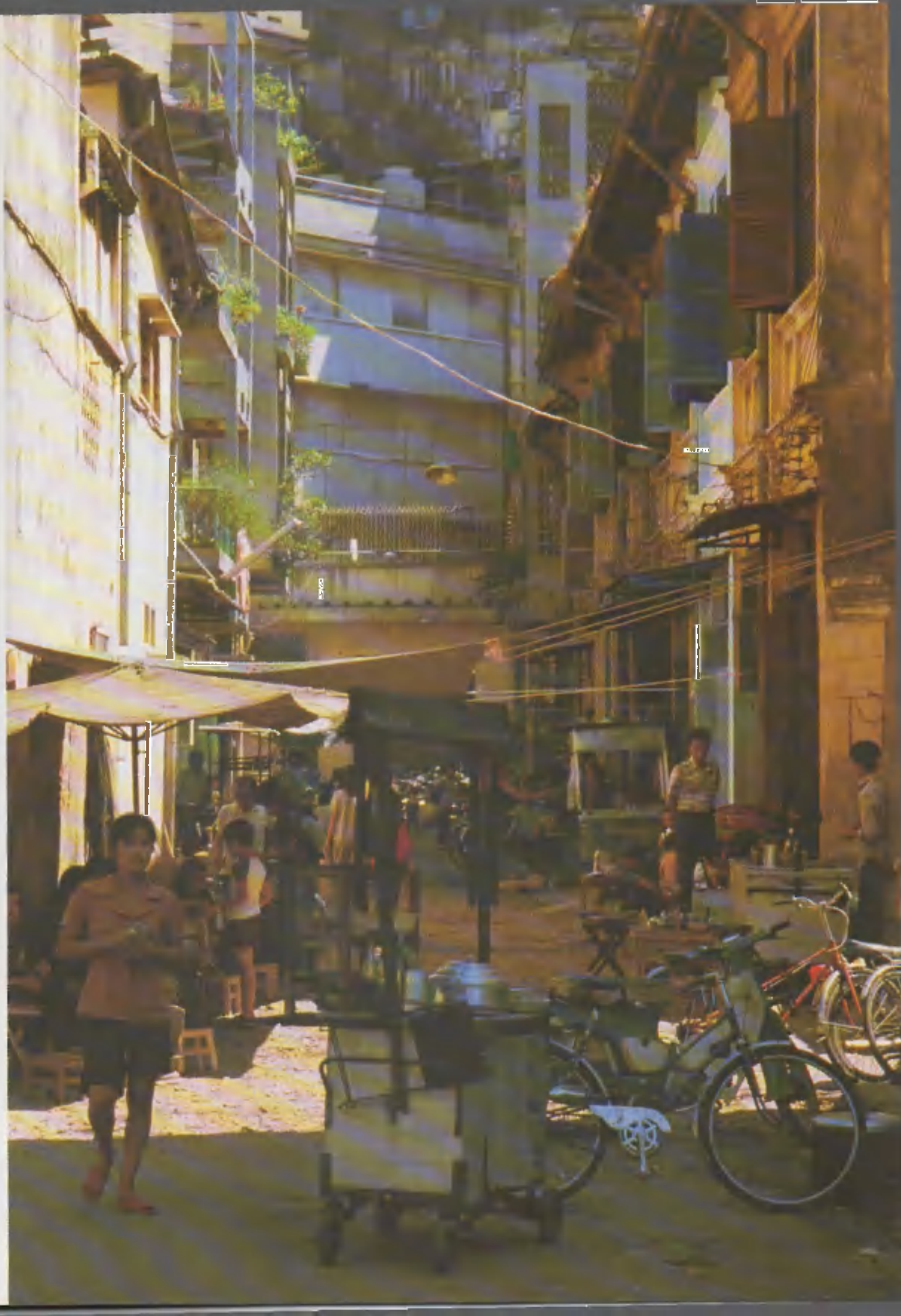
Cuando finalmente regresamos a Ben Tre, la barcaza estaba abarrotada de centenares de personas que esperaban un discurso. El orador se abanicaba con sus papeles, y gran parte de su auditorio se entretenía mirando el río por las ventanas. El tema del discurso era el motivo de discusión universal en Vietnam: la Resolución Sexta. La Resolución Sexta intentaba introducir medidas de planificación y de iniciativa local en la economía: no llegaba al extremo de las experiencias de Hungría y, más recientemente, de China; pero dentro del estilo soviético de economía centralizada imperante en Vietnam, significaba un cambio importante de dirección.

Uno de mis huéspedes había estado dos veces en Hanoi para ser aleccionado sobre las implicaciones de la Resolución Sexta. Los diez mil miembros del Partido Comunista en la provincia de Ben Tre habían seguido cursillos sobre el tema, del mismo modo que todos los trabajadores y cuadros del partido y aproximadamente el 80 por ciento de los trabajadores comunes, incluidos los que acababa de ver en la barcaza. Me pareció profundamente irónico que un programa dirigido a suscitar iniciativas hubiera de repetirse de forma tan machacona para que entrara en las cabezas de todo el mundo. Me aseguraron que esa educación era vital para que todo el país pudiera avanzar, como un solo hombre, por la vía de la iniciativa local.

Al menos mis huéspedes de Ben Tre parecían complacidos ante la idea de dirigir sus propios pequeños negocios y gestionar sus intercambios en moneda extranjera. (Y no es raro, porque esos intercambios locales en moneda extranjera se han convertido en una parte muy lucrativa del mercado negro.) Leí numerosos informes en *Nhan Dan*, el periódico del partido, sobre los éxitos del nuevo programa. Había un testimonio tras otro de entusiasmados funcionarios del partido que explicaban cómo habían «acumulado capital», y cómo una «inversión» podía «rentabilizarse en 14 meses»

Al contrario que algunos países del este de Europa, donde pueden adquirirse publicaciones occidentales, en Vietnam sólo existe la prensa oficial. Pero *Nhan Dan* publica periódicamente

DERECHA: *La hora de la siesta se tiñe de una luminosidad soñolienta en esta vista de un patio interior de Ciudad Ho Chi Minh, aún llamada Saigón, y en la que continúan impertérritos los mismos cambalaches, las mismas ofertas y regateos.*
PÁGINAS SIGUIENTES: *Los pájaros de la guerra, con el tren de aterrizaje bajado ya para siempre, posados e inmóviles en sus antiguos lugares de estacionamiento en la base aérea de Ton Son Nhut.*



historias de horror sobre corrupción y malversación, abusos sobre los campesinos y el pueblo, fallos del gobierno y del partido. Su visión de Vietnam es obtusa y realista, y no trata a los veteranos del partido con mayores miramientos que a los nuevos cuadros. Los casos que analizan los problemas del establecimiento de cooperativas y empresas colectivas contienen discusiones abiertas sobre la oposición de los campesinos y los fallos cometidos por la dirección. En un informe, el director de una cooperativa, un antiguo guerrillero, era durísimamente criticado por los campesinos por su comportamiento arrogante y su personalismo en la gestión económica. También se recogen anécdotas de recaudadores de impuestos excesivamente celosos que se apoderaban de propiedades personales, de miembros del partido que pasaban joyas de contrabando, y de sobornos para conseguir empleos, licencias o apartamentos.

Dos temas subyacían a todos esos informes. El primero, que el poder de la administración central dista mucho de ser absoluto. Un viceministro me lo confirmó en Hanoi, con palabras que sonaban exactamente igual que las quejas de los norteamericanos cuando explicábamos la dificultad de conseguir que se hiciera cualquier cosa en Vietnam.

«El viejo dicho de que el poder del emperador se detiene a las puertas de la ciudad sigue siendo cierto —me dijo—. Incluso en los niveles provinciales, hacen exactamente lo que quieren. Los telegramas se extravían, las órdenes se 'malinterpretan'. En la mayoría de los casos, no podemos dar las órdenes y esperar simplemente que se cumplan. Hemos de persuadir. Y eso es todavía más cierto en el nivel de los poblados y las cooperativas. No podemos exigir obediencia; hemos de merecerla.»

El segundo tema es el hecho de que la transformación del Sur en el modelo socialista del Norte ha resultado mucho más difícil de lo que el régimen esperaba. Han pasado diez años desde la «Liberación» y todavía Norte y Sur podrían ser muy bien dos países distintos. «El Politburó cree que, del modo como se están poniendo las cosas en el Sur, la transformación ha de hacerse ahora o nunca», comentaba un anciano diplomático occidental. «Y han decidido que sea nunca.»

En Vietnam, la ideología siempre se ha colado por la puerta trasera. «Impulsamos al pueblo a luchar por patriotismo —me había dicho Xuan Oanh en Hanoi—. Luego, cuando conseguimos su obediencia, pudimos convencerlos de nuestra ideología.»

Esa estrategia funcionó contra los franceses, y volvió a funcionar contra los norteamericanos. Las metas fijadas eran trascendentales: expulsar a los invasores, reunificar el país. Si la ideología comunista era el precio que había que pagar por ello —y si en ese proceso había que eliminar a los propietarios de la tierra—, el pueblo estaba dispuesto a pagarlo. Pero ya no hay más batallas épicas que ganar por la independencia y la libertad. Ahora el único incentivo lo proporciona la autoridad del partido: has de seguir esta ideología, no porque es el único modo de liberar el país, sino porque nosotros lo decimos.

«Después de la guerra —me dijeron—, esperábamos que continuara el mismo espíritu de sacrificio y patriotismo. Esperábamos que se extendiera al Sur. Sobreestimamos el fervor. Fue un grave error.»

Después de organizar a toda la sociedad para expulsar a los invasores y reunificar el país, la dirección parece incapaz de unir a todo el mundo para vivir una vida normal y mejorar la suerte común. Parte del problema estriba en la pesada herencia de una de las guerras más largas y destructoras de la historia. Pero el

mayor obstáculo para movilizar un país naturalmente industrioso y emprendedor ha sido una ideología marxista-leninista gastada y desacreditada, cuya principal virtud reside en sus métodos de control social, y que tiene muy poco que ofrecer a un país deseoso de crear una economía moderna.

La propia dirección del partido ha empezado a rectificar su concepción de la economía basada en la planificación estatal centralizada. Ahora se habla de una triple incentivación: para el Estado, para la colectividad y para el individuo, pero casi toda la atención se centra en las dos últimas. Los dirigentes más pragmáticos han descubierto que el deseo de mejorar la posición personal —el vicio capitalista del aumento de la capacidad adquisitiva— es una motivación mucho más eficaz para el trabajo intenso y el crecimiento económico que las exhortaciones al bien social. Existe una evidencia innegable: las comarcas rurales son mucho más prósperas que las ciudades, porque se ha dado a los campesinos mayores oportunidades de producir para sí mismos, y en el Sur se vive mejor que en el Norte, porque en el Sur perdura todavía el deseo de crear riqueza.

El relajamiento de las ataduras económicas con el fin de permitir a los individuos producir más, ha supuesto inevitablemente un relajamiento paralelo de los lazos sociales. Para el visitante ocasional, Vietnam del Norte parece casi un estado religioso. La moralidad pública lo invade todo e impone las normas de comportamiento; los individuos deben sacrificarse por el bien social. El mecanismo por el que se impone esa moralidad resulta invisible. Con la excepción de Saigón, en las ciudades se ven pocos policías, y casi nunca van armados. En los pobla-

ARRIBA: *Resulta extraño salir del hotel y tropezarse con un equipo de cineastas soviéticos dispuestos a recrear una escena de una ramboesca historia relacionada con drogas y ambientada en el año 68, teóricamente en Hong Kong.*

dos nunca vi a un policía ni a un soldado. Y aunque existe una red de informadores que se extiende hasta el último rincón, el comportamiento social no parece impuesto desde fuera, sino asumido internamente. Pero incluso en el Norte, la idea de que la sociedad es mucho más importante que el individuo ha dejado de funcionar como un mecanismo automático.

> Empecé a creer que el político norteamericano con el que se encontrarían más cómodos es Ronald Reagan.

Vietnam es hoy una sociedad acostumbrada a los sacrificios, pero que ha llegado al límite de su capacidad de sufrimiento. Para que los sacrificios sirvan de algo, el país debe crecer económicamente, y el crecimiento económico significa abrir las puertas a todos los efectos sociales occidentales que los viejos dirigentes del partido temen como la peor de las amenazas. Son puritanos, de una suspicacia incómoda tanto en sus discursos como en su forma de vestir. Están profundamente preocupados por la influencia corruptora de la «adictiva» música occidental. Detestan las drogas. Creen en el patriotismo y en las virtudes familiares. Quieren acabar con el crimen, y no tienen problema en mantener vigente la pena de muerte. Ven el servicio militar como la gloria que corona la relación del individuo con el Estado, y opinan que quienes dirigen el país, desde la escuela hasta lo más alto, merecen el respeto de todos y un amplio margen de confianza en cuanto al modo de desempeñar sus responsabilidades.

Al oír a algunos vietnamitas ensalzar esos valores una y otra vez, empecé a creer que el político norteamericano con el que se encontrarían más cómodos es Ronald Reagan. Como él, sienten una nostalgia irreprimible por un pasado más sencillo, en el que valía el todos para uno y uno para todos, y las complicaciones y tentaciones de la vida moderna no desviaban a sus compatriotas de los valores fundamentales.

En Vietnam, el contrato social real se establece, sin embargo, en el terreno de la moralidad, no en la economía. Los vietnamitas son, en el mejor de los casos, marxistas aficionados; por ello, los modernizadores como Le Duan están ganando la partida. Pero los puristas observan y esperan; en ocasiones me ha parecido oírles murmurar: «¿Para esto hicimos la guerra?»

BAILANDO EN LA OSCURIDAD

Una reliquia del viejo Saigón, tolerada todavía por el gobierno, es el night-club Rex. Durante la guerra fue uno de los centros más elegantes del corrompido Saigón. Allí todo estaba en venta, desde mujeres hasta influencias, pero los precios más bajos correspondían a mercancías tan devaluadas como el honor, el patriotismo o el sacrificio.

> «No había forma de tragar la hiel de nuestras bocas ni de disipar la niebla que invadía nuestros corazones... Habíamos sido llana y sencillamente vendidos.»

Tan sólo tres meses después de la caída de Saigón, los dirigentes del Gobierno Revolucionario Provisional del Vietcong, que durante años habían vivido en la jungla, bajo los ataques de los B-52 y la constante amenaza de la captura y la muerte, se reunieron en el Rex. Debería haber sido un acontecimiento feliz, pero no lo fue. Durante los largos años de guerra, sufriendo la separación y las privaciones, los vietcong habían luchado por su propio país. Pero debido al enorme poderío de los norteamericanos, la dulce victoria final llegó a bordo de los carros de combate norvietnamitas, y el Ejército de Vietnam del Norte los escoltó hasta Saigón. En el desfile de la victoria de mayo, las divisiones del Vietcong, que habían combatido con tanta dureza contra los norteamericanos, fueron disueltas y no se les permitió desfilar juntas.

La reunión del Vietcong en el Rex en julio de 1975 fue un funeral: el despertar de los sueños y las ilusiones de los patriotas que no eran doctrinarios comunistas. Truong Nhu Tang, el ministro de Justicia del Vietcong, estuvo allí, y describió así la escena: «Comimos sin gusto, y oímos sin escucharla la música re-

TENNIS

volucionaria que tocaba alguna triste charanga... Incluso tuvimos fuerzas para entonar viejas canciones de la guerra. Pero no había forma de tragar la hiel de nuestras bocas ni de disipar la niebla que invadía nuestros corazones. Sabíamos finalmente que habíamos sido llana y sencillamente vendidos.»

Los vietcong no fueron los últimos artículos vendidos en el Rex. Aún siguen haciéndose negocios. Subí en el ascensor con dos soviéticos muy ocupados en repeinarse, arreglarse el cuello de la camisa y repasarse recíprocamente el buen estado de la ropa El Rex es un night-club clásico, oscuro, con discretos camareros que susurran «¿Quiere usted una 'taxi girl', señor?», después de tomar nota de las bebidas. Una mujer llamada Cam Van cantaba canciones típicas de las salas de los casinos de Las Vegas, en una perfecta imitación de Linda Ronstadt. Las mujeres iban vestidas a la moda, eran cariñosas y hablaban bien el inglés; incluso eran buenas bailarinas

«Muchos hombres se han enamorado aquí», me dijo el norteamericano que me acompañaba. Oficialmente, todo es casto, todas las chicas vuelven solas a su casa. Pero varios hombres me dijeron que podían concertarse citas privadas; como ocurre con casi todo lo demás en Saigón, aquí cualquier cosa es posible. Solicité un baile a una de las mujeres La primera cosa que me dijo fue: «¿Puede ayudarme a ir a América?»

En todo Vietnam del Norte, e incluso en Da Nang y Hué, me pareció encontrarme ante una cultura estable, llena de problemas y preocupada por el futuro, pero comprometida con él En mis paseos por Da Nang encontré a unas pocas personas que me pidieron que las ayudara a escapar. Pero Saigón..., bien, como siempre, Saigón era algo totalmente diferente. Saigón tenía los sentimientos de una ciudad ocupada. Todo el mundo me susurraba quejas: sobre el gobierno, sobre la policía, sobre lo mal que van las cosas, y la mayor parte de las veces, sobre cuánto deseaban marcharse. Hasta la mujer y los hijos del coordinador de la prensa gubernamental en Saigón viven en Los Ángeles.

«A veces pienso que todo lo que hace la gente de aquí son planes para marcharse», me dijo un visitante europeo procedente de Hanoi, mientras desayunábamos.

«Nuestra tarea es despachar dossiers. Es un problema técnico... A eso ha venido a parar todo, la guerra entera. Únicamente a despachar dossiers.»

Robert Minnich, un norteamericano que entrevista a los solicitantes de visados de entrada, vino a verme al hotel y hablamos de la desesperación con que la gente quiere marchar. «Lo peor son los niños amerasiáticos. Su cara es como un billete de salida. Hemos visto cómo los secuestraban, los compraban y vendían Puede encontrar a una mujer de 25 años que declara ser madre de un chico de 17. Y luego el mismo chico vuelve con una abuela de 75 que afirma que todo fue un error y la madre es ella.»

Conocí a personas con muchos méritos para conseguir visados de salida, pero que no querían marchar Una enfermera mestiza de una de las Nuevas Zonas Económicas señaladas para la recuperación productiva de terrenos pantanosos, arrugó el ceño y me contestó simplemente: «Soy vietnamita. Este es mi hogar.» Encontré a un antiguo guardián de una prisión, que tenía buenas perspectivas de obtener un visado, pero decidió quedarse porque, según explicó, «quiero rectificar mis errores ayudando a reconstruir mi país.» Miré a mi alrededor la modesta cabaña y el pedazo estéril de cenagal salino que constituían sus medios de vida, y le pregunté qué haría si le proporcionaba un billete de avión para California hoy mismo.

«¿Hoy?», me preguntó con una sonrisa iluminándole la cara.

La doctora Phuong, mi guía en el hospital Tu Du, es la vietnamita más famosa que podría marchar y no lo hace. Su marido vive en París y ha intentado repetidas veces convencerla de que se reúna con él. Su negativa, transformada en una película propagandística, la ha convertido en una heroína nacional.

«Aquí me necesitan —me dijo—. Este pueblo es mi familia. Podría hacer muchas cosas en París, y llevar una vida agradable, pero eso no es lo más importante, ¿no es así?»

Contra esas evidencias anecdóticas se sitúa el hecho de que más de un millón de vietnamitas han huido de su país después de la caída de Saigón, y otro millón tiene abierto un dossier de solicitud para salir legalmente del país. Cuando se extendió por Saigón la noticia de que yo era norteamericano, me convertí en un buzón de correos andante. Allá donde iba, la gente colocaba cartas en mis manos, en mi bolso de mano, en mis bolsillos. Su desesperación era auténtica: querían salir, y pedían ayuda para conseguirlo. Eran cartas a parientes, a congresistas, al presidente Reagan, pero sobre todo eran cartas al que tal vez sea el norteamericano más famoso en Vietnam del Sur: Don Colin. Su nombre estaba en los labios de los tenderos de Da Nang, de los empleados de hotel de Hué, y prácticamente de todas las personas a las que vi en Saigón, desde cocineros y ciclistas hasta enfermeras y vendedores de antigüedades.

Como resultaba que yo conocía a Don Colin, la atracción que despertaba se hizo aún mucho mayor. Don Colin era el administrador del Orderly Departure Program (Programa de Salidas Ordenadas), establecido en 1979 para detener la marea de botes abarrotados de vietnamitas y de refugiados desesperados que morían a millares en el Mar de la China Meridional y a manos de los piratas thais. La ODP es oficialmente un programa del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, pero las naciones que constituyen los puntos de destino más comunes —Estados Unidos, Canadá, Francia y Australia— gestionan sus propios programas.

La oficina de la ODP está situada en una avenida próxima al complejo USIS en Bangkok, a unos tres kilómetros de la embajada estadounidense. Una vez traspasado su umbral, el visitante ve... dossiers. Cientos de archivadores se aprietan en filas y filas, hasta llenar una enorme sala. Encima de los archivadores se acumulan montones de dossiers; los dossiers invaden todos los huecos y abarrotan las mesas de trabajo de los serenos oficinistas thais. En setiembre de 1984 ascendían al número de 125.000, lo que representaba más de 500.000 personas que querían dejar Vietnam. Y cada semana llegan 2.000 nuevas cartas, en apoyo de peticiones anteriores o con casos nuevos: todas ellas dirigidas a Don Colin.

El gobierno vietnamita ha sido un eslabón decisivo en la realización del programa de trabajo. Deseoso de borrar la imagen de los botes de fugitivos, ha dado curso a decenas de miles de visados de salida para ciudadanos vietnamitas con familiares en el extranjero o para niños amerasiáticos Pero el problema surge

IZQUIERDA: *Una joven vietnamita: también ella, como muchas de sus coetáneas, sigue en el vestir la moda occidental.*

cuando los visados de salida concedidos no concuerdan con los visados de entrada que aprobamos nosotros: cosa que suele ocurrir. Existen grados muy diversos de cooperación con el programa, según las diferentes provincias.

«Casi no recibimos a nadie de Da Nang. Es un auténtico hueso —me dijo Colin—. De Huć hemos recibido a algunos mandarines y miembros de la antigua familia imperial. De las zonas rurales nos vienen muy pocas personas. La gran mayoría procede de Saigón. Y a los chinos prácticamente les conceden el visado de salida en cuanto lo solicitan; quieren a los chinos fuera.

»Nuestro negocio es mover personas. Tenemos criterios muy específicos La gente los cumple o no los cumple. No puedo dejar que mi equipo se interese demasiado en un caso particularmente conmovedor, porque, si lo hacen, se retrasan otros veinte casos conmovedores. Nuestra tarea es despachar dossiers. Es un problema técnico »

Hizo una pausa y repitió, como tratando de convencerse a sí mismo: «Un problema técnico. A eso ha venido a parar todo, la guerra entera. Únicamente a despachar dossiers.»

Cada año abandonan el país unas 15.000 personas. A ese ritmo, despachar a todas las personas incluidas en los dossiers actuales costará treinta o cuarenta años, sin contar los casos nuevos que se presentan cada año. Incluso el gobierno vietnamita se queja. Me entrevisté con el jefe de su oficina del ODP en Saigón.

«Tenemos 30.000 visados de salida concedidos para Estados Unidos que todavía no se han resuelto —me dijo—. Son personas que han tomado la difícil decisión de abandonar su país natal. Sus parientes los esperan en otros lugares. Es inhumano no agilizar más los procedimientos en casos de este tipo.»

Muchas de las personas que intentan salir se habían comprometido con nosotros, trabajaban para nosotros, arriesgaron sus vidas por nosotros. Cuando abandonamos el país en medio del inexcusable pánico de 1975, los dejamos en la estacada. Son responsabilidad nuestra, y se los trata como a los inmigrantes ilegales que intentan vadear el río Grande. Todo el peso de la burocracia federal ha caído sobre ellos, y el resultado son todos esos dossiers, que representan a cientos de miles de seres humanos reales: las personas aterrorizadas, cuyas tristes historias se entremezclan unas con otras, que me abordaban cada día en Saigón. En cualquier momento puede cerrarse la puerta, como sucedió en Berlín, como ha ocurrido en todos los demás países comunistas. Mientras tanto, el gobierno estadounidense continúa inmerso en el lento papeleo burocrático.

Cuando acabé mi charla con Don Colin, éste me acompañó hasta la salida por un camino diferente, cruzando un pequeño despacho en el que dos secretarias thais cuchicheaban entre ellas. Sobre una mesa había una caja con tres o cuatro dossiers. «Ésos son los que tienen ya la conformidad», me dijo Colin.

UNA SUPERVIVIENTE DE MY LAI Y EL VIETCONG BLANCO

Un pacifista alemán occidental me había dado el nombre de una superviviente de My Lai que trabajaba en un museo militar de Da Nang. Pocas horas más tarde, nos pusimos en camino para visitarla Se llamaba Vo Thi Lien, y era una hermosa joven de veintisiete años. Como Kim Phuuc, su condición de víctima ha hecho de ella una heroína; pero a diferencia de Kim Phuuc, es una mujer sofisticada y vivaz.

Cuando estuve en Vietnam durante la guerra, comprendí que la matanza de My Lai era el resultado de un sistema de privilegios que mantenía fuera del Ejército a los jóvenes más instruidos. William Calley, el teniente que mandaba el pelotón de la American División que perpetró la matanza, era un perdedor, un estudiante fracasado: nunca debió haber sido ascendido a oficial, y eso jamás habría ocurrido de haber ingresado coetáneos suyos más dotados. Cuando los militares deben hacer la guerra sin apoyo popular, la gente como Calley acaba por encontrarse ante responsabilidades superiores a sus capacidades.

En época de guerra, el soldado hace un pacto con la muerte; ella es su visitante secreta, su compañía constante. Él mata, y se arriesga a ser muerto, por razones de interés nacional que dejan sin efecto las sanciones morales y legales que normalmente se oponen al acto de matar. Pero incluso en plena guerra, cuando más difícil es deslindar la diferencia entre matar y asesinar, cualquier soldado conoce esa diferencia. Asesinar no es lo mismo que matar. Y My Lai fue eso: no hubo muertos, ni una acción bélica, sino asesinatos.

«Yo era entonces una niña —me dijo Vo Thi Lien—. Mis padres luchaban con las fuerzas de Liberación, y yo vivía con mis abuelos. Los norteamericanos venían una o dos veces al mes. Primero bombardeaban, luego cruzaban el pueblo. Eran simpáticos, me daban chicle y caramelos. Pero aquella vez fue distinto. Empezó por la mañana. Todo el mundo estaba trabajando o en la escuela. Entonces llegaron los helicópteros. Primero fueron al poblado de Than Yen, a unos dos kilómetros del mío. Oímos disparos y explosiones de granadas

»Normalmente iban y venían en media hora. Pero esa vez pasaron dos horas, más aún. Seguíamos oyendo disparos. Sólo más tarde supe que habían metido en una zanja a ciento setenta personas, allí los habían matado a todos. Dos supervivientes me contaron después que la sangre corría por la zanja como un río.

»Después de tres horas, vinieron al pueblo. Algunas personas decidieron salir de sus refugios para que los norteamericanos vieran que no eran vietcong. Los mataron a todos. Vi que dos norteamericanos se acercaban a nuestro refugio. Mi abuela se asomó para hablarles. La dispararon en el pecho, y luego tiraron dentro una granada. La explosión la envió contra mí, y su cuerpo bloqueó la entrada El refugio se hundió, y mi abuelo y yo quedamos enterrados vivos.»

Su voz se había ido elevando hasta llenar la sala. En el rabillo de los ojos empezaron a formarse unas lágrimas.

«Sabía que venían a matarnos a todos. Y lo hicieron. Mataron a todo el mundo Luego prendieron fuego a las casas, mataron a todos los animales y cortaron los árboles. Era ya oscuro cuando se fueron. Después vinieron los guerrilleros y me ayudaron a salir del refugio.»

Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras hablaba. Paró, y la sala quedó silenciosa. Luego tragó, y volvió a hablar.

«Perdí treinta y cinco parientes ese día. En mi aldea mataron a noventa y siete personas, y en total a 504. Había cadáveres por todas partes. Niñas de seis años habían sido violadas y luego asesinadas. Niños no nacidos fueron arrancados de los vientres de las embarazadas. Hombres ancianos fueron quemados vivos o se les sumergió la cabeza en el agua de un pozo hasta ahogarlos. No consigo entender cómo pudo suceder una cosa así.»

Había dejado de mirarme. Su rostro estaba bañado en lágrimas. Mientras hablaba tenía la mirada fija en un punto lejano, y retorcía un mechón de su melena negra.

> Era como si se hubiera alzado el telón por un instante, y yo pudiera ver una sombra de lo que había detrás...

Pensé en hablarle de Hugh C. Thompson, un piloto de helicópteros del Ejército que vio lo que ocurría y aterrizó. Unos soldados estaban a punto de matar a un grupo de dieciséis niños a los que habían rodeado, pero Thompson los detuvo amenazándolos con disparar si lo intentaban Alguien, al menos, en medio de aquella locura, había conservado su sentido moral. Y pensé en contarle que algunos hombres de la compañía de Calley habían quedado hechos pedazos por trampas cazabobos ocultas alrededor de su aldea, y de cómo se habían desangrado y muerto ante las miradas impasibles de los aldeanos. Y también pensé en contarle las historias de la matanza del orfanato budista y del poblado inocente destruido por los vietcongs. de los niños y ancianos y mujeres masacrados tan despiadadamente como los hombres de Calley destruyeron el pueblo de My I ai

Pero ninguna de esas historias hubiera cambiado nada. No podían resucitar a nadie ni borrar el horror y la vergüenza de lo que había ocurrido. No tenía nada que decir, salvo que lo sentía, y que rogaba a Dios para que nunca volviera a ocurrir Me miró fijamente cuando lo dije, pero incluso a mis propios oídos las palabras sonaron huecas.

ARRIBA: *Es de destacar el increíble ingenio de los vietnamitas a la hora de reciclar materiales. Las latas de conservas se han convertido en juguetes para el Tet, que imitan modelos «Hércules» y «Broncos».*

★ ★ ★

Mientras hablaba con Vo Thi Lien, uno de sus colegas, el comandante Be, escuchaba en silencio. Cuando nos disponíamos a marchar, mencionó casualmente que había mandado una unidad de reconocimiento cerca de Da Nang y pasado bastante tiempo con prisioneros de guerra norteamericanos

«Robert Garwood estuvo conmigo durante un año —me dijo— Se unió a nosotros como combatiente por la Liberación. Vivía mejor que el resto de mis hombres, pero siempre estaba enfermo. Intentamos enviarle al Norte, pero se negó.»

El marine Garwood desapareció en circunstancias misteriosas de los alrededores de Da Nang en 1965, y reapareció en el hotel Thang Loi de Hanoi en 1979. Ha sido el único prisionero de guerra norteamericano juzgado por los cargos de deserción y colaboración con el enemigo. Garwood ha alegado constantemente que no colaboró con los comunistas y que era un prisio-

nero como todos los demás norteamericanos, pero que su habilidad para hablar vietnamita le situó en una tierra de nadie en la que era objeto de la desconfianza tanto de los guardianes como de los prisioneros. Pero ahora me enteraba casualmente de que había participado en operaciones y trabajado activamente para el Vietcong.

Cuando serví en Vietnam todo el mundo hablaba de los vietcong blancos. Era cosa aceptada que había norteamericanos allá fuera, luchando con el enemigo contra sus compatriotas. Yo siempre pensé que esas historias eran pura leyenda. Parecía imposible que algún norteamericano combatiese contra nosotros. Nuestro enemigo era tan diferente, tan misterioso, tan «lo otro», que el paso hacia el otro lado resultaba demasiado grande. Ahora no estoy tan seguro.

Recordé una historia que me contó el vicepresidente del comité popular provincial de Hué. «Teníamos con nosotros a mujeres jóvenes que trabajaban como prostitutas —dijo—. A través de ellas pudimos comunicarnos con algunos norteamerica-

IZQUIERDA. *Todas las guerras necesitan un mercado libre de conveniencia. En Chau Duc, junto a la frontera de Kampuchea, está la terminal del mercado negro procedente de Tailandia*

nos Yo les enviaba por ese medio panfletos y cartas. Después de muchos meses, tenía convencidos a siete de que se unieran a nosotros Desertaron de sus puestos y viajaron con nosotros al Norte, pero sufrimos un bombardeo de los B-52 y seis murieron. El séptimo volvió a las líneas norteamericanas. Oí que había sido severamente castigado, pero nunca le he vuelto a ver.»

¿Hubo más hombres como aquellos siete? ¿Como Garwood? ¿Qué les ocurrió? ¿Queda aún alguno allí? Hice docenas de preguntas, pero no obtuve ninguna otra respuesta. Era como si se hubiera alzado el telón por un instante, y yo pudiera ver una sombra de lo que había detrás; pero nada más.

AL FINAL DEL TÚNEL

Regresamos a Saigón, hice el equipaje y me dirigí al aeropuerto. Estaba inquieto por las pocas antigüedades que había comprado. Me habían dicho que en el aeropuerto podían ponerme «dificultades». Lo saben, volví a pensar, y han esperado hasta el último minuto para detenerme. Quizá porque se dio cuenta de mi nerviosismo, Viet me tranquilizó.

«No se preocupe por la aduana —me dijo—. No habrá problema.»

Los niños amerasiáticos y sus familiares que viajaban en el mismo vuelo de Air France que yo. habían llegado hacía horas. Los oficiales de aduanas revisaban pacientemente cada uno de los bultos de sus equipajes, abriendo cada lápiz de labios, dando la vuelta a cada calcetín, golpeando las suelas de cada par de zapatos. Viet pasó una nota al director de la aduana, y me hicieron pasar directamente a la sala de espera. ¡Estaba fuera!

Mi alivio fue tan grande que casi olvidé despedirme de Minh, que esperaba de pie, desmañadamente, entre los oficiales uniformados. Habíamos pasado un mes juntos, desde las montañas fronterizas con China hasta el delta del Mekong. Habíamos discutido de política, de religión, de poesía, de rock-and-roll. Había traducido mis palabras a montañeses analfabetos, poetas, granjeros, pescadores, oficinistas. soldados y víctimas del napalm y de My Lai. Habíamos reído juntos, y compartido muchas comidas y algunas lágrimas. Se había convertido en mi amigo.

«Adiós —me dijo—. Espero que vuelva alguna vez.»

«Adiós, Minh —contesté—. Te echaré de menos. Eres una buena persona, para ser un comunista.»

«Y tú —contestó con una sonrisa—, para ser capitalista resultas casi humano »

Nos estrechamos las manos y pasé a través de las cortinas a la sala de espera, que para mi sorpresa parecía abarrotada de norteamericanos. Había chicas vestidas con pantalones de pana rojos. blusas a cuadros y pendientes de aros. como si acabasen de comprar su ropa en el Northpark Mall de Dallas. Chiquillos negros con gorras de visera caminaban con un balanceo elástico como si prepararan una jugada de béisbol en el Bronx. Había un chico que podía ser un recién ingresado en la High School de Modesto, y otro que parecía criado en los barrios del sur de Boston.

Adondequiera que mirara, veía norteamericanos. La guerra parecía olvidada en todos los otros lugares que visité, pero aquí, en esa sala de espera, no lo estaba. Para esos niños, nunca acabaría. Llevaban la guerra en sus rostros, y la transmitirían, con sus genes, a nuevas generaciones de norteamericanos. A través de ellos, viviría siempre.

Pero ninguno de esos chicos hablaba una sola palabra de inglés, y ninguno había hablado con un norteamericano antes de la primera entrevista para obtener el permiso de salida. ¿De dónde, me pregunté, han sacado esas niñas su forma de vestir, y esos chicos sus andares? Parecía que llevaran en sus genes el estilo de los adolescentes norteamericanos, o bien que lo hubieran recibido por medio de una vasta red especial de comunicaciones invisible para los adultos.

> Se despedían de todo lo que habían conocido hasta ese momento. Estaban en camino hacia América.

Una mujer que marchó sin su hijo once años antes. había vuelto para llevarlo con ella. Iba vestida con unos jeans a medida y blusa de seda; peinada con permanente, llevaba brazaletes de oro en las muñecas y una cadena de oro al cuello Pocos días antes, su hijo había estado sobre los lomos de un carabao, en un arrozal. Estaba sentado rígido, mirando derecho al frente, con miedo de hablar.

Un chico algo mayor que se sentaba a su lado, Dao Ngoc Thuan, había vivido en un monasterio budista desde 1975, en que su madre desapareció. Tenía cierto parecido a Matt Dillon. Los monjes le enseñaron a arreglar relojes, por lo que tenía un oficio. Pero como todos los demás niños, no conocía el nombre de ninguna ciudad de Estados Unidos ni tenía la menor idea de adonde iba ni de lo que haría cuando estuviera allí. Todos ellos pasarían varios días en Tailandia, cumpliendo los trámites burocráticos, y luego seguramente irían a un campo de tránsito en Filipinas, a aprender inglés y conseguir patrocinadores que avalaran su viaje final a América. Sólo unos pocos viajarían directamente a Estados Unidos.

Cada familia es entrevistada una última vez por oficiales del ODP que vienen con el vuelo de Bangkok y marchan de nuevo. Había tres entrevistadores: un negro, una mujer y un blanco con barba y zapatos blancos de Christian Dior. Eran muy jóvenes. La mujer tenía una cara simpática, y todos querían que los entrevistase ella.

Me dirigí a un grupo de niños. Puse «Born in the USA» de Bruce Springsteen en mi Walkman y les enseñé cómo escucharlo. Ninguno de ellos había visto antes un Walkman. Al principio los asustaba ponerse los auriculares, pero una vez lo hicieron. grandes sonrisas iluminaron sus caras y no pude conseguir que los dejaran. Querían el volumen a tope todo el rato. Las madres miraban, confusas y tímidas; veían a sus hijos transformarse ante sus ojos. Al rato, uno de los chicos empezó a moverse despacio, torpemente, al ritmo de la música: empezó a bailar.

Por fin anunciaron el vuelo, y todos los vietnamitas se pusieron en pie para la última comprobación de sus documentos por parte de los oficiales vietnamitas. «Este es el momento —me dijo un canadiense que trabajaba en el ODP— Han esperado durante años este momento.»

Caminaron por la pista hasta el autobús que nos esperaba.

CAPÍTULO 4 LAS VIEJAS PESADILLAS REGRESAN

En la terraza superior cientos de amigos y parientes les gritaban y ondeaban pañuelos de despedida. Después de subir al autobús, cada persona se volvió a despedirse. Se despedían de todo lo que habían conocido hasta ese momento. Estaban en camino hacia América.

Subimos al avión de Air France. A los viajeros occidentales nos colocaron automáticamente en primera clase; los emigrantes vietnamitas llenaron el resto del avión. La azafata me ofreció caviar, champaña y periódicos. Me sentía ya una persona distinta. Por un momento, no acerté a comprender de qué se trataba. Luego me di cuenta de que no eran el champaña y el caviar. Me sentía como cuando me apeé del tren en Berlín Oeste después de visitar Alemania Oriental. Me sentía libre.

En 1970 yo había formado parte del pasaje de un avión cargado de marines que volvíamos a casa después de nuestro año de guerra. Cuando las ruedas del aparato despegaron del suelo, estalló un enorme aplauso. Esta vez, en un avión lleno de vietnamitas que dejaban su tierra natal para siempre, el único sonido era un sollozo ahogado

EPÍLOGO

Volví a Vietnam para responder a la pregunta: «¿Qué significa ir a la guerra?» Volví para encontrar al hombre que nunca conocí: mi enemigo. Volví a buscar pedazos de mí mismo que habían quedado allí, y a tratar de superar la guerra. Durante cuatro semanas recorrí cerca de 5.000 kilómetros en avión, coche, jeep, autobús, ferry y sampán, desde las provincias fronterizas con China hasta el Delta del Mekong. Hablé con centenares de vietnamitas, desde montañeses y pescadores hasta niños amerasiáticos, oficiales del Partido Comunista, profesores y militares. También conocí a antiguos vietcong y soldados norvietnamitas que habían sido mis enemigos.

Los hombres y mujeres contra quienes luché fueron bombardeados por los B-52, martilleados por los acorazados, batidos por la artillería, incinerados por el napalm y el fósforo blanco, y envenenados por los defoliantes. Fueron ametrallados desde reactores, coheteados desde Huey Cobras, y, quizá lo peor de todo, atacados por cañoneros «Spooky». Vivieron en túneles y grutas, saliendo al aire libre sólo de noche. Pocos soldados habían vivido tantos años de guerra. Y sin embargo, me asombraba constantemente lo poco que los había marcado la experiencia. No pude encontrar en ellos más huellas de la guerra de las que encontré en las calles de Hanoi o en los arrozales de la provincia de Quang Nam; todas las cicatrices parecían haberse cerrado.

Los veteranos del Vietcong hablaron conmigo durante horas, y ni sus miradas ni sus voces parecieron en ningún momento turbarse por la duda o la culpabilidad respecto a la sangre que tal vez manchaba sus manos, ni dieron signos de angustia o de amargura ante la idea de que esa sangre pudiera ser la mía. No miraban dentro de sí mismos, a la manera infatuada de nosotros los occidentales. Habían cumplido con su deber, como todo el mundo. Para ellos la guerra había sido larga, amarga, terrible... y había terminado. Lo pasado pasado, me decían. Los sostenían, entonces como ahora, ideas muy sencillas, que asumían sin hacerse preguntas. Nada es más importante que la independencia y la libertad. La vida sigue.

Esas ideas sencillas eran un arma poderosa: excusaban muchas cosas. Los comunistas veteranos que conocí rehusaron aceptar cualquier responsabilidad por las tumbas masivas de Hué, los huérfanos mutilados de An Hoa, las muchas atrocidades y matanzas que perpetraron. Estaban comprometidos en una guerra total, e hicieron lo necesario para vencer. La victoria fue una manera de imponer su propia moralidad, y tal vez la recompensa más duradera de la victoria sea una conciencia limpia.

Los comunistas tienen lo que Milan Kundera ha llamado su «kitsch»: las imágenes de obreros felices que dan lo mejor de sí mismos por la patria. Los millones de vietnamitas que han huido de su país después de la guerra han ayudado a desinflar esa fantasía. Nuestro propio «kitsch» fue la filosofía del «destruir la ciudad para salvarla», que en los resultados al menos, si no en la intención, se sitúa en una incómoda proximidad al «kitsch» de los comunistas. En ambos, por debajo de la retórica, el individuo debe plegarse frente a las necesidades del Estado.

En ninguno de los dos bandos ganó el pueblo: ganó la guerra, y sigue ganando. Ése es el precio de una guerra en la que el campo de batalla está en el pueblo, y no en la tierra. Ganar ese tipo de guerra requiere un arma especial: una certeza moral tan fuerte que haga invisibles los sufrimientos de las personas. Podrían morir un millón, dos millones más, decía el general Giap, sin un estremecimiento. Para nuestra gran deshonra, jugamos a ese juego demasiado tiempo. Pero puede decirse en favor nuestro que al fin aprendimos que debíamos parar

> Me detuve allí, un turista de la nación de sus viejos enemigos, y al mirar su tumba pensé que podía haber sido la mía.

Los muertos están enterrados. La vida sigue. No se trata de una sociedad en la que me sienta capaz de vivir, pero yo no estaba en el bando vencedor. Ellos ganaron, nosotros perdimos, y ahora el país es suyo.

Dejé Vietnam sintiendo por mis antiguos enemigos una simpatía que antes no había existido. Me descubrí a mí mismo deseando haber compartido sus experiencias bélicas, que parecían muy superiores a las mías. Pero hay ocasiones en que uno debe elegir conforme a lo que es.

Los vietnamitas sienten hoy fascinación por los norteamericanos con quienes combatieron, y en particular por los prisioneros de guerra, que desplegaron en su cautividad las cualidades de la abnegación, fortaleza interior y sacrificio que los vietnamitas celebran en sus propios héroes.

Ocasionalmente pregunté a mis huéspedes qué habrían hecho si hubieran sido norteamericanos durante la guerra. Invariablemente empezaron por decir que se habrían unido a «todos los pueblos amantes de la paz» para oponerse a nuestra «agresión imperialista». Pero al rato de hablar sobre el tema, la respuesta era diferente.

«Yo soy un patriota. Habría luchado por mi país —me dijo Bui Tin—. O si realmente hubiera tenido el valor de hacerlo, me hubiera gustado ser como el héroe Morrison [un cuáquero de 31 años que en 1965 se prendió fuego hasta morir, delante del Pentágono, para protestar por la implicación de Estados Unidos en la guerra] y sacrificarme por la paz.»

Los activistas por la paz fueron sus aliados de conveniencia

durante la guerra, pero la actitud de respeto oficial que tienen ante ellos los vietnamitas se tiñe de un tonillo paternalista, como el que se adopta ante los niños Los pacifistas eran como los vietcong no comunistas: su idealismo los hacía útiles... por algún tiempo.

En Hanoi dije al general Tuan, con cuyas tropas había combatido en la provincia de Quang Nam, que al volver a mi país me había manifestado contra la guerra.

«Todo Vietnam le está agradecido por lo que hizo por nuestro país», me contestó.

Me sentí ofendido. «No lo hice por su país —le dije—. Lo hice por el mío. No estaba seguro de si ustedes eran buenos o malos para Vietnam, pero sabía que Vietnam era malo para nosotros.»

★ ★ ★

Seguí pensando en los hombres y mujeres que había conocido en Vietnam después de mi regreso: el hombre contra el que había luchado, fumando un cigarrillo y reclinado en el lomo de un carabao; una mujer a cuyo marido tal vez había matado yo, y sus ojos claros sin odio. Recordé a Pham Tuan hablando de las delicias de volar en un MiG-21; las mangas largas de la blusa de Kim Phuuc, y las lágrimas de Vo Thi Tien corriendo por sus mejillas mientras hablaba sobre My Lai. Y pensé en la niña amerasiática que había conocido, la muchacha de la Montaña de Mármol, y la banda de los Peanut de Saigón, los niños con la guerra impresa en sus caras

Y volví a pensar en la colina 10, mi antigua base de combate. Sólo estuve allí unos meses, pero había sido el centro de todos mis recuerdos de la guerra. Y cuando volví a Vietnam, fue en la colina 10 donde encontré lo que había estado buscando.

Algo más allá de la colina 10 me detuve en un cementerio de veteranos del Vietcong. No hay lápidas sino simples mojones, porque los muertos fueron enterrados cerca del campo de batalla o, en muchos casos, nunca se encontraron sus cuerpos. Cada mojón lleva inscrita la palabra «Héroe»

El cementerio estaba situado en un lugar en el que mis hombres y yo habíamos preparado emboscadas y las habíamos sufrido a nuestra vez. Llegué frente a un mojón que tenía impreso el nombre Ngo Ngoc Tuan, y las fechas 1944-1969. Era la tumba de un hombre nacido el mismo año que yo, y muerto en el año que yo pasé en Vietnam. Me detuve allí en silencio.

ABAJO: *Una muchedumbre de unas 250.000 personas se apiñó en el parque de Saigón, junto al río, para contemplar en el cielo pirotecnias parecidas a las de la ofensiva del Tet, proporcionadas ahora por el comité para la celebración de la liberación democrática popular.*

ARRIBA: *Escena de despedida en Ton Son Nhut, el aeropuerto de Saigón. Un padre desconocido, un lugar de nacimiento que probablemente nunca se volverá a ver, un futuro incierto. Una de las hijas mestizas de la guerra parte para su nuevo, patrocinado, hogar norteamericano*

Nunca conocí a Tuan, pero su tumba llevaba las mismas fechas que podían figurar en la mía, si una ráfaga de AK-47 o el obús disparado por un mortero hubieran seguido una trayectoria ligeramente distinta, o si mis pisadas en la acequia de un arrozal resbaladizo hubieran ido a parar una o dos pulgadas más allá y accionado la mina escondida bajo el barro. Por un accidente similar —la intersección de su cuerpo con la fuerza y la materia— y por el anterior accidente del nacimiento, él yacía aquí en un arrozal embarrado, en el que los niños cantaban canciones a los carabaos como sin duda él mismo había hecho Me detuve allí, un turista de la nación de sus viejos enemigos, y al mirar su tumba pensé que podía haber sido la mía.

Había sentido lo mismo cuando visité por primera vez el Memorial de los veteranos de Vietnam y vi mi propio rostro reflejado en los nombres esculpidos en bronce de mis compañeros muertos. ¿Por qué ellos, pensé, por qué tuvieron que morir ellos? Y después pensé: ¿por qué yo, por qué he vivido yo?

Volví a la colina 10 y miré a mi alrededor la base desierta por última vez. Podía imaginar a una fila india de marines avanzando a través de los arrozales, hacia la colina. Era una imagen de un sueño que tuve muchas veces antes de regresar a Vietnam. Mi antiguo pelotón regresa a la colina 10, y ya a punto de llegar, sobre el campo de fútbol en el que realicé mi primera y poco gloriosa patrulla, caemos en una emboscada. El fuego es terrible. Nuestros compañeros están sólo a unos metros, pero nadie viene en nuestra ayuda. Somos destrozados. Yo soy el único que queda con vida. Intento disparar mi M16, pero se encalla El enemigo me rodea. Mientras sus dedos se encorvan sobre los gatillos de sus fusiles, me sonríen. Esta vez, sin embargo, no había emboscada. Esta vez los hombres se acercaban a mí y nos dirigíamos todos hacia casa, juntos.

Cuando me volví para irme, vi un viejo saco de arena vacío medio enterrado en el barro. Lo recogí y me lo llevé como *souvenir*. De vuelta en Nueva York, he intentado lavarlo de todas las formas posibles, y no he conseguido quitarle la suciedad.

Por otra parte, nunca he vuelto a tener aquel sueño.

Volví a Vietnam con la guerra agitándose todavía en mi cabeza. Buscaba el mundo que conocí entonces. Pero los hombres y mujeres que había conocido, amado, y demasiado a menudo perdido, las grandes bases, los túneles, las zonas de fuego a discreción —todo lo que recordaba de la guerra—, se había desvanecido en el pasado. La guerra era ya sólo un recuerdo.

Encontré la tumba de un enemigo al que nunca conocí: un hombre que había podido ser yo mismo. Y descubrí que tenía más cosas en común con mis antiguos enemigos que con ninguna otra persona, a excepción de los hombres que lucharon a mi lado. Mis enemigos y yo compartíamos algo que está más allá de las palabras. Habíamos vivido toda una guerra, y mediante la aceptación de nuestros recuerdos de ella podíamos sinceramente felicitarnos mutuamente, con confianza y amistad, y desearnos que nunca volviéramos a ver otra guerra Habíamos intentado matarnos unos a otros, pero ahora éramos hermanos.